BIBLIOTECA LITERARIA DE AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

EDUARDO MARQUINA

ALIMAÑA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

LA PRINCESA JUEGA

COMEDIA POÉTICA EN DOS ACTOS

18

MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
1921

BIBLIOTECA LITERARIA

DE

AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

VOLUMEN III

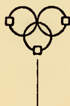
EDUARDO MARQUINA

ALIMAÑA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

LA PRINCESA JUEGA

COMEDIA POÉTICA EN DOS ACTOS



MADRID
EDITORIAL REUS (S. A.)
Cañizares, 3 duplicado
1921

Talleres tip. EDITORIAL REUS.—Ronda de Atocha, 15 dup.°
Madrid. (446)

ACTO PRIMERO

Estamos en el Pirineo aragonés, en pleno monte. El sitio en que nos hallamos, y al que damos el nombre de «Los Brezos», es un viejo caserón señorial, reconstruído y remozado de fábrica reciente. Rodean este caserón montes y sotos de caza. Hay también, a su alrededor, grandes bosques; hay, no lejos de él, una fábrica de aserrar madera, propiedad de los dueños del caserón. Apartados de ambos edificios, y un poco más bajos, están los corrales o parideras del rebaño. Apenas si algunas rejas y ventanas del edificio, en la planta baja, conservan algo de antiguo sabor. Lo demás, aunque con buen gusto, está modernizado. En el primer piso de la casa hay una galería con arcos que abren sobre un amplio paisaje de monte.

La decoración del primer acto es el interior de una gran sala en la planta baja del edificio. En la pared del fondo, una ventana, abierta sobre el monte. En la pared de la izquierda, puerta grande de ingreso a la casa. A la derecha, formando un saliente, la caja cerrada de la escalera que conduce a las habitaciones altas. Esta caja arranca de la pared del fondo, cerca de la ventana, y llega hasta muy cerca del primer término. Allí el tabique forma ángulo recto y va a incrustarse, también en ángulo recto, en el muro lateral de la derecha. De este modo, se forma, a la derecha de la decoración y en primer término, un rinconcito más íntimo y como apartado del resto de la sala. En el muro de la caja

de escalera, dando frente al público, una puerta practicable. En el muro de la derecha, y muy en primer término, puerta que comunica con las demás habitaciones del caserón, en su planta baja.

Antiguos muebles de roble y nogal.

En el ángulo del fondo izquierda, un sillón donde suele sentarse Doña Rosa. Allí su mesita o una vieja arqueta para sus labores.

Más hacia la derecha y más en primer término, cerca de la caja de escalera y de su puerta, hay una mesa antigua.

Viejos sillones de cuero.

Un armario, de nogal y cristales, con libros.

En el rinconcito de la derecha, viejo sofá de torneado respaldo y blandos almohadones, de damasco y pluma, sobre el patinado asiento de enea.

La ventana del fondo está abierta: bien descorrido el cortinón que la cierra y que debe jugar cuando se indica. Por esta ventana recibe el espectador la primera sensación de monte, de naturaleza y de altura, desde que se levanta el telón. Por ella, un poco de monte se mete dentro de la sala.

La luz es de final de tarde. Luego va cayendo el sol gradualmente; hacia medio acto, empieza la sala a estar oscura.

ALBERTO

(Limpiando sus armas de caza meticulosamente.)

No hay que darle vueltas. Todavía es posible encontrar criados que te cepillen aceptablemente la ropa. Cuidar las armas con el amor y el mimo que exigen, ni uno solo.

ROMÁN

(Que distraídamente habla, sacando de un mueblecito donde hay libros, uno que le interesa.)

Tú extremas el cuidado.

ALBERTO

Todo es poco.

DOÑA ROSA

(En su rincón, junto a la ventana, y apartando los ojos de su labor.)

¿No hay peligro?... (Su hijo se le acerca.) ¡No, por Dios, hijo mío! ¡No juegues con armas!

ALBERTO

(Que desmonta la carabina y examina el cañón.)

Es para tranquilizarte. Está descargada. (Vuelve a dirigirse a Román, que se ha sentado junto a la mesa y hojea el libro.) No creas que los miedos de mamá son injustificados. Mi padre perdió la vida limpiando una escopeta, cuando Laura tenía cinco años.

ROMÁN

¿Tu hermana?

ALBERTO

Sí... ¿La has visto ya?

(Muy lejano y confuso, habrá un son de esquilas de rebaño.)

DOÑA ROSA

(Levantándose y mirando por la ventana; a Román.)

Acérquese usted... (Señalando.) Mire usted...

ROMÁN

(Aproximándose a doña Rosa y mirando en la dirección que le indica.)

¿El rebaño?

DOÑA ROSA

Las delicias de Laura .. (Continúa señalando) Y allí el pastor, los zagales: sus amigos.

ALBERTO

(Que se les reunió, señalando también.)

¿La ves?... Esa que ahora nos mira y viene hacia aquí con uno de los zagales...

ROMÁN

Sí.

ALBERTO

Esa es Laura.

(Se deshace el grupo. Doña Rosa vuelve a sentarse, al cabo de un momento.)

ROMÁN

¿La dejáis andar así por el monte?

ALBERTO

La libertad, el aire y el sol fueron sus medicinas cuando estuvo enferma.

DOÑA ROSA

De niña vivió con los pastores de casa como un zagalillo más. En invierno, cuando bajaban a los prados, que están lejos, yo les acompañaba. Teníamos nuestra alcoba en un molino...

(Alberto ha vuelto a la mesa para seguir cuidando sus armas.)

ROMÁN

(A doña Rosa.)

¿Y fueron muchos años de esa vida?

DOÑA ROSA

Siete; desde la desgracia, hasta que empezó a mejorar.

ROMÁN

¡Ah! ¿Fué a consecuencia de una desgracia?

ALBERTO

Se refiere a la muerte de mi padre.

DOÑA ROSA

Sí, me refiero al accidente que costó la vida a mi pobre marido. Laurita estaba con él, aquella tarde; y entonces pudimos observar en ella los primeros síntomas del mal...

(Trata de seguir explicando; pero, al ver que se impresiona, Alberto relata en su lugar.)

ALBERTO

(A Román, haciéndole un gesto para que se le acerque más y bajando un poco el tono de la voz.)

Figúrate que él estaba limpiando sus armas como te he dicho. De pronto, se le dispara una de ellas y Laurita le ve caer contra esta mesa con el cráneo roto. El tiro había entrado por un ojo. La criatura, que idolatraba a papá y estaba a su lado, pegadita a sus rodillas, se siente apresada y sacudida por uno de los brazos del moribundo. Parece como si aquel brazo comunicara al

débil cuerpecito de la niña sus espasmos de agonía. Y una especie de temblor epiléptico empieza a sacudirla entonces y no la abandona en muchos años. Ahora no queda rastro de eso. Da gusto verla y oirla; ya es una mujer. Pero entonces partía el corazón.

ROMÁN

¿Llegó a estar loca?

ALBERTO

No puede decirse que estuviera loca. Pero, con menos cuidados, no habría sobrepujado la crisis de la pubertad, que era el peligro. El manicomio o la muerte la acechaban. Por fortuna, hay algo en el mundo que no sabe medir el sacrificio; y ese algo son las madres. (**Se acerca a Doña Rosa.**) Aquí la tienes: media vida ha enterrado en el monte para cuidar de su hija... ¡y tan contenta! (**La abraza. Doña Rosa no puede contener unas lágrimas.**) No hagas caso de estas lagrimitas, que no le hacen ningún daño. Al revés. Son de orgullo. Ella sabe que ha cumplido con creces su misión, engendrando dos veces a su hija...

(**Para ocultar su propia emoción se dirige a la ventana del fondo y está un rato de espaldas, mirando el paisaje.**)

DOÑA ROSA

(**A Román.**)

Como ve usted, me ha tocado buen lote de hijos apasionados... Porque Alberto, con ese aire de piedra, es peor que su hermanita. «Los Frías que no relampaguean, arden», decía mi marido. Y para mi, la culpa la tiene este rincón de monte donde han nacido todos

ellos. Así es que de este año no pasa... (Volviéndose hacia Alberto y levantando la voz.) ¿Me oyes, Alberto? Ahora que no hay razón para seguir aquí, no veo el momento de sacar a Laura del monte y llevármela a Madrid, a una provincia, a un pueblecito, donde sea; pero a vivir de otro modo... A ver si cambia. (A Román.) Trisca como las cabras, salta como los zagales, silba como los pastores, escala un muro para evitarse un rodeo y, si llegando a casa encuentra la puerta cerrada, se cuela por una ventana para no esperar. Un gato montés. Pero yo tengo esperanzas de hacer de ella una buena mujercita de su casa. (A Alberto.) Y sí; es verdad; he sido su madre dos veces; por lo mismo, me muero de ganas de llegar a abuela, una siquiera.

(Risas y charloteo junto a la puerta grande, que se abre. Entra Toñuelo, zagal como de quince años, casi un hombre. Lleva, cogido con ambas manos, un barreño donde hay panales de colmenas recién castradas. Se detiene, apenas abrió la puerta, y mira hacia lo interior de la sala sin atreverse a pasar.)

LAURA

(Se la ve empujar a Toñuelo para que entre y la deje entrar; se oye su voz.)

¡La gorra en la mano, chico! (Con barreño y todo, Toñuelo va a quitarse la gorra.) ¡Que la vas a untar de miel! ¿Qué haces, hombre?

TOÑUELO

(Al ver gente se niega resueltamente a entrar. Deja el barreño en manos de Laura, que ahora aparece en la puerta.)

¡Hay gente! ¡Yo m'escapo! (Echa a correr, desapareciendo.)

LAURA

(Riéndose, se vuelve para verle correr.)

¡Será bestia!... ¡Mira que no conocer a mi hermano y a mi madre!... ¡Mira que echar a correr, diciendo «hay gente» como si... como si... (Ha visto ahora a Román Santaluz.) ¡Toma! ¡Y como sí que la hay!... Y como que yo misma... (Casi va a emprender la fuga como Toñuelo; Román se inclina y sonríe; ella se inclina también, sin soltar el barreño, apurada.) Señor... (Repentinamente, echa a correr hacia su madre) ¡Mamá, yo sola he castrado las colmenas! Están chorreando los panales... ¡No toques, por Dios! No he tenido paciencia... he aplastado dos abejas y saqué cinco o seis pegadas al panal por las alas, ¡pero vivas!... ¡Uy, Toñuelo tenía un pánico al verlas patear, que se ponía lívido! Te advierto que si se despegan, furiosas como están, te degüellan con el aguijón!

(No es posible acotar constantemente esta escena. Se deja a la actriz. En cuanto Laura pasó al ricón, junto a su madre, Alberto se ha reunido otra vez con Román. Ambos vienen a la derecha y, un poco apartados, hablan allí.)

DOÑA ROSA

(Encantada y escandalizada.)

¡Pero hija, pero hija!...

LAURA

(Deja el barreño sobre un banco de nogal.)

Es la verdad, mamá. A mí me han puesto la mano hecha un melocotón cuando acercaba la estopa para espantarlas con el humo. Una me ha picado en el brazo,

mira... (Se levanta la manga y muestra la herida.) y otras dos en la espalda, cerca del hombro...

(Se ha desabrochdo el cuello de una blusita que lleva y está a punto de dejar al descubierto el sitio indicado; su madre, puesta de pie, la retiene.)

DOÑA ROSA

¡Pero Laura, pero Laura!

(Y con los ojos señala a Román Santaluz, actualmente de espaldas a ellas.)

LAURA

Ya le he visto... un señor. Ya le he saludado, mamá.

DOÑA ROSA

No es eso; no basta.

LAURA

¿Ah, no basta?

ALBERTO

(Acercándose a Laura.)

Laura, ven aquí. (La toma de la mano, como a una niña. Laura se deja llevar.) Este señor es nuestro amigo Román Santaluz. (Movimiento de sorpresa en Laura) No te hagas la sorprendida, porque le has oído nombrar muchas veces. Y además, para ti, no se trata de un desconocido. (A Román.) Te advierto que ha aprendido a leer en tus libros que Valentina le prestó.

(Román da un paso. Laura ha seguido observándole profundamente. Cuando su hermano acaba de hablar, pregunta:)

LAURA

¿Es Román Santaluz?... No se parece.

ROMÁN

¿A quién?

LAURA

A usted. Yo me lo representaba de otro modo.

ROMÁN

¿Peor... o mejor?

LAURA

Como está en un libro.

ROMÁN

¿En cuál?

LAURA

En uno muy triste... en donde habla usted de su madre, *desaparecida;* muerta, no lo dice usted... de una hermanita como un rosal que se agostó sin dar flores... de su orfandad, de Nuestro Señor en la Cruz y de otras cosas buenas... (**Saca un libro que traerá en algún bolsillo y lo muestra.**) ¿Lo recuerda usted?... Es un libro que Valentina se dejó olvidado un verano, hace años, y que yo quiero mucho..

ROMÁN

(**Recordando.**)

Sí. Una obra de mi juventud, en la que va un retrato mío precisamente. Han pasado doce años desde entonces, y claro, habré cambiado mucho.

LAURA

Yo no he mirado casi nunca el retrato. Ni sé cómo es. A lo que no se parece usted es a lo escrito. Eso no quiere decir que haya perdido. No se enfade usted.

ROMÁN

No me enfado, Laura.

LAURA

Yo no he querido decir nada malo.

ROMÁN

Ha querido usted decir que soy *otro* desde entonces, y tiene usted razón. (**Con íntima melancolía.**)

(**Como si la rondaran abejas, Doña Rosa, en su rincón, manotea furiosamente hace un rato.**)

DOÑA ROSA

¡Laura! ¿Qué has hecho? ¡Es un enjambre! ¡Ven, ven, me acribillan!

LAURA

(**Pasando, sin transición, a su aturdimiento de antes.**)

¡Ah, sí!... Como da el sol en los panales, se habrán despegado las abejas y andarán revoloteando... No te apures, mamá.

(**Ha cogido el barreño, lo ha puesto sobre el repecho de la ventana, silba, llevándose los dedos a la boca.**)

DOÑA ROSA

¿A quién llamas?

LAURA

Al Guijón, que está allá, rondando unas uvas. Él va a llevarse los panales.

DOÑA ROSA

¿Podrá?

LAURA

Ya lo creo. El Guijón es idiota, pero sabe mucho.

DOÑA ROSA

No digas idiota; llámale «inocente» como le llaman los pastores.

(Asoma, por fuera, la triste cabezota del cretino, inevitable huésped de las grandes casas en el Pirineo. Trae las greñas picudas, rojizas y revueltas. Tiene un mirar dulce.)

LAURA

(A su madre.)

No dirás que no se ha peinado bien esta mañana.

DOÑA ROSA

(Amonestándola.)

¡Laura!...

LAURA

(Riendo, ingenua.)

Pero mírale... muy bien...

(Como para alisarse el pelo, el Guijón se lleva la mano a la cabeza.)

—No, por Dios! ¡No te lleves la mano a las greñas! ¡Te vas a pinchar!

DOÑA ROSA

¡Laura!

LAURA

Oye, Guijón: vas a llevar estos panales a la Eusebia, para que los guarde en la cocina vieja. Yo iré luego.

GUIJÓN

(Al hablar, torpemente, suprime casi todas las consonantes y las substituye, al principio de las palabras, por un bronco sonido gutural que se figura en el texto por medio de una *H*.)

Hi... hi... hi...

LAURA

¡Agarra bien!... Con las dos manos; anda.

GUIJÓN

(Se aleja, chillando:)

¡Ay, ay, ay!

DOÑA ROSA

¿Qué ha sido?

LAURA

Un pellizco. Se lo di para asegurarme de que no puede soltar el barreño; no vaya a meter sus dedazos en la miel.

DOÑA ROSA

Laura... ¿no sabes....?

LAURA

(Interrumpiéndola, mimosa.)

Lo sé, mamá. Que no está bien jugar, a mis años. Y que ya soy una mujer. No me lo digas delante de gente, por lo menos...

(Sigue riendo y hablando con su madre.)

ALBERTO

(A Román, continuando su diálogo.)

... Sí; un pobre cretino a quien mi madre recogió en casa. Cuando pienso que Laura ha podido...

ROMÁN

(Interrumpiéndole vivamente.)

No lo digas. Laura es una criatura normal.

ALBERTO

¿Tú crees?

(Román responde afirmativamente con la cabeza; los dos siguen hablando y observando, de lejos, a Laura.)

LAURA

(De pronto.)

Mamá, salgo a buscar unas flores.

DOÑA ROSA

¿Tú?... ¿Unas flores?

LAURA

Sí, mamá; la casa está muy triste, ¡no digas que no!

DOÑA ROSA

No digo nada. Anda a buscar esas flores y no tardes; ya sabes que me angustia.

LAURA

(Después de recapacitar un momento, con desconsuelo.)

Pero ahora no tenemos rosas. Es fatalidad, ¿verdad?

DOÑA ROSA

Habrá otras flores.

LAURA

Al Señor Santaluz le gustan las rosas. Lo dice en el libro.

DOÑA ROSA

A los que escriben libros les gustan todas las flores.

LAURA

¿Tú crees?.. (Acercándosele; confidencial.) Es porque antes se enfadó conmigo. Así habría comprendido que no se le quiso mortificar.

DOÑA ROSA

El Señor Santaluz no puede haberse enfadado contigo.

LAURA

Menos mal... (Reflexiona un instante; su carita resplandece.) ¡Sí, sí! Ahora recuerdo, ¡ya sé donde hay rosas!

(Y echa a correr; de un salto se sienta en la ventana. En seguida va a pasar las piernas para saltar al camino. Coincidien-

do con el grito de su madre, se arrepiente y rapidísimamente, se corrige. Precisamente ahora Alberto y Román han dejado de hablar y venían a reunirse con ellas.)

DOÑA ROSA

¡Oh! ¡Pero Laura!

LAURA

¡Involuntario, mamá! Todo el mundo puede hacer algo involuntario. Ya sé que se sale por la puerta.

(Y va a hacerlo muy grave. Todos hacen esfuerzos por conservar su seriedad.)

ROMÁN

(Correctamente, al verla tan grave.)

¿Nos deja usted, Laura?

LAURA

(Muy ceremoniosa.)

Con el permiso de ustedes, sí señor.

ROMÁN

(Inclinándose.)

He tenido mucho gusto en conocerla a usted.

LAURA

(Recalcando, para lucir su gravedad.)

Muchas gracias, señor; el gusto ha sido mío.

ROMÁN

(Jocoso y ya sin disimularlo.)

¡Muy bien, Laura! Pero ahora es usted la que no se parece a la niña de antes.

LAURA

(Impertérrita.)

Naturalmente: la niña está en la jaula.

ROMÁN

¿Cómo, en la jaula?

LAURA

Sí señor; dos vueltas de llave y la dejé encerrada. La niña de antes va siempre conmigo; pero, a veces, se pone inaguantable... o dice cosas que pueden molestar a los demás. Entonces la castigo. La encierro en una jaula, aquí, ¡muy adentro! (Señala la frente.) Y yo me quedo así, como ahora, bastante mal; ya ve usted... pero siquiera no molesto. De todos modos, encerradita en su jaula, le gusta a la niña que la recuerden; saca la nariz por entre dos alambres y hace una mueca para agradecerlo.

ROMÁN

(Sonriendo.)

¡Salúdela usted, de mi parte!

LAURA

Ahora mismo. Le abro la puerta en cuanto salga al monte.

(Y sale, efectivamente, como un pájaro que se escapa.)

DOÑA ROSA

¡Qué loca es!... ¡Y qué gusto da llamarla así cuando se sabe que no es cierto!

ALBERTO

A Santaluz le ha parecido perfectamente normal. Me lo decía hace un momento.

DOÑA ROSA

(Con interés.)

¿Es usted médico también?

ROMÁN

No señora. No sé más medicina que la necesaria para fingirme enfermo y justificar de ese modo mi absoluta pereza.

ALBERTO

Dí que este invierno llegaste a creer que te morías. Y yo también lo creí. (A su madre) Le tuvimos en casa, moribundo. Pero nos abandonó, escapando, o poco menos, en plena convalecencia. Valentina diagnosticó *neurastenia,* en vista de sus continuas rarezas y de su melancolía. Es ella la que te lo ha invitado, con la esperanza de que aquí se restablezca.

DOÑA ROSA

(Empezando a marcar cierto despego hacia Román.)

¿Por qué no?... El aire del monte es saludable. Yo lo celebraría mucho.

(Ha dejado su silla y parece dispuesta a salir.)

ALBERTO

¿Te vas, mamá?

DOÑA ROSA

Hasta la Granja. A dar unas órdenes para mañana. Perdone usted que antes no le haya hablado de su salud. Yo ignoraba que estuviera usted enfermo.

ROMÁN

¡Por Dios, señora! Apenas fatigado. No tome usted demasiado en serio un diagnóstico de Valentina.

DOÑA ROSA

¡Oh, ella sabe lo que dice!... Perdone usted también las genialidades de Laura. Yo creía que era usted particularmente amigo de Alberto.

ALBERTO

(Rápido y con gravedad.)

Se engañaba usted; es todavía más que mi amigo: mi hermano. Y Valentina procura complacerme, atendiéndole.

DOÑA ROSA

(Sin responder, saluda con una inclinación de cabeza y sale por la puerta grande.)

ALBERTO

Ya habrás adivinado que mi madre no siente un afecto cordial por Valentina.

ROMÁN

(Sonríe, evadiendo la respuesta y da vuelta, encaminándose al fondo, como para ver el paisaje por la ventana.)

ALBERTO

Laura tampoco. Y yo que debiera esforzarme en amparar y proteger a mi mujer contra la injusta ojeriza de los míos, soy un hombre falto de recursos para estas luchas sentimentales. La dejo sola. Siempre he sido incapaz de manifestar mis verdaderos sentimientos. O es que no los tengo; y debo acusarme de sequedad de corazón.

ROMÁN

(Con sinceridad.)

Eres injusto contigo mismo; no puedo oirte hablar así.

ALBERTO

(Ordenando sus escopetas, ya limpias, y los útiles que empleó para limpiarlas; deja una pausa. Luego, mirando a Román, dice:)

Te agradezco la buena voluntad.

ROMÁN

Soy un ejemplo vivo de tu cordialidad; te debo cuanto soy y cuanto valgo.

ALBERTO

(Mirándole grave y con reconvención amistosa.)

Y es una deuda que ya empieza a pesarte. No lo niegues... Este invierno, después de tu enfermedad, en los tres o cuatro meses que sucedieron a aquella fuga inexplicable, no he logrado echarte la vista encima, en Madrid.

ROMÁN

Te aseguro, Alberto...

ALBERTO

(Leal, sin recelos.)

¡Por Dios, ninguna protesta! Tienes toda la razón. Ya no necesitas de nada ni de nadie. Nuestros caminos se separarían si fueras mi hermano; y lo mismo si fueras mi hijo. Cuanto más, siendo un amigo. Vivir es separarse... Pero uno puede acariciar planes... hacerse ilusiones... (Después de otra pausa.) ¿Qué impresión te ha producido Laura?

ROMÁN

(Natural y gozoso de que el diálogo cambie de objeto.)

Excelente... Te aseguro que, ni por un momento, me ha hecho pensar que había estado enferma.

ALBERTO

Sí, ya me lo has dicho. Pues no se hable más. Estoy contento, Román.

(Hay una pausa. Román volvió a la ventana. Alberto, haciendo transición, prosigue.)

ALBERTO

Recién llegado a los Brezos, me has pedido que te orientare un poco, y creo que no te quejarás de mí. No te queda por conocer más que lo de fuera de casa. Y eso, poco a poco, irás viéndolo. Valentina y Carmela preparaban una excursión para esta tarde misma. Y si no te asustan las caminatas ni el cierzo, cuenta conmigo. Cazaremos. Nos perderemos, por esas gargantas, dos o tres días y entonces sí que podrás regresar a Madrid, diciendo que has llegado al corazón del Monte.

ROMÁN

(Mirando, otra vez, el paisaje.)

Que debe de ser un hermoso corazón.

ALBERTO

De piedra, no creas. Pero igual desde hace siglos. No cambia, por lo menos.

(Suena dentro la voz de Valentina.)

VALENTINA

¡Román! ¡Román!

ROMÁN

(Acercándose a la puerta del ángulo.)

¿Valentina?

VALENTINA

(Apareciendo en la puerta, sonriendo a Román y cambiando de expresión cuando ve a Alberto. Todo rapidísimo.)

Román... Alberto, ¡ah, por fin doy con ustedes!

ALBERTO

(Que estaba inclinado sobre la mesa, cerrando un estuche de armas y volviéndose a ella.)

¿Nos buscabas?

VALENTINA

(Sentándose y afectando fatiga.)

Me llevo andado medio caserón... Verán ustedes lo que pasa. Carmela está rendida por la excursión de ayer.

ALBERTO

Ya te dije en Madrid que tu prima no era mujer para estas escarpaduras.

VALENTINA

Pero es que habíamos resuelto llevar esta tarde a Román a visitar la fábrica.

ALBERTO

¡Valiente excursión!... (**Explicando a Román.**) ¡Un salto de agua, una turbina, unas sierras anticuadas, en el rincón más feo del monte y a veinte minutos de casa! Nada perdemos traslando la visita a otro día.

VALENTINA

Pues eso deseaba Carmela.

ALBERTO

Pues ahora mismo le digo que sus deseos son órdenes para nosotros. Voy a guardar mi arsenal... ¿Carmela está en su cuarto?

VALENTINA

Allí quedó ¡con un miedo! Dice que todos los muebles crujen en la casa, cuando ella está sola. La verdad es que Laura o mamá podrían acompañarla algún rato; pero no le tienen simpatía... ¿Quieres bajar mi abrigo? También está en el cuarto de Carmela.

ALBERTO

(Se vuelve para asentir con la cabeza y desaparece por la puerta de la escalera, llevándose sus armas.)

VALENTINA

(Continúa hablando lo más naturalmente de este mundo con Román Santaluz. Desde que se fué Laura ha ido oscureciendo sensiblemente)

¿No observa usted que es materialmente frío lo que hace en el monte, en cuanto se pone el sol?

ROMÁN

No hay que olvidar que estamos casi en otoño. Acaba Septiembre.

VALENTINA

(Natural; de pie otra vez y acercándose a la puertecita de la escalera.)

¡Bah! En Madrid, a estas horas, estarán abrasándose, por mucho que acabe Septiembre. (Ha mirado. Calla. También calla Román, inquieto. Valentina cierra la puerta, entornándola nada más. Se vuelve a mirar a Román, devorándole con delicia: es otra mujer) ¿Por qué has tardado tanto? Yo me moría, Román... ¿No lo has visto por mis cartas? ¿Tú crees que era vida la mía?... ¡Román!

(Se acerca a él; en toda la escena, el abandono, la intimidad de dos amantes.)

ROMÁN

(Acercándosele también.)

Baja la voz, baja la voz ..

VALENTINA

Como tú quieras; tú me oyes siempre. No necesito levantar la voz estando a tu lado; ya lo sé. Pero siquiera, demúestrale un poco de compasión a tu esclava... ¿No me ves? Estoy cambiada. He sufrido. He llegado a

perder la esperanza de volverte a ver. Creí que me olvidabas. ¡Oh, te preferiría muerto! He enflaquecido, he envejecido... Dime que estoy viejecita, Román. Me gusta haber quemado, en unos días, muchos años de vida por tí. ¡Román! ¿Por qué has tardado tanto?

ROMÁN

¿Y por qué no habré tenido fuerzas para tardar aún más?

VALENTINA

¿Te cansa mi cariño?

ROMÁN

¿No te digo que me faltan fuerzas para arrancarlo de mi alma?

VALENTINA

¿No mientes?... Esas palabras son las que yo necesito que me digas.

ROMÁN

(Abrazándola.)

¿Por qué eres tan hermosa, Valentina? Tengo celos de toda la creación cuando te veo... ¡Sí, sí! ¡También a mi me roban mi felicidad—no importa quien sea—y también yo tengo derecho a defenderla! No di un paso en tu busca. Mi conciencia está limpia de todo artificio. Ni una palabra aventurada al descuido, ni una mirada escapándose de mis ojos para volar a los tuyos. Tu lo sabes. Antes de ser la traición que es hoy, llena de martirios, mi amor fué, durante años enteros, el más impenetrable de los cultos silenciosos.

VALENTINA

(En igual tono de embeleso y abandono.)

¿Quieres darme a entender con esas palabras que es

mía toda la culpa? Pues, bien sí; toda es mía. A mi no me importa. Yo he sido la más culpable; yo he sido la única culpable, si tú quieres. Yo he ido en tu busca por todos los caminos; yo he empleado todas las seducciones, todas las mentiras, todos los artificios. Te tengo a mi lado y ¡qué me importa! Soy feliz, y daría por una hora de felicidad, la vida entera.

ROMÁN

(Ha ido apartándose de ella. Se ha sentado. Pasado el primer rapto, parece triste, apesadumbrado.)

VALENTINA

No. No soy feliz. Vienes con las mismas vacilaciones. Yo te había rogado en mis cartas que, si no querías ceder a la fatalidad que nos ha unido, no te movieras de Madrid. Cuando te he visto llegar, tuve un momento de esperanza. Me engañé; no has cambiado; la misma inquietud; las mismas dudas...

ROMÁN

Nuestra traición es la misma.

VALENTINA

¡Oh, nuestra traición! En todo caso, mi traición; la tuya, no; porque tú no me has querido nunca. Pero además, si todo mi delito es haberme olvidado del cariño que debo a Alberto, tú puedes vivir y puedes morir tranquilo. Ninguna complicidad te alcanza en mi delito. Duro, inflexible, de hielo, no era Alberto el hombre que había de llenar mi corazón. Ni Dios ni el mundo podían poner tacha a mi conducta; pero mi voluntad ya no era suya cuando tú llegaste. Vivía a su lado; no le pertene-

cía. Le había olvidado; y tus vacilaciones y tus remordimientos le resucitaron para mí. Por ti, si no le comprendo, tengo que contar con él; le recuerdo y casi le temo; es decir, que empiezo a respetarle. A ti puede acusarte tu conciencia; él, no. Le has dado más que le has quitado.

ROMÁN

(Casi reproche.)

¿Pero qué corazón es el tuyo, Valentina? ¿Pero tú olvidas la cadena de beneficios y de gratitudes que vino a romper nuestro amor?

VALENTINA

No la olvido; pero no me arrepiento de haberla roto. Mi corazón se había cansado de sufrir, Román.

(Ha oscurecido casi por completo; ella acaricia los cabellos de Santaluz, despeinándole y peinándole, maquinalmente.)

ROMÁN

(En voz baja, de pronto, con angustia indecible.)

¡No, no, Valentina! ¡Hay alguien aquí; nos espían; nos observan!

VALENTINA

(Con igual súbito sobresalto.)

¡Sí, sí, hay alguien! No te muevas; sigamos hablando...

ROMÁN

¡Oh, no! Quiero saber, cerciorarme. Ha sido imperdonable olvidarnos de este modo. ¡A ver! ¿Quién está aquí?

VALENTINA

(Ha conseguido dar con la llave de la luz; la sala se ilumina.)

No es nada. No hay nadie. Ha sido un efecto de tus nervios, y lo peor es que, un instante, has logrado contagiarme. (Román sigue exploranrando la sala con inquietud.) ¿Aún dudas? ¿Pero no ves que estamos solos?... ¿Qué?

ROMÁN

(Se ha vuelto; tiene sus ojos clavados en la ventana del fondo.)

¡La ventana! Esa cortina estaba totalmente descorrida y ahora cubre la mitad del hueco.

VALENTINA

El aire...

ROMÁN

No ha sido el aire .. ¿Ves? ¿No has visto? Como una ondulación retenida; el movimiento que una mano, soltándola con precaución, comunicara a la cortina.

(Hace ademán de dirigirse a la ventana.)

VALENTINA

Espera...

ROMÁN

No, deja.

(Se abalanza, y de un tirón, descorre el lienzo de la cortina.)

VALENTINA

¿Qué ves?

ROMÁN

Nada.

VALENTINA

¿Y en el camino?

ROMÁN

Nadie.

VALENTINA

A la derecha, donde están los brezos, ¿nadie tampoco?

ROMÁN

Tampoco. Pero el ramaje de los brezos se estremece todavía, como después de haberse hundido en ellos, ocultándose, una alimaña perseguida.

VALENTINA

Una alimaña... ¡Sí!

ROMÁN

¿Sospechas?

VALENTINA

Sí.

ROMÁN

¿De quién?

VALENTINA

De Laura. ¡Es ella!

ROMÁN

¿Laura?

VALENTINA

Sí, sí, ¡Laura! Y ojalá no me engañara. La suerte estaría echada. ¡Tendrías que recogerme en tus brazos, sin remedio!

(Vuelve a refugiarse en él.)

ROMÁN

¡Oh, Valentina! Ten juicio otra vez; alguien llega.

(Empujada por alguien trabajosamente, se abre la puerta grande. Entra el viejecito Lorenzo que viene acompañando a Doña Rosa y trae en la mano un farol encendido. Levanta el farol, para alumbrar a su dueña que le sigue.)

LORENZO

(Al llegar.)

Buenas noches, mi ama, y la compañía.

VALENTINA

Buenas noches, Lorenzo. (Entra Doña Rosa.) Buenas noches, mamá.

DOÑA ROSA

¿No habíais salido?

VALENTINA

No, ha refrescado mucho el tiempo.

DOÑA ROSA

Pero el campo está bueno. (A Lorenzo.) No te necesito ya, Lorenzo.

LORENZO

(Volviendo a salir y cerrando la puerta.)

Hasta mañana, señora; hasta mañana, mi ama.

VOCES

(De todos.)

Hasta mañana.

DOÑA ROSA

¿Y Alberto?... ¡Ah, ya le veo!

(En este preciso momento, llegan por la puerta del ángulo, Alberto Frías y Carmela Santoña. Esta se dirige al encuentro de Valentina. Alberto cambia breves palabras con su madre que, después de haber recogido su labor, atraviesa la escena y sale por la lateral derecha de primer término. Está dentro un instante y reaparece, poco después, inquieta y preocupada, cuando se indica.)

CARMELA

(Sofocada y locuaz.)

Perdóname, querida. ¿Hemos tardado un siglo, verdad? Figúrate que, con estas dudas mías, ya había decidido acompañaros y estaba vistiéndome para salir cuando llegó tu marido. Naturalmente, no podía recibirle casi desnuda. Pero me ha entrado un miedo atroz, al saber que estábais aquí y yo arriba, solita; y he tenido el *tupé* de retenerle, a la puerta de mi cuarto, montando la guardia y hablándome a gritos, para estar segura de que no me abandonaba. Te digo que una escena de opereta. Lástima que la hayas perdido. Ah, y te participo que Alberto estaba furioso; pero así, lo que se llama furioso.

ALBERTO

(Sonriendo y entregando a Valentina un abrigo ligero de verano.)

Sabía que esperabas el abrigo, y no quería tardar.

ROMÁN

(Ayuda a Valentina a pasar su abriguito.)

DOÑA ROSA

(Asoma otra vez por la puerta indicada y parece que busca a alguien inquieta, con miedo.)

ALBERTO

¿A quién buscas, mamá?

DOÑA ROSA

A Laura... ¿La viste arriba?

ALBERTO

No, yo la creía en el comedor.

DOÑA ROSA

No está. No ha regresado todavía; me extraña.

ALBERTO

¿Es tarde?

DOÑA ROSA

Muy tarde. A estas horas nunca está fuera de casa.

ALBERTO

(Inquieto a su vez.)

Es raro.

VALENTINA

No se trata de una criatura de seis años.

DOÑA ROSA

Por lo mismo es menos explicable.

ROMÁN

Yo creo, que por lo mismo, no deben inquietarse ustedes.

ALBERTO

¿Donde ha ido?

DOÑA ROSA

A buscar unas flores.

ALBERTO

(Preocupado.)

El parque no está lejos. Pero allí no hay nadie que pueda vigilarla... (Con inquietud.) Yo no tengo paciencia. Prefiero salir en su busca. Llamaré a los zagales y a Lorenzo para que la busquen también. No te inquietes mamá. Vuelvo enseguida.

(Se dirige a la puerta grande.)

DOÑA ROSA

(Siguiéndole.)

¡Oh, no; voy yo contigo!

VALENTINA

(Volviendo la espalda.)

Oh, es absurdo.

ALBERTO

(Queriendo evitar que su madre le acompañe.)

Pero, mamá...

DOÑA ROSA

¡Déjame, Alberto! No hago daño a nadie.

LAURA

(Apareciendo precipitadamente, en la puerta de la escalera.)

¡Mamá!

VOCES

(De todos.)

¡Laura!

ALBERTO

Aquí está.

(Abrazada, la acompaña hasta su madre.)

DOÑA ROSA

(Abrazando con fervorosa emoción a Laura.)

¡Gracias a Dios!

LAURA

(Al ver la emoción de todos.)

Pero... ¿por qué?

DOÑA ROSA

Hija mía, ¡has tardado tanto!

LAURA

¿Teníais miedo?

VALENTINA

Yo no, Laura.

LAURA

(Mirándola fijamente.)

¿Tú no, Valentina?

(Una breve pausa)

VALENTINA

No; yo te había visto hace poco.

LAURA

No es posible.

VALENTINA

Sí, Laura... desde la ventana; cuando has pasado por el camino de los brezos.

LAURA

(Mira a Valentina, luego a Román; se la ve hacerse fuerza para responder con aparente tranquilidad.)

Yo no he pasado por el camino de los brezos.

VALENTINA

Cerca de él.

LAURA

¡Ni cerca, ni lejos! No me he movido del parque hasta ahora mismo. (Parece fatigada y dice a su madre:) —Mamá, dame el brazo; ayúdame un poco. He venido corriendo desde el parque; estoy cansada. (Al ver que los demás no se mueven, observándola) Pero háganme ustedes el favor de no esperar por mí. Yo entro en seguida, con mamá. (Ayudada por ésta, ha llegado cerca de la mesa; se sienta.) —Mamá, que no me esperen; me ponen nerviosa.

[DOÑA ROSA

No, no esperan. (A su nuera.) —Dí que os vayan sirviendo, Valentina.

(Y con la mano les hace señas para que se vayan.)

ALBERTO

(Obedece a su madre y con Carmela Santoña sale por la lateral del primer término)

ROMÁN

(Saliendo también, a Valentina.)

No era Laura.

VALENTINA

Era ella. Por la primera vez en su vida ha mentido.

(Salen.)

DOÑA ROSA

(Inquietísima, antes de volver junto a su hija, la observa desde lejos. Se acerca a ella, sin hacer ruido Laura expresa un supremo desencanto. Parece ajena a cuanto la rodea.)

¿Que te pasa, hija mía?

LAURA

(Se sobresalta; levanta la cabeza; sonríe triste; toma una mano de su madre, se abriga el corazón con ella, como que tuviera frío.)

Nada, mamá, nada.

DOÑA ROSA

¡Jesús, qué modo de saltarte el corazón! ¡Calma, nenita! Has de aprender a dominarte un poco. ¿Qué te ha ocurrido? Cuéntame a mí. Al fin y al cabo, todo parará en una contrariedad de las tuyas.

LAURA

Sí, eso ha sido. Una contrariedad.

DOÑA ROSA

De niña.

LAURA

Mi última contrariedad de niña.

DOÑA ROSA

A lo mejor, que no has podido encontrar rosas; como si lo viera.

LAURA

(Tristísima.)

¡Oh, mis rosas!... Sí, las traía... en una brazada. ¡Diez rosas, mamá! ¡Las traía tan contenta! ¡Con tanta alegría! Y luego, cuando...

(En seco, calla.)

DOÑA ROSA

(Con mimo.)

Cuando... ¿qué? No te calles.

LAURA

Cuando... —no te alarmes tú, no ha sido nada. He debido de tener un vahido, un desmayo, ¿sabes? ¡La mis-

ma alegría, que tal vez me ha hecho daño!... Y cuando he vuelto en mí, Lorenzo, a mi lado, estaba curándome un pie que he debido de torcerme al caer y los zagales mojaban mis pulsos con agua de la acequia. Me ha costado volver a recordar... y miraba, miraba, en mi falda, las diez rosas ¡con una tristeza! Como la carnecita inútil de una criatura muerta... Cuando me han visto repuesta, los zagales me han dicho que se iban al pueblo. Les he dado mis rosas, ¿sabes? Para sus novias, si las tienen... y se han ido tan contentos... ¡tan contentos!

(Rompe a llorar inconsolablemente; pero cuidando de ahogar sus sollozos en el pecho de su madre para que no sean oídos.)

DOÑA ROSA

(Inquieta, trata de verle la cara.)

¡Laura, Laura! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

LAURA

(Cruza por su recuerdo la visión de antes. Su faz, su expresión se hacen terribles; crispa sus puños; se ha erguido, rígida; mira a su madre.)

¡Si yo fuera un hombre, mamá! ¡Si yo fuera un hombre!

DOÑA ROSA

(Angustiadísima, creyendo que ha vuelto a perder la razón.)

¡Laura! ¡Laura! ¡Alberto!...

LAURA

(Tapándole la boca precipitadamente y acabando por acariciarla.)

¡No, mamá, calla! No te asustes mamá. No es de aquí, no es de aquí; es otra cosa. Ya irá pasando.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Patio interior de los corrales. Un terreno desigual, rocoso, con altibajos; cubierto de musgo y bordeadas sus piedras de hierbecillas parásitas. Cierran el fondo de la escena, construídas de adobes, las tapias bajas de los corrales y parideras. A la izquierda, la fachada posterior de la cabaña del pastor, que tiene una puerta a este patio. Entre la cabaña y los corrales, un camino al que da ingreso un portalón de arco. A la derecha, abigarradas edificaciones, entre las que se advierten los tejados bajos que cubren una especie de balsa donde se lavan los vellones cuando el esquileo. Este grupo de edificios estará en primer término, y, entre ellos y los corrales, habrá otra senda que conduce a la puerta de los corrales y al enorme caserón de los Brezos. En el telón de fondo, bastante lejos y a bastante altura, puede verse el caserón, en toda su vetustez arquitectural. Bosques, barrancos y peñascales, rodean al viejo señor de aquella soledad antigua. Hacia la izquierda, en el telón de fondo, los picos altísimos de algunas montañas, tocados de nieve perpetua.

Lorenzo, sentado a la puerta de su choza, está haciendo labor de cestería. La tarde es espléndida. A raiz de las primeras lluvias copiosas del otoño, hay en todo el monte esa especie de segunda primavera con que pinta la tierra tanta humedad generosa, dilatando sus poros que resecó el verano.

Laura trepó a lo alto de las tapias del corral, y sentada en ellas, cruzó sus rodillas, hincó en ellas un codo, y apoyando en la palma de su mano la barba que está un poco levantada, parece lanzar agresivamente todo su rostro y sus miradas hacia un punto lejano, a la izquierda, en la insondable paz del horizonte.

LORENZO

(Dejando un instante su labor de cestería para tomar la pipa que tiene a su lado, sobre unas piedras; pero mirando antes con el rabillo del ojo hacia Laura.)

¿Qué haces, alimaña?

LAURA

(No contesta, ni parece haber oído.)

LORENZO

(Prende la pipa, da unas chupadas, mira el humo del tabaco, mira fijamente a Laura, y levantando la voz vuelve a preguntar:)

¿Qué haces, alimaña? ¿Qué miras?

LAURA

(Tiene un sobresalto y cambian de dirección sus miradas. Ahora se ha vuelto casi de espaldas para mirar, abajo, en lo interior de los corrales.)

¿Es a mi? Miraba el rebaño. ¡Qué blancura, Lorenzo!

(Discretamente, y muy de tarde en tarde, durante todo este cuadro, sonarán dentro de los corrales varios campaneos de esquilas; como si cambiaran de sitio o se removieran allí las ovejas recogidas. Ahora suenan estas esquilas, y ya se indicará cada vez que el son vuelve a repetirse.)

—Como si ya tuvieran frío, cabras y ovejas se aprietan unas con otras y forman un montón para dormir.

LORENZO

Para dormir... ¿tan pronto?

LAURA

Sí, sí pastor. Los zagales las van acorralando. Algunas madres que amamantaban sus crías no quieren re cogerse; pero los zagales...

LORENZO

¡Parias, esalmaus! Tramarán algo. Verás tú. Aluego vendrán pa Lorenzo, muy taimaus ellos, y le dirán: agüelo, es muy trempano; s'arrecogió el rebaño en un decir Jesús; triscó bien el día durante, llegó harto, dormíase andando. ¿Mos dejará que mos lleguemos nusotros al pueblo, estando e más?... porque mañana es fiesta y en la Almuña bailan esta noche. ¡Me arrebañe con el cuchillo la zurda si no hablan así! Tú verás... ¿Quiénes están?

LAURA

Toñuelo, el hijo de la Eusebia; Martín, que todavía el año pasado me hacía silbatos preciosos en el cañaveral; y ese otro, Miguel, que ni la voz le conozco. Anda solo, habla solo...

LORENZO

¡Mujer!... Es que Miguel tié novia formal.

LAURA

¿Ah, sí?

LORENZO

La Irene de los Monegros; la hija del mayoral, ¿la conoces?

LAURA

No; tiene fama de guapa.

LORENZO

Ya. Por eso l'esprecia y el infeliz sufre y aguanta.

LAURA

¡Pobrecillo Miguel!

LORENZO

(Despectivo.)

No le compadezgas.

LAURA

¿No dices que sufre?

LORENZO

¿No es un hombre? Pos si l'aguanta es por gusto.

LAURA

Eso, sí... Porque él es hombre. (**Queda pensativa; nuevamente suenan esquilas; vuelve a mirar hacia el corral.**) ¡Oh!... ¡Mira, Lorenzo, mira! ¡Me lo estaba temiendo hace rato!

(**Lo ha dicho con cara y vocecita de pena.**)

LORENZO

¿Qué hicieron?

LAURA

Tu verás... que al chivito recién nacido de esta madrugada, ¿sabes?, que pasó el día aletargado, muertecito casi, de pura pequeñez, porque ahora despierta y parecía animarse y se fué para la madre y empezaba a tetar, me lo arrancan sin compasión y me lo dejan solito. Y él tiene un desconsuelo. tan grande, tan grande,

que mira como llorando y no se atreve a quejarse. ¡Es tan pobre cosa, tan ruín, y a su alrededor, todo tan grande! Los hombres, los montes y todas las cosas... ¡pequeñito!.. Donde él está, no llega el sol; todo es un poco más alto que él y ya le hace sombra. Ahora se queja; veo que tiembla su hociquito abierto y no le oigo el balido. Morirá esta noche... ¿Para qué habrá venido al mundo? Nada hay más triste, en todo el monte, que un chivín llorando. Y los zagales ni le miran; van para las puertas; ya están satisfechos; todo el rebaño en paz... ¡Ay! Ahora se le crujieron las patitas; se dobla todo él; casi le esconde la yerba, al caer. Parece que haya nevado un poco en una mata, y nada más. Ya duerme hasta el chivito hambriento. Y los zagales salieron... (**Volviéndose, con enfado.**) ¡Ahora, yo que tú, Lorenzo, no les dejaba ir al pueblo, en castigo.

LORENZO

Ni pienso dejarles; tu verás.

LAURA

No lo veré; tu te ablandas siempre.

LORENZO

¡Pero hoy no, si tu no quieres!

LAURA

¡Pues hoy, no!

LORENZO

Pos ya está dicho.

LAURA

(**Mirando una última vez.**)

¡Pobre chivín!

(Entran, por el camino lateral derecha, viniendo de los corrales, los tres zagales. Martín y Miguel son hombres hechos.)

TOÑUELO

La paz de Dios con usté y la compañía, señita Laura.

LAURA

Buenas tardes, Toñuelo.

MARTÍN

Salú mos dé Dios.

LAURA

Él te oiga, Martín.

MIGUEL

Buenas tardes.

LAURA

(Volviéndose y mirándole con simpatía.)

Buenas tardes, Miguel... y tus amores.

MIGUEL

(Descubriéndose, cohibido.)

Señorita...

(Los dos primeros medio se sientan junto a Lorenzo. Miguel queda un poco más lejos. Laura, como para ver mejor lo que llama su atención, andando por las tapias y mirando siempre, desaparece por la izquierda, al cabo de un momento.)

TOÑUELO

(Al pastor.)

Majo, el cestico. (Lorenzo le mira receloso y calla.) ¿L'has visto, Martín?

MARTÍN

(Se acerca y dice.)

Es majo, es majo.

LORENZO

(Todavia más receloso de los elogios de Martín.)

¿Tamién a tú te gusta. Martín?

MARTÍN

Tamién, Lorenzo; me gusta porque es majo.

LORENZO

Pos lo que es, por algo es.

TOÑUELO

¡Tomá! ¡No ha e ser!

MARTÍN

¡Y que no hay que dale güeltas, como aquel que ice! Na: lo que es, por algo es.

LORENZO

(Después de chupar tranquilamente en la pipa y mirándole.)

Como verbo en gracia, pué que es majo el cestico porque vusotros tenís que pidime alguna cosa.

TOÑUELO

(Haciéndose el ofendido.)

¡Lorenzo!

MARTÍN

¡Que eso mos lo diga de nusotros! ¡Será esconfiau el agüelo!

LORENZO

No t'encarrañes, Martín, que ya vus creo... (Una pausa; algún gesto de inteligencia entre los tres zagales que, un poco desconcertados por la actitud de Lorenzo, no se deciden a hablar.) —¿Y el rebaño, Miguel?

MIGUEL

(Mirando a los otros dos.)

S'arrecogió trempano, pastor.

LORENZO

Tomá, en un decir Jesús, ¿verdá?

TOÑUELO

Triscó bien el día durante.

MARTÍN

Demás que l'himos echau a los restrojos; llegó harto.

MIGUEL

Dormíase andando.

LORENZO

Como tos los sabados.

MARTÍN

(Torciendo el gesto.)

Y eso, ¿a qué?

LORENZO

Tomá, no sé. A que pué que el rebaño sepa letra y en llegando que llega el sabado, pos na: que los unos se lo icen a los otros, y que se ponen d'alcuerdo tos a la vez y que s'arrecogen dos horas más trempano de lo justo iciendo, icen: ¡Pa que los zagales tengan tiempo d'irsen a bailar a l'Almuña, que es sabado!... ¿No, mocés?

TOÑUELO

¡Palabra, que ni habiámos pensau!

MARTÍN

(Amostazándose y empezando a cambiar de táctica.)

¡Y anque fuera!

LORENZO

Anque fuera, ¿qué, Martín?

MARTÍN

Anque fuera que hubiámos pensau... ¿tié tanto así de malo?

LORENZO

Hombre, de malo, de malo, ¡qué me sé! Pero de güeno, de güeno, ni tanto asín tiene. Ya lo sabes.

MIGUEL

Por mi parte, Lorenzo, no hi de golver otra vez, si tu no quieres. Pero lo que es hoy, Miguel del Herrero va a l'Almuña! Que digas que no digas. El rebaño, entra a ver, está arrecogido; el sol, aun alto; yo, de más ¡y voy a l'Almuña!

LORENZO

¿Ah, sí?

MIGUEL

¡Porque me va más que la vida!

TOÑUELO

Por mi parte, no ti digo tanto; pero tamién me tira d'ir; es la costumbre.

MARTÍN

Por mi parte, es gusto.

LORENZO

¡Ah, vamos! ¿Gusto has dicho? (**Se le queda mirando y el mozo sostiene la mirada.**) Pos a ti, Miguel, bien pensau, si te va más que la vida, tu acomodo es de quedate en casa. Lo que es más que la vida no mus toca d'arreglalo; tócale a Dios y Dios no anda en bailes. A ti Toñuelo, si es costumbre, piensaló; que la vida lo mismo s'hace de seguir costumbres que de quebrantalas. Y costumbres güenas, las que traen tu medro, y costumbres malas, las que te lo quitan. Aquí te pagan, en el baile gastas, ni que icir tiene; también tu acomodo es de quedate. Y a ti, Martín... Pos a ti, na te digo. ¡Tú te quedas, y en paz!

MARTÍN

Pué que hablando no fuera tan sencillo de dicilo.

LORENZO

Pué que no.

MARTÍN

Pué que hablando se m'alcurriera a mí de respondete.

LORENZO

Pué que sí: pero ¿a qué hablar? ¡Tú has sio tan súpito! Toas las cosas se llevan en el mundo a dos manos y el gusto ¡de frente! ¡Miá tú si será, que no tié diestra ni zurda, como los reptiles! ¿Pos a qué embridalo? De gustos, no se habla. El tuyo es ir, el mío que te quedes. Y gusto por gusto, ¡aquí vale el mío!

MARTÍN

¡Pos eso habría que velo!

LORENZO

Pos eso está visto. Donde hay pastor, no mandan zagales.

MIGUEL

Si escomenzamos a gritar, perdemos tiempo ¡y yo voy a l'Almuña!

LORENZO

¡Ni tu vas, ni naide va! ¡Andá pa los corrales y arrezongad allá; que allá es el sitio!

MARTÍN

¡Entonces, pon que no queremos!

TOÑUELO

Y entonces, pon que tu mos provocaste.

MIGUEL

¡Y pon que Miguel del Herrero va a l'Almuña! ¡Me muera, si no voy!

LORENZO

¡Miguel, no porfíes! Y haticuenta que lo esaces con los pies y no te queda camino pa golver a los Brezos, si sales esta tarde!

MARTÍN

¡Y haticuenta, si el t'espacha, que él no es quién; y que en las casas onde servir es servir, mandan los amos!

LORENZO

(Rápido, viendo a Laura que acaba de entrar por la izquierda.)

¡Pos mandan los amos! —Pequeña, ¡anta pa mí, que estos gritan y se reclaman de lo que les digo!

TOÑUELO y MIGUEL

¡El ama!

LAURA

¿Qué pasa, Martín?

LORENZO

Martín, ¡ahura, los humos!

MARTÍN

¡Pos pasa, mi ama...

MIGUEL

(Rápido, de un empujón, tomándole el sitio.)

Tú a callate, yo hablaré. Pasa, mi ama... A éstos, no sé; a mí, lo más grande si no voy a l'Almuña. El ama tan güena, quiso, en llegando, mentar mis amores; y

Dios se lo pague. Pos pasa que mañana pué que de mis amores no quede en el pueblo, si no voy, más que la mofa.

LAURA

¿Qué dices?

MIGUEL

Pasa que otro, más feliz que yo, quiere a la Irene, la mujer que había e ser mía. Pasa que, dende unos días, le ronda la calle, la espera a la puerta, la sigue a la fuente... Y como él es rico y le ve a toas horas, pasa que la Irene... ¡No, eso no! ¡No lo digo! Pero, ¡qué más da!, eso pasa.

LAURA

No te calles; eso pasa, ¿y qué más?

MIGUEL

Pos lo emás, del ama depende. Ella nos paga; yo no mando en mí. Y en eso estábamos. Lo emás es que esta noche hay baile en l'Almuña; que irán ella y él; y que en el baile pa tóo como el que ice, hasta p'abrazarse, hay proporción. Pa saliles de pronto al encuentro, tamién. Y que yo tenía pensau d'ir al baile esta noche.

TOÑUELO

(Aprovechando.)

Con musotros.

MIGUEL

¡D'ir al baile!

TOÑUELO

Y el pastor no quiere.

MIGUEL

(Excitándose.)

¡Al baile, al baile!

LAURA

¿Y a qué vas?

MIGUEL

Pos, si Dios quiere, a morir; ¡pero a vengame!

LAURA

¿A vengarte?... —¿Y por qué no, Lorenzo?

LORENZO

¿A mí mo lo ices?

MARTÍN

¡Pos a ti! ¿No eras tú que no mos dejabas salir?

MIGUEL

Calla, hombre, calla.

LORENZO

Pero, ven acá; pero, pequeña, ¿no t'alcuerdas, u yo m'hi güelto bestia? ¿Y tu enojo d'antes, y el mandau que m'has hecho, y el que no salieran, en castigo del hato que escuidan y del chivín que dejan llorando, abandonau, puesto a morir? ¿Pero no m'has dicho? ¿Pero no t'alcuerdas?...

LAURA

(Un especial sentido, que no puede disimular.)

Antes me daba pena del chivín. Ahora me da pena de

Miguel Que vayan, ¿por qué no? (**Volviéndose a Miguel.**) ¡Y pronto, pronto! La verdad al que engaña y el castigo al que miente, siquiera una vez. Sí, sí, vete y componte a tu modo, tú que puedes.

(**Agitada; el pastor la observa**)

MIGUEL

(**Agradecido y con emoción.**)

¡Mi ama!

LAURA

Y vosotros, con él. Y si no le ayudáis y no le defendéis y no enseñáis los puños al que mofe de su pena, hasta que se trague la mofa y se envenene con ella, ¡no sois hombres!

MIGUEL

(**Queriendo besar las manos de su ama.**)

¡Mi ama, bendito sea Dios! ¡Y la fortuna la acompañe siempre! Y si un día quiere a un hombre...

LAURA

Bien, bien está. Calla la boca.

(**Salen los zagales. Laura, rendida y procurando serenarse, se deja caer sobre unas piedras Parece abstraída, olvidada de todo, sola.**)

LORENZO

Pequeña, algo te pasa.

LAURA

No, Lorenzo.

LORENZO

¡A mi vas a dicime! ¡Miá que esautorizame y quitame el mando elante esos parias esalmaus! Y eso, a mí; y eso, tú; y eso, ¿por qué? Por si la Irene y el Miguel y el otro paria fachendoso... ¿De cuándo acá, ni pa secar tus zapatos, pochos d'agua, dan fuego esas virutas?

LAURA

Me entró compasión de Miguel. Sufrirá mucho, pobrecillo, si le desprecian y le engañan. Así no se vive.

LORENZO

¡Anque asín fuera! ¿Y eso es pa que mi pequeña me venga a ejar por embustero y mandón, hayendo zagales? No señor; algo más pasa.

LAURA

Te he dicho que no.

LORENZO

¡Y algo más pasa! Y es de poco tiempo y tú me lo escondes. Ya empezamos con lo del pie que se t'eslabonó corriendo la tarde e las flores, y no me quisiste dicime de dónde escapabas, ni qué habías visto en el camino de los Brezos. ¡Fortuna que pa escalabraduras tengo manos de pastor y no tuvión ni que venir medicos! Pero, pa mí, aquí lo tengo (**Señala el gaznate**); tragámelo, no; d'aquí no me pasa... ¡Qué tú me isimules y que tú me escondas y que tú me calles! ¿Te pa a tú, pequeña?

LAURA

(**Desde la puerta de la cabaña y fingiendo, adrede, que no le ha oido.**)

Creo que los zagales no se habrán olvidado de traer

la leche para la merienda. Yo no estaba aquí cuando el ordeño. ¿La habrán traído, verdad?

LORENZO

¿Te pa a tú, pequeña?

LAURA

¡Si es inútil! Si cuando hablas así, ya ves tú, ni escucho. ¡Quéjate de mí, que estoy viviendo, más que en casa, en los corrales! Y es que «de fuera vendrán...» (Señalando.) ¿Allí los de Madrid? Pues yo aquí, con mi pastor, el día entero.

LORENZO

Si es pa dame que sentir, no vale.

LAURA

¡Anda, pues hagamos las paces! No quiero que tú también me tomes ojeriza; hagamos las paces. (Se abrazan y ella le besa en la frente.) ¿Y eso, vale?

LORENZO

(Como en una transfiguración.)

Valer, vale.

LAURA

¿Ves tú?

LORENZO

¡Pero no vale! ¿Qué me importa que esto sea como arresucitar y dicime «¡a vivir!», si empués te veo que no vives tú? Allega, dime, ven... ¡Qué ojos tan hondos! ¿Qué te hirve anta pa drento? ¿Pa aonde triscas, alimaña?

LAURA

(**Brusca y rápida.**)

No me llames así, Lorenzo. No me gusta.

LORENZO

Pequeña, perdón. En la propia casa de los amos me pareció que así te llamaban.

LAURA

Ya lo sé.

LORENZO

A más, a más que, siendo cosa de monte y de caza, lo tomé por d'invención de Don Alberto, que es tan güena escopeta. Pa los cazadores, *alimaña* son los animalicos del monte que no pagan el tiro y espantan la caza. Triscas y acorreteas tanto por estos escarpaus, que bien podiste alguna vez espantale tú la caza y él encarrañase y aplicate el mote. Pegóseme a mí. Me paició que te cuadraba.

LAURA

Pues no tanto. Pero, además, no es cosa de mi hermano.

LORENZO

¿Ah, no?

LAURA

La que así me llama es Valentina.

LORENZO

(**Encontrándolo mal, en el acto.**)

¿El ama Doña Valentina?... ¡Alimaña! ¡Miá tú que ali-

maña! ¿Pos, y ella caza? Pero a más, a más, ¿qué caza has podío tú espantale?

(Por la lateral izquierda se oye la voz de Carmela que llama)

CARMELA

¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

LORENZO

¿Es a mí?

LAURA

A ti te llaman. Ahí los tienes. Será para la merienda. ¿No vas a servirles?

LORENZO

Ende que no baja la siñora, no solía. To se les dispongo enantes; donde era costumbre; debajo el parral: el pan, la manteca, los jarricos de leche que trujieron los zagales, y s'apañan ellos. Pero, si tú quieres...

ROMÁN

(Su voz, llamando también desde más cerca)

¡Lorenzo!...

LORENZO

Tal vez es que bajó la siñora. Por si es caso, estonces, voy. Di qui aluego, pequeña.

LAURA

Adiós...

LORENZO

(Sale por el arco lateral izquierda.)

LAURA

(Le sigue con la vista inmóvil, escuchando. Un momento, parece decidida a volver a su observatorio sobre las tapias; pero entonces suena cerquísima la voz de Román que por el interior de la cabaña viene buscando a Lorenzo.)

ROMÁN

(Entrando.)

¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!

LAURA

(Va a escapar; da unos pasos)

ROMÁN

(Al ver allí a una mujer, Román pregunta:)

¿No estaba aquí Lorenzo el pastor?

LAURA

(Deteniéndose y volviéndose, poco a poco, para contestar:)

Debe de estar ya en el parral; salió por el arco.

ROMÁN

(Reconociendo la voz y acercándose.)

¿Pero es usted, Laura?

LAURA

Yo misma, señor Santaluz.

(Se dirige hacia el sendero de la derecha.)

ROMÁN

¿Se va usted?

LAURA

No esperaba que entraran ustedes aquí.

ROMÁN

Siento haberme propasado. Pero Carmela tiene el capricho de visitar los corrales esta tarde. Yo entré en la cabaña buscando a Lorenzo que no contestaba, y de una en otra habitación llegué a este patio. Lorenzo estaba aquí, con usted, ¿verdad?

LAURA

Si señor. Casi todas las tardes, a estas horas, estamos aquí. Mejor dicho, todas.

ROMÁN

Entonces todas las tardes hemos estado bien cerca unos de otros sin saberlo. Pero usted lo sabía. ¿Por qué no ha querido usted acompañarnos ni una sola? ¿Qué daño le hemos hecho? Y sobre todo... yo.

LAURA

Ninguno, señor Santaluz.

ROMÁN

Desde que llegué a los Brezos, apenas ha vuelto usted a dirigirme la palabra. Ya dijo que encerraba a la niña en su jaula. Debió usted añadir que era para siempre; y que era huyendo de mí.

LAURA

No señor Santaluz. Esto es, en mí, instintivo, natural. El carácter, un poco huraño, que me ha dado el monte: un gusto por la soledad, un miedo, una necesidad de pasar... escapando, siempre; el monte es así, y yo también. Alimaña: ya lo dice Valentina.

ROMÁN

Sin embargo, yo la he visto a usted de otra manera. Unos minutos, la tarde que llegué. Y luego hasta hoy, esquiva, huraña, es verdad; ¿por qué, Laura? Dígame usted que la culpa no es mía, aunque tenga que violentarse mucho; se lo ruego.

LAURA

Sin ninguna violencia, señor Santaluz. Nadie en esta casa tiene que esforzarse demasiado para acogerle a usted con simpatía. Y yo, menos que nadie. ¡Me habían hablado tanto de usted! Me habían hablado de usted sin ninguna reserva; sin ninguna prevención; como un padre podría hablarle a su hija del hermano que va a llegar, después de una ausencia.

ROMÁN

¿Le había hablado a usted... Alberto?

LAURA

Si señor, Alberto. Le extrañará a usted... Tan duro y tan frío que parece. Pero eso también es cosa del monte. Ya ve usted; las rocas, lo más duro del mundo, granito, y llevan dentro la mayor ternura, el agua. Mi hermano es así. Yo le quiero mucho a mi hermano...

(Hay una pausa. En vano trata Román de contestar. Los dos están igualmente conmovidos y sin palabras.)

ROMÁN

No estorbo más, Laura.

(Va a salir.)

LAURA

No tiene usted necesidad de marcharse. Carmela y Valentina han de pasar por aquí, si quieren visitar el rebaño.

ROMÁN

Entonces, esperaré; muchas gracias. (Otra pausa. Ahora es Laura la que va a salir.) Por lo menos, si yo me quedo, no se vaya usted.

LAURA

Mamá está sola en casa. Y se preocupa cuando tardo. Usted lo sabe.

(Entran por el arco Valentina, Carmela y Lorenzo.)

LAURA

(Se detiene al verlas entrar.)

LORENZO

(Atraviesa la escena y sale por la derecha. Algún rumor de esquilas, al cabo de un instante.)

VALENTINA

(Al ver a Laura, manifiesta una maligna excitación.)

CARMELA

Si hubiéramos sospechado que estaba usted en tan buena compañía, no nos habríamos impacientado tanto.

VALENTINA

Nos habríamos guardado bien de interrumpirles.
(Pasa junto a Román.)

CARMELA

(A Laura; fingiendo cordialidad.)
¿Vienes con nosotras, Laura?

LAURA

No puedo; mamá está sola; yo me quedo.

VALENTINA

Usted puede quedarse también, si tienen que hablar. No llevaremos nuestro egoísmo hasta separarles, Santaluz.

LORENZO

(Que vuelve a entrar por la derecha.)
Cuando quián las señoras. No tién más que seguir tóo derecho y torcer anta pa la izquierda, llegando a la esquina. La puerta está ajustá; cederá empujando.

VALENTINA

Vamos... (A Román, fingiendo extrañeza.) ¿Ah, pero decididamente viene usted?

ROMÁN

Sí; todo mi empeño era convencer a Laura de que debía acompañarnos alguna vez, y en efecto, cuando lle-

garon ustedes, ella se disponía a marcharse. Como si yo no hubiera dicho nada. Fracasé.

VALENTINA

No pierda usted la esperanza. Laurita es arisca y esquiva; pero buena en el fondo. Siempre he creído que un día u otro se la podrá domesticar...

(**Ha ido acercándose a Laura y trata de acariciarla.**)

LAURA

(**Rechazándola y relampagueando en toda su actitud.**)

¡Déjame! ¡No me toques, Valentina!

(**Hay una breve situación.**)

LORENZO

(**Cortando la situación voluntariamente, con mucha calma.**)

Me s'escaparán las reses, si no van ustés. Quedó la puerta entorná...

VALENTINA

¡Vamos, vamos! Dame el brazo Carmela.

ROMÁN

(**Acercándose.**)

¿Quiere usted?...

VALENTINA

Sí, Román; muchas gracias; estoy rendida esta tarde.

(**Salen. Carmela delante; detrás Valentina y Román. Valentina, con toda inten-**

ción, en el modo de oprimir el brazo de Santaluz atrayéndole, y de acercarse para hablarle en voz baja, y de mirarle a los ojos, deja que se claven puñales en el corazón de Laura.)

LORENZO

(Mirando a unos y a otros.)

¡Y algo pasa! (Laura le mira.) ¿No, pequeña? Lo hi dicho, ¡y algo pasa!

LAURA

(Como refugiándose en él.)

¡Llévame, Lorenzo, llévame! ¡Lejos, lejos! ¡Entre gente, no! ¡Pasar... y escapar! ¡Sí, sí! ¡Alimaña, alimaña, alimaña!

LORENZO

(Abriéndole los brazos.)

¡Anta pa mí, pequeña, y eja estar! Del monte semos: ¡no mos han d'espantar lobo, ni loba!

LAURA

(Sollozando.)

¡No, alimaña, alimaña! ¡Lejos, lejos!

(Cae en brazos del viejo y se ve a éste crispar su puño amenazando, en la dirección de los que se han ido.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Galería cubierta en uno de los costados de la casa de los Brezos. Barandal de vieja madera. Grandes arcos de obra, techal envigado. Paisaje amplio de montaña. En el telón de fondo, separado por uno o dos barrancos, se ve, medio incrustado y medio colgado en las rocas del monte, el pueblecito de casas que, desde lejos, parecen apretujadas y descoyuntadas para aprovechar los accidentes del terreno. Un puentecito, a mano izquierda, salva, antes de llegar al pueblo, el último de los barrancos. El puente es de un solo arco y construído de ladrillo. La iglesia de la Almuña, que es el pueblecito de que hablamos, es románica. Su mole, sonrosada y dorada a esta luz de una clarísima mañana de domingo, se destaca, a primera vista, graciosa y solemne, entre las torpes berrugas de los otros edificios. Es el domingo que sucede a los sucesos desarrollados en el acto anterior.

El pueblo dará la sensación de estar emplazado a mucha menos altura que el caserón de los Brezos.

En la galería, poquísimos muebles. Un par de sillones de vaqueta. Una mesa de hierros, sobre la que habrá un frutero con frutas, vasos y un par de jarros de cristal con agua. En alguna de las barandas de los arcos, hay atadijos de mazorcas puestas a secar.

A la derecha, puerta de cuarterones que comunica con las habitaciones de Alberto, Valentina y Carmela.

A la izquierda, otra puerta.

Al fondo, el último de los arcos, que es más reducido y sin

barandal, conduce al rellano ancho y cnadrado de una escalera emparrada que baja al huerto o jardín de la casa.

Muy vestida de domingo —el traje de seda negra y la mantilla de blonda; rosario de filigrana y gran libro de misa con tapas de concha; un poco arcaico el conjunto, como de quien lleva más de quince años sin dejar el monte—, Doña Rosa, al levantarse el telón, acaba de entrar en la galería, por la escalerilla del huerto. Acompáñala Lorenzo, vistiendo también traje de domingo, de terciopelo negro, faja blanca de estambre, pañuelo de seda blanco y, sobre él, el ancho sombrero de pastor. Les sigue Valentina que, como ellos, viene de oir misa en la Almunia.

Doña Rosa, cansada de la escalera, se apoya un poco en el brazo de Lorenzo.

Así llegan al primer sillón. Allí se sienta Doña Rosa, apoyando la mano en el brazo del sillón para sentarse. En el acto, Lorenzo se quita el sombrero; empieza a rodarlo entre las manos y espera órdenes; la cabeza baja y, al parecer, muy contrariado.

Valentina deja sobre una silla el sombrero que acaba de quitarse, su libro de misa y una sombrilla de campo.

Hay un breve instante de silencio.

DOÑA ROSA

(Meneando la cabeza y con muestras de gran abatimiento.)

¡Jesús, Jesús! Mentira me parece. De la gente que come mi pan, salir estas cosas...

LORENZO

Verdad; es verdad.

DOÑA ROSA

Me habéis dado el domingo, Lorenzo; que Dios os lo pague. —Ponte el sombrero.

LORENZO

Eje estalo.

DOÑA ROSA

No; y tú no me digas. Confiesa que se te escaparon sin saberlo tú. Más perdonable me parece que haberles dado el permiso, faltando a lo que te tengo encomendado. —Ponte el sombrero.

LORENZO

Eje estalo. Tocante al premiso, la verdad es la verdad. Se les dió el premiso d'irsen a l'Almuña.

DOÑA ROSA

¿Pero quién?

LORENZO

Pos... eso estoy iciendo.

DOÑA ROSA

Pero no acabas de decirlo. ¿Quién?... —¿Te pones el sombrero o no te lo pones? Me ataca los nervios.

LORENZO

(Calándose el ancho sombrero.)

Si que pué que tal vez m'estorbe menos. Pos, donde hay pastor no mandan zagales. Si se fueron de casa con mi consentido, yo les di el premiso.

DOÑA ROSA

¿Pero no pensabas que el rebaño se quedaba solo? Por de pronto, amaneció muerta una cría; todo eso hemos ganado. ¿En qué pensabas?

LORENZO

En na. Pa bruto no es mester pensar; y bien está a las claras, que hice mal.

VALENTINA

(Interviniendo, con intención disimulada, en toda la escena.)

Pues no es eso lo peor, por lo visto.

DOÑA ROSA

¡Peor había de haber!

LORENZO

(Aparte, por Valentina.)

¡Y tú de sabelo!

VALENTINA

Ya dice la gente que los zagales salieron de casa *aleccionados*. Y como el herido es amigo del alcalde, que lo es del cacique, y éste enemigo político de Alberto, ya nadie habla de celos, ni de crimen pasional. No, no; cosa política y urdida por nosotros.

DOÑA ROSA

¿Se cansarán de inventar en los pueblos?

VALENTINA

Perdone usted. En todo caso, esta vez, no es el pueblo; son los mismos zagales de casa los que inventan.

DOÑA ROSA

¿Pero qué?

VALENTINA

(Fingiendo arrepentirse de lo que ha empezado a decir.)

Ah, yo creí que usted lo sabía...—¿Tú tampoco, Lorenzo? ¿No has oído lo que dicen?

LORENZO

Yo *lo que icen* no l'oigo enjamás.

DOÑA ROSA

Pues vas aviado. Entonces, ¿qué oyes?

LORENZO

Lo que *me* icen, si es caso; y aun asín, no siempre del tóo.

DOÑA ROSA

¡Don Sentencias! ¡Así van las cosas como van, en los corrales! ¿Qué es lo que dicen, Valentina?

VALENTINA

Pues que hay unas palabras de Toñuelo que andan de boca en boca, y que mejor sería no haberlas pronunciado. Parece que, cuando les detuvieron a los tres, y le encontraron, arrapiezo como es, con la navaja en la mano, asustado y para disculparse, gritaba: «Me lo mandaron en casa; me mandaron que ayudara a Miguel.»

DOÑA ROSA

(Mirando a Lorenzo.)

¿Eso es posible?

LORENZO

(Calla, visiblemente apurado, sin saber qué contestar.)

VALENTINA

Y parece que da todos los detalles... Por supuesto, mintiendo; pero...

DOÑA ROSA

¡Toñuelo no acostumbra a mentir!

VALENTINA

Para librarse de responsabilidad, digo yo que mentirá.., ¿verdad, Lorenzo?

LORENZO

(Exabrupto.)

!Pos no miente, ea!

VALENTINA

¿Ah, no?

DOÑA ROSA

¡Acaba de una vez, Lorenzo!

LORENZO

¡Pos acabau!... —Lo que hay, Doña Valentina, es que sabiamos ayer que los zagales iban a por ver si Miguel l'ajustaba las cuentas a la Irene, que ha estáu dos años burlándosen d'él y amás, amás, que es mujer mala. Cosas d'hombres, Doña Valentina. Y por eso se les dió el premiso a los zagales añidiendo, dice: «andáisus y ayudiale a Miguel u no sois hombres». Y así fué... ¿es eso?

VALENTINA

Eso es.

DOÑA ROSA

¿Y para que fueran a tomarse la justicia por su mano les hablaste así? ¿Pues a quién tengo yo en casa, con esos instintos de criminal, y no lo sabía?

LORENZO

(Contrariado, pero afrontando la situación con rústica ingenuidad, por no acusar a Laura.)

Mal está. Pero a lo hecho, pecho. No s'hable más; si es caso, a pagalo, y san sacabó!

DOÑA ROSA

¡Pues sí que acabó, Lorenzo! Y por mi parte, con toda la sorpresa y toda la pena que estás viendo. Háblale a Alberto y él decidirá. Pero, por mí... para no mirarte ya, como te he mirado siempre, preferiría no volverte a ver.

LORENZO

(Como aplastado por el peso de un monte.)

Pos ya está, mi señora. No pa Don Alberto; me voy pa la puerta, ¡y arrematáu de una vez! Si no caigo redondo al pisala, me mata el primer carro que salga mañana. ¡Tumbáu y atravesáu lo espero! —¡Con Dios queden!

(Torpemente va a salir. Callan Doña Rosa y Valentina.)

ALBERTO

(Entrando por la izquierda y cruzándose con el pastor.)

Lorenzo...

LORENZO

¿Mi amo?...

ALBERTO

Ve al encuentro de esos que ahora te los traen, y espérame con ellos. Desde luego, no les pasa nada; pero

quiero decírseles yo mismo, para que se queden más tranquilos.

LORENZO

(Expresión de alegría.)

Bien está, mi amo.

(Sale por la escalera del huerto.)

DOÑA ROSA

¿Qué ha ocurrido?

ALBERTO

Nada, ya ves; está todo arreglado. En los pueblos todo se abulta, como en las ciudades. Pero no pasó la cosa de una riña a gritos y la herida, de un rasguño.

DOÑA ROSA

¿De veras?

ALBERTO

Como que el herido es Miguel y viene de la Almunia por su pie, como los demás.

VALENTINA

Mejor es así.

ALBERTO

(Dejando una breve pausa.)

Claro. Pero ya había quien procuraba llevar el agua para su molino. Se ha llegado a tiempo y el suceso no tendrá consecuencias.

DOÑA ROSA

¿Ni por lo que se dijo en casa, a los zagales?

ALBERTO

No, tampoco. Aunque eso no podía tenerlas. Desgraciadamente costaba poco demostrar que Laura no es responsable como una persona normal...

DOÑA ROSA

¿Por qué dices Laura?

ALBERTO

Pues... (**Extrañado, al ver el asombro de su madre y volviéndose a Valentina.**) ¿Pero, no lo sabía?

VALENTINA

(**Fríamente.**)

Lorenzo ha contado la cosa como si él hubiera sido el autor de la provocación. Y yo no me he atrevido a desmentirle.

ALBERTO

No; pues fué Laura, fué Laura. (**A su madre, afectando indiferencia para tranquilizarla.**) En resumidas cuentas, tampoco es para que le demos importancia. Cosas de niña.

VALENTINA

(**Siempre con su intención solapada.**)

Es que ya no se trata de una niña. A mí me han contado la escena, tal como la explican los zagales, y parece que Laura dió muestras de una exaltación, de un apasionamiento inexplicables. Fué mandarles a esos pobres muchachos que hicieran un crimen... ¿tiene eso explicación?

DOÑA ROSA

(**Abrumada y abatida.**)

Ninguna, ninguna...

ALBERTO

(Visiblemente, se desentiende del diálogo que, desde ahora, continúa entre Valentina y Doña Rosa.)

VALENTINA

Y de su buen fondo, yo no dudo. Pero ha estado a punto de acarrearnos a todos un día de luto. Obedeció al influjo de una alucinación pasajera, ya lo sé; pero eso es lo grave; porque no sabemos, otra vez, adonde pueden llevarla estas alucinaciones.

DOÑA ROSA

(Compungida, interesadísima, temblando.)

¿Tú crees que Laura sigue estando enferma?

VALENTINA

Yo creo que su razón está, por lo menos, en retraso con relación a su edad Y es que la razón no se adquiere con baños de sol y conversaciones de pastores. No; a la razón la fortalecen el estudio, el trato social, el conocimiento del mundo; y en los Brezos, ¿cómo encontrar todo esto?

DOÑA ROSA

(Rápida.)

Es verdad. No hay manera. (A Alberto, que la oye sin despegar los labios.) Por eso te decía la otra tarde que no veía el momento de sacarla de aquí, de llevármela, ¡donde sea!

VALENTINA

Y ya que lo han pensado ustedes, ¿por qué retardarlo?

DOÑA ROSA

Si Alberto cree que Laura y yo debemos marcharnos...

(Un silencio.)

VALENTINA

(Confidencial, acercándose todavía más a su suegra.)

Yo, por mi parte, creo que no hay tiempo que perder. Lo ocurrido ayer tarde, que ha sido un aviso para todos, tiene también su parte de amenaza. Esto, al fin y al cabo, no era más que una riña entre zagales, fuera de casa; y afortunadamente no ha tenido consecuencias. Mañana podría tratarse de algo más grave...

ALBERTO

(Interrupción seca.)

Que nos tocara a todos más de cerca... —Sigue, Valentina.

VALENTINA

Que le tocara de cerca a ella misma: un amorío, una pasión, quién sabe.

ALBERTO

Y las consecuencias serían peores, ¿verdad?

VALENTINA

Sobre todo, las consecuencias podrían perjudicar a Laura o hacerla infeliz.

ALBERTO

Tranquilízate, entonces; porque yo pienso lo mismo;

y casi te aseguro que, ocurra lo que ocurra, ella se salva.

VALENTINA

(Mordiéndose los labios; sequedad, despecho.)

Pues eso es lo esencial; el resto poco vale. (Toma su sombrero y lo demás que antes dejó en la silla y va a salir. Pero antes vuelve a acercarse a Doña Rosa para decirle, confidencialmente, haciendo transición.) —De todos modos, créame usted, mamá. No haga usted demasido caso de las seguridades de Alberto. El único plan acertado es el de usted: cuanto antes, fuera del monte; para bien de Laura, que es lo principal. Hasta después.

DOÑA ROSA

(Con sincero arranque.)

Valentina, te he agradecido mucho que te interesaras por nuestra enfermita. Si alguna vez, lo reconozco, no fuí justa contigo, ahora lo siento con toda mi alma; deja que te de un abrazo: hazme el favor.

ALBERTO

(Está cerca de las dos y ha oído estas palabras. Cuando su madre se dispone a abrazar a Valentina, casi sin gesto, moviendo apenas la mano, Alberto se interpone y dice:)

¡Oh, mamá! A Valentina le basta tu noble confesión. No tienes nada que agradecerle; su interés por Laura es la espontánea manifestación de su bondad. Y en vez de este abrazo que ibas a darle como una recompensa, ella prefiere, como buena hija, besar tu mano respetuosamente, humildemente, ¿verdad? (Dándole casi la mano de su madre.) ¡Besa aquí, Valentina!

(Valentina besa, en efecto, la mano de

Doña Rosa y sale por la lateral derecha. Doña Rosa queda enjugándose los ojos, conmovida. Cuando Valentina ha salido, Alberto se dirige a la escalera del huerto; su madre le retiene.)

DOÑA ROSA

(Lloriqueando.)

Hijo, ¿tú crees también que Laura está loca?

ALBERTO

(Acariciándola con melancolía y ternura, al mismo tiempo.)

No te apures, mamá. No se trata de ninguna locura que pueda llevarla al manicomio, en todo caso.

DOÑA ROSA

(Se lo queda mirando y adivinando a medias, sonríe para preguntar:)

¿Enamorada?

ALBERTO

Ya hablaremos... en otra ocasión. Hoy, no.

DOÑA ROSA

(Radiante.)

¡Sí, sí; enamorada!... (Recapacitando.) ¿De Santaluz, entonces?

ALBERTO

Mamá, me esperan los zagales; no tengo tiempo; no te oigo. No te he oído.

(Y sin esperar la contestación de su madre, sale por la puerta del fondo.)

DOÑA ROSA

(**Siguiéndole.**)

¡Pero espera, Alberto, espera!... Nada. No me escucha. No me escucha.

(**Va a salir por la lateral izquierda; pero tiene que detenerse para dejar entrar a Laura que llega, en este momento, con un cestito, lleno de frutas, en la mano.**)

LAURA

¿Ya de vuelta, mamá?

DOÑA ROSA

(**Con delectación y con ilusión, contemplándola.**)

Sí; de misa primera. Hoy es domingo.

LAURA

Yo iré luego, a misa mayor. Con Carmela. (**Sigue hasta la mesa y, al ver allí el frutero, dice:**) ¿Son de hoy estas frutas? ¿Quién las ha puesto aquí?

DOÑA ROSA

No sé... Valentina tal vez.

LAURA

(**Dejando sobre la mesa el cestito que ha traído.**)

¡Ah, ya!... ¿También estuvo en el pueblo Valentina?

DOÑA ROSA

Sí, señorita. Ella, Alberto, Lorenzo, y yo con los tres. En casa no quedaron más que los invitados de Madrid

y la señorita Laura, que, por las trazas, tampoco parece de aquí. Se te pegaron las sábanas.

LAURA

No, si yo he madrugado. A estas horas habré andado más que los que estuvisteis en el pueblo. De lo que tengo pereza es de arreglarme y componerme para andar por casa y que me vea la gente. Pero el primer aletazo en la cara del aire de la mañana, limpio y frío, no lo pierdo por nada del mundo... ¡Hay un silencio entonces!... Me gusta, a esas horas, acercarme de puntillas, andando entre el matorral de brezos, a los recodos donde sé que hay una fuente. Se la oye manar pausado, seguido, desde lejos. Y yo estoy un momento escuchándola, y luego, de pronto, separo el matorral; y sin avisar, de un salto, me presento... Es siempre la misma sensación exacta, exacta! Como si el agua de la fuente se asustara al verme y echara a correr, ¡con un miedo, con una prisa!... Yo soy un poco así, ¿verdad?... Hoy, además, tenía que cambiar todas las flores de la sala. Y, además, he pasado mucho rato, abajo, en la granja, con los zagales, cuando los trajeron del pue...

(**Repentinamente, calla, tapándose la boca con la mano.**)

DOÑA ROSA

... Del pueblo. Sigue, sigue, lo sabemos todos.

LAURA

Y... ¿lo sabéis todo?

DOÑA ROSA

Si, hija; todo.

LAURA

¿Lo que yo dije?,.. ¿Se ha enfadado mucho Alberto?

DOÑA ROSA

No; él no mucho.

LAURA

Tú sí, mamá. Es decir, no: tú lo has sentido. A ti te ha dado pena que yo aconsejara...

DOÑA ROSA

(La abraza sin dejarla acabar.)

Sí, Laura, hija mía. ¿Quién te mete a ti en esas cosas? Y además... (Queriendo provocar la confidencia.) vamos a ver, ¿qué entiendes tú de esas miserias de hombres y mujeres?

LAURA

(Entristeciéndose de pronto, como una luz que se apaga.)

Nada, mamá. Absolutamente nada. Te lo juro. Pero no me riñas; ya estoy castigada, y además arrepentida.

DOÑA ROSA

(Casi con desencanto.)

¿Tú, hija mía?

LAURA

Sí, mamá, sí. Verás... Miguel viene herido; en el brazo; dicen que un rasguño y casi le llega al hueso, de honda que parece, la herida inflamada. He creído que debía ayudar al pastor a curarle; porque si no, ¿para qué es mía la culpa?

DOÑA ROSA

Tuya no.

LAURA

¡Sí mía, mía! Si yo no se les digo, ellos no van. Y mordiéndome los labios y con los ojos quietos, para que las lágrimas no se despegaran al moverlos, he estado ayudando. Desde la muerte de mi padre, yo no había visto correr así la sangre de un hombre... ¡y ha sido una impresión!... No podría contártela, mamá. Pero dentro de mi alma yo sé lo que ha pasado.

DOÑA ROSA

(Sonriéndola y besándola.)

Menos mal... Eso te enseñará a no moverte de mi lado, a aconsejarte un poco de tu madrecita.

LAURA

¡Oh, sí! (Haciendo transición, acercándose, con su madre, a los arcos y señalando con el brazo tendido en la luz.) ¿Ves tú si es alto el Turbón, con nieve en la cumbre? Pues todavía me parece poco. Yo quisiera otro monte encima de este, y entonces, allá, en la luz, solas, siempre solas, viviríamos tú y yo tan ricamente.

DOÑA ROSA

Tú, yo y... ¿nadie más? (Menea la cabeza Laura, diciendo que no.) Me habían dicho otra cosa.

LAURA

(Ingenua.)

¿Quién?... ¿Lorenzo?

DOÑA ROSA

¡Quiá! Me lo había dicho, ¿sabes quién? Un pajarito que picó esas frutas, que tu has cogido para el señor Santaluz.

LAURA

(Ruborizada y protestando.)

Mamá...

DOÑA ROSA

(Abrazándola y besándola.)

Ya hablaremos... ya hablaremos. Ahora no. De una vez, no. Poquito a poco, ya hablaremos... ¡Dios te bendiga!

(Y sonriéndola entre lágrimas, sale por la lateral izquierda.)

LAURA

(La última sonrisa de su madre, como un hilito de sol, rompió las nubes de su alma. Le sonrie también, hasta perderla de vista y luego, con una idea traviesa y repentina, se acerca a la mesita, toma con ambas manos el frutero que preparó Valentina, y resueltamente, lo vuelca por el barandal. En este instante, se abre la puerta del cuarto de Valentina y ésta aparece, diciendo:)

VALENTINA

Las había preparado yo para Román.

LAURA

¿Ah, tú? Me pareció que no eran de hoy. Puedo ir a buscarlas. oiieres.

VALENTINA

No. Laura.

LAURA

(Por las que ella ha traido en el cestito.)

Le diremos que son estas las que has preparado y es igual ¿no te parece?

VALENTINA

Sería una mentira. Sería, en pocos días, la segunda mentira, por mí.

LAURA

(La mira fijamente; Valentina sostiene la mirada.)

Sí, la segunda.

VALENTINA

(Después de una pausa.)

¿Eras tú, aquella tarde?

LAURA

Era yo.

VALENTINA

En la ventana, a pocos pasos de los dos.

LAURA

Cuando estábais solos, hablando en voz baja.

VALENTINA

Momentos despues, tú estrujaste la cortina con ira y echaste a correr, escapando...

LAURA

De mi misma. No tenía mas que abandonarme en aquel momento, para encontrarme dentro de la sala y llegar a tí y no sé, herir, destrozar, despedazarte...

VALENTINA

¿Y a él, no?

LAURA

Ya he dicho a tí.

VALENTINA

Pero no lo hiciste. Luego, delante de todos, callaste. Pasan días y sigues callando. No has podido perdonarme; debo suponer que llevas un plan.

LAURA

Ninguno.

VALENTINA

Yo había creído que era una amenaza lo de ayer. Un modo de decirme «prepárate, Valentina; hoy para estos, mañana para tí; así es como yo creo que debe castigarse a una mujer que engaña». —Yo he hecho lo posible para prepararme. Y además; venía decidida a hablar contigo lealmente.

LAURA

Para hablar lealmente, siempre estas a tiempo.

VALENTINA

Quería preguntarte si estás satisfecha de lo que ha pasado. Miguel, herido; el otro, a punto de caer en la

riña de mala manera, si no hieren a Miguel; y la única ilesa, mañana la única feliz, la Irene. Pon que todo sería más grave en nuestro caso, porque para torturarnos más somos más inteligentes; pero el resultado, el mismo. Uno de ellos, muerto en vez de herido; y yo, maldiciendo mi suerte más o menos; pero ilesa. Seguramente no es eso lo que tú deseas, ¿verdad?

LAURA

No.

VALENTINA

¿Ves tú? Y además, yo sé por qué no lo deseas; pero eso vendrá luego. Ahora, si apesar de estas reflexiones, te dijera que estoy tranquila, mentiría. Me aborreces demasiado y es mucho lo que sabes de mí para. que yo pueda vivir una sola hora de paz, en adelante Vengo a suplicarte...

LAURA

Has dicho que ibas a hablarme lealmente.

VALENTINA

Lealmente: Necesito que hagamos las paces; o necesito perderte de vista.

LAURA

¿Perderme de vista, quiere decir que estás resuelta a a huir, olvidándolo todo menos tu felicidad egoísta?

VALENTINA

No. Perderte de vista quiere decir, que seas tú la que salga de los Brezos.

LAURA

¿Yo?

VALENTINA

Tú, Laura. Quedarte y seguir callando te será cada día más difícil; y además yo no puedo exigírtelo.

LAURA

Entonces será necesario que hagamos las paces. Porque yo, de aquí, no me muevo.

VALENTINA

(**Sin comprender, desconfiando.**)

Las paces... ¿pero sería posible? ¿Habría un medio?

LAURA

Hay uno, Valentina.

VALENTINA

No me engañes; habla.

LAURA

Hay uno; el único. Escucha y procura entenderme, Valentina. Yo creo que Román Santaluz no tiene obligaciones en los Brezos, ¿verdad?... Ninguna. En cambio, puede tener obligaciones que reclamen su presencia lejos de aquí, muy lejos, tanto como nos permita imaginar la anchura del mundo. De modo que basta fingir una carta, un telegrama, y hoy mismo, esta tarde, ahora mismo si quieres, Santaluz se despide de todos. Por mi parte, es el olvido, el perdón; y hacemos las paces.

VALENTINA

¿Separarnos?

LAURA

Separaros.

VALENTINA

¿Y acabar?

LAURA

¿Y lo preguntas?

VALENTINA

¿Y tú pretendes formalmente que eso es un medio? ¡Pero entonces, tú no has querido nunca, tú no sospechas, no has empezado a sospechar lo que es el corazón de una mujer que quiere!

LAURA

No, yo no, Valentina. Pero oye, oye; te lo suplico, te lo ruego: ¡Hazlo por lo que te parezca más puro y más grande en el mundo! Mira que ha sido necesario que pasaran muchas cosas dentro de mi alma para que yo te hable así, serenamente, casi cordialmente, Valentina. Tendrás en mí más que una esclava en adelante, una hermana. O si lo prefieres, para que puedas mandarme sin necesidad de disculparte, para que yo tenga que obedecer sin que la obediencia me signifique mérito, tendrás en mí una hija... Pero tú, que has hecho tuya la voluntad de ese hombre, que le dominas, que le mandas, devuélvele la libertad que él no te pide... Separáos hoy mismo, ahora mismo; mándale que te olvide; que vaya lejos, lejos, donde ni tú ni yo sepamos de él; pero donde viva, donde cuente para Dios como una de sus

más nobles criaturas. Si lo haces, desde este momento hasta el día de mi muerte, y salvo en el preciso instante de alentar para morir, yo no volveré a realizar acto en la tierra que sea únicamente para mí; tu juguete, tu propiedad, tu esclava. Ya ves que no te hablo por egoísmo, que no te hablo por mí. Pero seguir aquí, los dos, como hasta ahora; buscaros, atraeros, manchar el aire con vuestras miradas; que yo, otra vez, una sola, por maldición de Dios, vuelva a veros como aquella tarde, ¡no, eso no, eso no, Valentina! Porque entonces no alimaña, fiera habría de ser, con zarpas, con uñas, con veneno en los dientes!

VALENTINA

(Triunfal, dueña de la situación.)

¡Basta, basta! Serénate, calma, calma; mírame a mí ¿no me ves? Yo estoy tranquila. Porque ahora sí que acabas de darme un camino. Secreto por secreto. Tú tenías el mío; yo acabo de arrancarte el tuyo ¡le adoras!

LAURA

¡Valentina!

VALENTINA

Y has callado por él; para salvarle a él, por miedo a perderle; si Alberto supiera. Has hecho bien; precisamente porque le ha querido como a un hermano y como a un hijo, Alberto no le perdonaría... ¡No le perdonará; te lo juro! Porque, óyeme bien: a la primera sospecha, a su primer desvío, a una sola mirada de Román que encuentre en el aire otra tuya y la bese, ¡te juro que sabré vengarme! ¡Tuyo, no! ¡Será de la muerte antes que tuyo! Y tú sabes que no son palabras lo que digo. Ni siquiera tendré que ser yo. Me olvidaré un día

de apartar de nosotros el brazo de Alberto y es bastante. Dejar hacer, no cuesta. Ya estás avisada.

LAURA

(No contesta. Está sentada y ha inclinado su frente.)

VALENTINA

(Inquieta, observa a Laura. No encuentra modo de reanudar el diálogo, aunque parece procurarlo.)

CARMELA

(Entra por la lateral derecha. Al llegar ella, se quiebra y vulgariza la situación)

¡Valentina!...

VALENTINA

(Acercándose a saludarla.)

Carmela...

CARMELA

(Viendo a Laura y manifestando impaciencia.)

¡Pero, Laura!, ¿has olvidado que íbamos al pueblo juntas? Ya es hora: te advierto que están llamando a misa mayor.

LAURA

(Levanta la cabeza; su rostro resplandece de resolución y decisión; como si un pájaro negro que le hubiera hecho sombra hasta ahora, echara a volar, alejándose de ella.)

¡Oh, yo estoy en seguida! Aguarda un momento.

(Va a salir por la izquierda, y en este momento llega del huerto Román Santaluz.)

ROMÁN

Buenos días a todos.

(Sigue andando en dirección a Valentina.)

LAURA

(Se detiene al ver a Santaluz y dice:)

Señor Santaluz...

ROMÁN

(Besa la mano de Valentina.)

VALENTINA

(Señala con la vista a Laura.)

ROMÁN

(Volviéndose.)

¿Decía usted, Laura?

LAURA

(Resuelta.)

Señor Santaluz, quisiera pedirle un favor.

ROMÁN

¡Nada menos!

LAURA

Carmela y yo habíamos decidido ir juntas a misa. Pero es el caso que ayer hubo riña en el baile; parece que la gente del pueblo está soliviantada y yo creo que

no es prudente que vayamos solas. ¿Quiere usted acompañarnos, señor Santaluz?

(**Asombro en Carmela: retenida indignación en Valentina; asombro y vacilación en Román.**)

ROMÁN

Yo, con mucho gusto Laura... (**Trata de explorar, en el rostro de Valentina, alguna indicación. Valentina adopta una máscara impenetrable.**) Y esa misa, ¿es pronto?

LAURA

Es ahora mismo, señor Santaluz, ¿viene usted?

ROMÁN

Desde luego; pero el caso es que ahora mismo... ¿No hay otra misa más tarde?

VALENTINA

(**Cortante, al hablar, aunque lo disimula.**)

Román, es hasta ridículo que dude usted. Debe usted acompañarlas, sin vacilar. Los demás ya hemos oído misa y a todos nos hará usted un favor, acompañando a estas niñas. El pueblecito es precioso y el camino un primor de pintoresco. Le encantará a usted y me agradecerá el consejo: estoy segura.

ROMÁN

(**Decidiéndose y respirando; no muy marcado.**)

No hay réplica posible: me tienen ustedes a sus órnes. Y además, voy con mucho gusto.

(**Se acerca a Laura que sonríe, agradeciendo.**)

CARMELA

(A su vez, se ha acercado a Valentina, con quien habla, como tomando órdenes.)

ROMÁN

(A Laura.)

¿Qué novedad es esta? Por fin, la niña vuelve a andar por casa. ¿Y la jaula?

LAURA

(Tiene un mohín evasivo.)

ROMÁN

¿Abierta?

LAURA

Peor: rota.

ROMÁN

!Oh!... Y el pájaro, ¿voló?

LAURA

Cayó: la jaula estaba en alto.

ROMÁN

No se hizo mucho daño, por lo menos.

LAURA

Un poco: en las alas.

(Valentina y Carmela se abrazan y despiden efusivamente.)

CARMELA

Adiós, Valentina, adiós. (**A Laura**) Es tarde y vamos a llegar a misas dichas.

LAURA

Ahora no. Ahora nos llevamos la *charrette*. (**A Román, que precipitadamente muerde unas frutas y bebe un vaso de agua junto a la mesa.**) Le necesitábamos a usted para el asiento de atrás. Si no, al trote que toma la yegua, nos exponíamos a volcar en los baches.

ROMÁN

¿De modo que voy de contrapeso?

(**Se sirve el vaso de agua.**)

LAURA

¿Se arrepiente usted?

ROMÁN

De ningún modo.

(**Bebe. Valentina ha ido acercándose a la mesa; Laura, resuelta, se acerca también; toma a Román por ambos brazos y le obliga a salir por la lateral izquierda, diciendo:**)

LAURA

Pues a buscar el sombrero, el bastón, lo que usted necesite. Tú, Carmela, a decirle a Toñuelo que nos traiga el coche. Y en seguida todos, a reunirnos en el patio grande, para salir. (**Como si les empujara con el gesto.**) ¡Volando! ¡Volando!

ROMÁN

(Al salir.)

Volcaremos. ¡Hasta el otro mundo, Valentina!

VALENTINA

No tanto; hasta luego, Román.

ROMÁN

Hasta luego.

(Sale.)
(Carmela ha salido antes por la puerta de la escalerilla. Valentina y Laura quedan mirándose.)

VALENTINA

(Dejando toda máscara de disimulo y casi retando a Laura.)

Y esto ¿significa?...

LAURA

(Franca y resuelta también.)

Tú te has negado a seguir mi consejo; a separarte de él; a mandarle que te olvide. Esto significa que voy a ser yo la que me imponga, la que os separe, la que le mande olvidarte.

VALENTINA

(Amenanzando.)

¡Laura!... **(Dominándose.)** Está bien: tú decides. Pero ya que te acuerdas de la negativa, ¡no olvides la amenaza!

LAURA

(Impertérrita, sonriendo.)

Valentina... (Después de vacilar un poco y como reuniendo, de pronto, sus ideas.) Tú no has cuidado nunca abejas, pero eso no importa: la cosa es tan sencilla que no te costará entenderla. Cuando yo era niña, siempre que una abeja se obstinaba en perseguirme o parecía que me amenazaba, cerrándome el camino, yo, resueltamente, presentaba el brazo, lo desnudaba hasta el hombro y la dejaba picar, ¿sabes por qué? Porque ellas, allí donde incrustan el aguijón, se dejan la vida; mueren de la misma herida que han abierto. Es una costumbre que he conservado, y siempre que alguien me amenaza, me adelanto a la amenaza; porque, como entonces, pienso: «hiere y destroza; que a mí me duele; pero tú te mueres: Dios castiga». Y así ocurre.

(Va a salir.)

VALENTINA

(Cerrándole el paso.)

Ahora no, Laura; afortunadamente, yo sé esperar para todo; para herir, también. Y es inútil que ofrezcas el brazo desnudo.

LAURA

(Grave y casi triste.)

No. Esta vez, el corazón. La herida será mortal para las dos. Pero no había otro remedio.

(Bruscamente suenan, en el huerto, los gritos de Carmela, que se impacienta.)

CARMELA

¡Laura! ¡Laura! ¿Qué esperas? ¡Es tarde!

LAURA

(Haciendo transición rapidísima; hablando, asomada al barandal y exaltándose con sus propios gritos.)

¡Voy, voy, Carmela! ¡Volando, volando! ¡Llegaremos! ¡Mi yegua se llama Centella, y esta mañana va a encender el aire!

(Suenan cascabeles abajo; muy lejano, el campaneo de la iglesia; sin mirar a Valentina, Laura sale precipitadamente por la puerta de la escalerilla.)

TELÓN

ACTO CUARTO

Esta es una cocina, baja de techo, de paredes oscurecidas por el humo, y solemne hogar casi feudal, para comilonas de cómitres y pecheros. Doña Rosa la tiene modernizada a medias. En su hogar se hacen las grandes coladas de final de invierno y final de verano, en que totalmente varía el ajuar lavable de la casa. Hay, sobre trípodes de ladrillo, los recipientes enormes de tierra cocida para estas coladas. También se verán los barreños, peroles y ollas del mondongo, a que igualmente se destina este hogar, en invierno, hacia Febrero o Marzo, durante varios días, cuando la matanza. Por último, colgados aparte y ahora, precisamente, en condiciones de ir sirviendo, los cazos y peroles más pequeños, los frascos de cristal, de ancha boca, las grandes cucharas de palo, los tarros y artefactos necesarios para la preparación y conserva de las frutas en almíbar.

Junto a una mesa, no muy grande, dos o tres cestos con fruta mondada y preparada: membrillos, peras, melocotones, ciruelas.

La Eusebia, sentada en la punta del hogar, está mondando frutas y las deja en las entrañas de un ancho y redondo perol, donde las espolvorea con azúcar. Laura, muy puesta de mandil, de tela burda y áspera, cierra en este momento el último frasco panzudo de cristal con la compota recién hecha. Lo tapa, corta un papel blanco, lo ata cuidadosamente sobre el frasco, y en la etiqueta, con un lápiz, hace la inscripción. El Guijón se remueve y huronea, avivando de vez en cuando el fuego del hogar, que está a su cuidado.

Hay, a la izquierda, en primer término, una gruesa puer-

ta cintrada que da al campo. En la pared del fondo: el hogar, que hace ángulo, y una puertecita que da acceso a las habitaciones altas. En el muro lateral de la derecha, puerta que comunica con la planta baja del caserón. La escasa luz, propia del sitio y de la hora.

LAURA

(Acabando de hacer su inscripción en el frasco.)

Y por hoy basta. Deja el barreño en la mesa, tápalo con un paño y acerquemos la mesa a la pared.

EUSEBIA

(Ayudando a Laura a dejar la mesa en su sitio.)

Me se cerraban los ojos, la verdad. Y tarde no es. Pero al amor de la lumbre y sin hablar, paice qu'es como dicile al sueño «ven»... Y a la señita le dió por no espegar los labios esta noche.

LAURA

¿Qué hora debe de ser?

EUSEBIA

Pos las nueve d'hoy ya no las contamos. Dieron cuando se fué a acostarse la señora.

LAURA

Ya te dije entonces que te retiraras...

EUSEBIA

¿Iba a dejala a la señita sola?

LAURA

El Guijón me hacía compañía.

GUIJÓN

(Gestos afirmativos con la cabezota, sonriendo.)

Hi... hi...

LAURA

¿Ves tú?

EUSEBIA

¡Valiente ayudia!... Son, mal comparaos, como niños esos probes.

GUIJÓN

(Junto a la puerta del campo. Haciendo grandes esfuerzos, para lograr pronunciar bien alguna palabra.)

¿Cierro, señita Laura?

LAURA

No. ¿Regresó de la Almunia el señor Santaluz?

EUSEBIA

No l'hi visto.

LAURA

Por eso; no cierres, Guijón.

EUSEBIA

A más, a más, que Don Alberto ha de salir, tengo entendío.

LAURA

¿Mi hermano?... ¿Esta noche?

EUSEBIA

Sí, señita... hoy sale por fin; que pa él, este año, aun duraba la veda.

LAURA

¿Y sale, a estas horas?... ¿No habrás entendido mal? ¿Estás segura?

EUSEBIA

Sigura, sigura. Ahura sale, ahura pronto; pa arrecoger, de paso, a los amigos de Bordiles y encontrarsen de madrugá en cazaero. La misma Doña Valentina l'hizo el plan. (**Laura se queda pensativa; Eusebia se acerca al hogar.**) Me da reparo de dejar con brasa el rescueldo... No mos haga el diablo que salte una chispa y estando tan cerca las pellizas, mos den que sentir... Mejor prifiero apagalo con agua... ¿no, señita?

LAURA

(**Se habrá sentado en una silla baja y aprovecha la luz del candil que está sobre las planchas del hogar para leer en un librito abierto en sus rodillas.**)

Deja estar... Yo espero, a ver si sale Alberto, y estaré al cuidado.

EUSEBIA

Entonces, nada... ¿Vienes, Guijón?

LAURA

¿Qué le quieres?

EUSEBIA

Por lo menos, que hasta la escalera grande me haga luz.

(**Va a salir por la derecha.**)

LAURA

¿No tienes ahí mismo, más a mano, la escalera pequeña?

(**Por la puerta del fondo.**)

EUSEBIA

Es que a Doña Valentina paice que le sienta mal que los demás usemos de ella.

LAURA

¿Qué?

EUSEBIA

Como va derecho a sus habitaciones, la mira como cosa propia. Pero si la señita quiere, aunque grite doña Valentina, yo subo y en paz.

LAURA

No, mujer... Yo lo dije por ahorrarte unos pasos.

EUSEBIA

Por ahorrame unos gritos voy yo al fin del mundo y güelvo. ¿Vienes, mostrenco, u no vienes?

GUIJÓN

(**Refunfuñando.**)

Hi... hi...

LAURA

Anda, acompáñala; lleva la luz...

EUSEBIA

(Al ir a salir por la izquierda.)

¿La señita no tié reparo en quedarse sola?

LAURA

No.

(Una pausa.)

EUSEBIA

(Saliendo, seguida de Guijón.)

Pos hasta mañana y con Dios quede.

LAURA

Hasta mañana, Eusebia.

(Laura, que está leyendo, da a entender, de pronto, que oye ruido. Mira hacia el fondo y, en seguida, con inquietud, a la puerta del campo. Se ha puesto en pie, Guarda el libro. Entra Román Santaluz).

ROMÁN

(Con sincera alegría, al verla. Yendo hacia ella.)

¡Laura!

LAURA

(Conteniéndole con el ademán.)

Señor Santaluz... **(Atajándole con la palabra.)** ¡Buena caminata la de hoy!

ROMÁN

Tropecé con los zagales al entrar en la Almunia y nos citamos para regresar juntos.

LAURA

(Sonriendo.)

¿Fué usted al baile con ellos?

ROMÁN

Ellos fueron. Yo me quedé con Miguel, paseando por la huerta del alcalde. (Se ha sentado. Laura también.) Es un muchacho que se hace querer.

LAURA

Si... y es un hombre.

ROMÁN

¿Porqué le han hecho sufrir?

LAURA

Porque ha podido él más que el dolor.

ROMÁN

Se ha resignado sin protesta; eso sí.

LAURA

Protestó a tiempo; se rebeló, rujió como fiera, quiso matar. Luego, cuando vió que era indigna de él la mujer a quien quería, volvió a la Almunia; vió otras veces a aquella mujer; es la misma, es hermosa, tal vez más hermosa que antes, y él no la quiso más.

ROMÁN

Sí... Estas gentes son así. Lo dará la tierra...

LAURA

Lo da el monte. Yo he visto en esas rocas agua, musgo, nieve; fango nunca. Para que den fango, hay que despedazarlas.

(Un silencio. Laura lo aprovecha para colgar en un clavo cerca de la puerta, el candil que estaba en el hogar. Román la va siguiendo con los ojos, embelesado al mirarla.)

ROMÁN

¿Ha salido Alberto?

LAURA

No... ¿sabía usted que iba a salir?

ROMÁN

Me lo dijeron los zagales. Volvían con prisa para preparar los perros, las armas, el zurrón...

LAURA

Sí, ellos cargan con todo hasta Bordiles.

ROMÁN

¿Y... cree usted que Alberto tardará en salir?

LAURA

Para encontrarse de madrugada en cazadero, aún es pronto; tardará un poco. Si no me vence el sueño, yo quería decirle adiós, al pasar... Estaba esperándole.

ROMÁN

Ya sé que no me esperaba usted a mí.

LAURA

Ni le esperaba ni dejaba de esperarle.

ROMÁN

¿Ni le molesta que haya venido?

LAURA

¿Molestarme?

ROMÁN

¿Ni me prohibe que me quede un momento, acompañándola?

LAURA

Señor Santaluz...

ROMÁN

Déjeme usted, se lo ruego; por favor, escúcheme usted.

LAURA

¿No estoy escuchándole desde que ha llegado?

ROMÁN

Laura, respóndame usted. ¿Hasta cuándo quiere usted que dure esta prueba?

LAURA

¿Yo? ¿Qué prueba?

ROMÁN

No lo niegue... Está usted poniendo a prueba mi paciencia y la devoción y el respeto que siento por usted, o está burlándose de mi.

LAURA

¿Yo?

ROMÁN

Sí, si; burlándose de mi. Desde aquella mañana, en que quiso usted que la acompañara a la Almunia.

LAURA

¡Ah, es verdad!... Aquella mañana, cuando todavía estaba Carmela con nosotros... **(Vuelve a sonreir y añade mirándole con ingenua franqueza.)** No, pues no eran burlas; aquella mañana yo no hubiera ido al pueblo, sin usted, por nada en el mundo.

ROMÁN

(Acercándose.)

Repítalo usted.

LAURA

(Conteniéndole.)

¡Y mire usted que no volcar!... Porque yo y la Centella hicimos todo lo posible, ¿verdad? Y usted, sin pronunciar palabra... ¡con un pánico! Confiéselo usted; tenía miedo.

ROMÁN

(Sin oirla, atento solo a su emoción interior.)

Laura, dígame usted...

LAURA

Y es que yo me había empeñado en alcanzar el ruido de los cascabeles de la yegua donde ellos lo dejaban, antes de que el aire se lo llevara en sus rachas, ¡y lo conseguía!

ROMÁN

Basta, Laura...

LAURA

Pero cuando llegamos al puente tuve miedo. Cerré los ojos y me encontré al otro lado, sin sentirlo. Yo creo que no lo pasamos, ¡lo saltamos! Por fortuna, a dos pasos estaba la plaza del pueblo; todo eran gritos, confusión, brazos en alto y pa...

ROMÁN

Basta, Laura, basta, cállese usted... Desde aquella mañana que, para usted, por lo visto, no fué más que una correría loca, mi corazón no ha dejado de seguirla un solo instante.

LAURA

(Grave: la voz quebrada.)

Piense usted...

ROMÁN

No pienso; siento que mi corazón, al seguirla ciegamente, se queja en cada latido, y veo que no ha sido usted para volver la cabeza y preguntarme: ¿qué le pasa a usted?

LAURA

Ahora soy yo quien le ruego que calle.

(Se dispone a salir por la izquierda).

ROMÁN

(Deteniéndola.)

¿Por qué, Laura?... Yo no merezco que me quiera usted... (Laura va a interrumpirle). No lo espero tampoco. Pero, viviendo a su lado, viéndola a todas horas, tenía que ocurrir lo que ha ocurrido; yo no he sabido resistirme; la adoro a usted, Laura. Perdóneme usted.

LAURA

(Con profundo abatimiento, apartándose de él.)

Señor Santaluz yo no habría querido escucharle nunca esas palabras.

ROMÁN

Me olvidaré de haberlas pronunciado, si usted quiere. Pero no me condene sin oirme; usted no me conoce, déjeme usted hablar...

LAURA

(Después de una pausa: decidida.)

Sí. Hable usted; no le interrumpo ya. Tenía que llegar este momento y yo he querido que llegara.

ROMÁN

¡Oh, Laura!...

LAURA

No se alegre usted... He querido que llegara porque es necesario que los dos salgamos de él habiendo tomado una resolución irrevocable. Nos conocemos apenas, es verdad; pero usted me lleva ventaja; basta oirme una vez para conocerme; soy una niña; yo no tengo historia. Hable usted... y prométame no fingir, no mentir, en este momento, para que yo le conozca hasta el fondo del alma, como usted a mi.

ROMÁN

Lo juro; pregúnteme usted.

LAURA

Sin preguntarle... va a ser mucho más sencillo, Señor Santaluz. Hábleme usted de usted mismo. Cuénteme su vida.

ROMÁN

¿Mi vida?

LAURA

Sí, su vida; no toda; puede usted suprimir muchas cosas, si quiere. Verá usted... Mi hermano me había contado... a ver... Quisiera recordarlo todo. Sí, ya está. Llegó usted a Madrid hace años, desvalido, sin apoyo de nadie, falto de protección, de recursos... Le había recomendado a mi hermano un viejo cazador, amigo suyo, que lo era también de sus padres de usted. Buscó usted a Alberto; le dijo sus planes, sus esperanzas.

ROMÁN

(Conmovido.)

¡Laura!...

LAURA

Sigamos. Alberto le abrió sus brazos, su casa... fué su hermano mayor; le quiso mucho. Escribió usted algunos libros. Por fin éste, que le dió nombre y gloria. Yo conozco todos sus pasos, hasta el momento en que escribió usted este libro... ¿y después?

ROMÁN

Después...

LAURA

Sí, cuente usted; soy toda oídos... no se calle usted; yo empiezo: Después de escribir este libro, Román Santaluz... Siga usted...

ROMÁN

(Deja una pausa, durante la cual, su vida, como una sentencia inexorable, pasa por sus ojos.)

Tenía usted razón... no puedo seguir... Adiós, Laura. La resolución que habíamos de tomar ¿era esta, verdad? Adiós para siempre.

LAURA

(Como hablando consigo misma.)

Para siempre.

ROMÁN

Mañana mismo, muy temprano, cuando duerma usted todavía, cuando no la haya visto, para no vacilar, para que el día sea negro desde el principio hasta el final,

saldré de los Brezos. (**Sin palabra Laura tiende su mano a Román; éste la estrecha; Laura, al contacto, se extremece.**) ¿Tiembla usted?

LAURA

Déjeme usted, por piedad.

ROMÁN

Sí, sí; adiós, Laura.

LAURA

Adiós, señor Santaluz.

ROMÁN

¿Por qué no, adiós Román?

LAURA

¡No!... Yo no quiero que Román haya venido al monte.

ROMÁN

Pero una vez, para que yo sepa quién soy y la obedezca, diga usted mi nombre; una vez, una vez...

LAURA

¡Román!... (**Con toda la fuerza de su amor, de su alma y de su juventud, Laura se siente atraída a Román, mirándole; casi inician sus labios la acción de besar.**) ¡No, no! ¡Jamás! ¡Jamás!

(**Reacciona de pronto, oculta su cabeza en su brazo derecho, rígido, y sale huyendo por la puerta lateral, hacia la noche, hacia su matorral de Brezos, alimaña y mujer, agreste y divinamente púdica**).

ROMÁN

(Intenta seguirla.)

Laura... Laura...

(Llegando a la puerta, Román se detiene, vacilando. Por la lateral derecha entra Valentina. Cuando Román parece decidido a salir, le llama.)

VALENTINA

¡Román!.... Tantos días casi sin vernos, sin hablar, como dos extraños, y vuelves, escogiendo el momento en que ella estaba sola y te esperaba.

ROMÁN

No.

VALENTINA

¡Y te esperaba!... (Acercándose a él.) ¿Qué os habéis dicho? No dejábais de hablar; yo hubiera dado años de vida por oir una palabra... ¿Qué te ha dicho?... No me mires con odio, Román; comprende que he de luchar desesperadamente; compadéceme un poco.

ROMÁN

Te compadezco tanto, que voy a poner fin a tus luchas. Dentro de unas horas me marcho, Valentina. Ya no tendrás que fingir indiferencia, espiando el momento en que entro y salgo de casa; ni con quien estoy, ni lo que digo.

VALENTINA

¿Te vas?

ROMÁN

Mañana mismo.

VALENTINA

¿Era eso lo que hablábais, verdad? ¿Te lo ha exigido Laura? ¿Ella lo manda? ¿Nos separa?

ROMÁN

Lo he decidido yo; es necesario.

VALENTINA

Está bién; no insisto; a todo me avengo. Te irás, sin oir de mis labios una queja. Pero no vamos a despedirnos aquí, ¿verdad? No espero hacerte cambiar; pero supongo que accederás a explicarme un poco esa... fuga; la causa de esa resolución tan súbita; es necesario, también. Estoy sola, esta noche.

ROMÁN

Te he dicho todo lo que tenía que decirte.

VALENTINA

¡Ah, no, Román, no es justo!... Aunque fuera irrevocable tu resolución, yo tengo derecho a discutirla. Negarme hasta una palabra de consuelo sería cruel.

ROMÁN

Crueldad sería no evitarte esta noche una tortura inútil.

VALENTINA

¿Y te niegas?

ROMÁN

Sí.

VALENTINA

Basta; está bien... (Un temblor de despecho en sus palabras.) Yo sé la causa de tus negativas. Laura ha salido; cuando vuelva ha de pasar por aquí forzosamente y tú la aguardas para que ella recoja el adiós que a mí se me niega.

ROMÁN

¡Oh, Valentina! Te engañas y además la ofendes.

VALENTINA

(Resuelta, disponiéndose a instalarse.)

Si me engaño, bien pronto ha de verse. Porque velaremos los tres, esta noche. Ya que tú no quieres despedirte de mí, a solas, yo, a solas con ella, no te dejo; de aquí no me muevo, Román.

ROMÁN

¡Valentina!

VALENTINA

El escándalo no puede asustarme; lo deseo. Entraste a esperarla; pues tu aquí, y yo a tu lado. Y cuando ella regrese y cuando sus ojos busquen los tuyos, me verá colgarme de tu cuello, apartarte de sus brazos con los míos y gritarle nuestra pasión, nuestra locura, para que abomine de ti, eternamente...

ROMÁN

¡Oh, basta, calla!... No comprendo lo que te propones, Valentina. Pero está bien; ya que lo quieres, tendré

la crueldad de repetirte en tu cuarto, a pesar de tus lágrimas, muchas veces y en todos los tonos, lo mismo que acabas de oirme una vez y que habría de bastarte para toda la vida; porque no he de arrepentirme, te lo juro... Ya no tienes por qué martirizar a Laura cuando vuelva. Hasta luego, Valentina.

(**Sin aguardar la respuesta de Valentina, sale por el fondo. Valentina le ve alejarse y no disimula su despecho.**)

VALENTINA

¡Mejor que lo hayas confesado; así me libras del remordimiento!

(**Sin ruido, casi rampando, entra el Guijón por la derecha, cuando todavía Román está saliendo. No parece sorprenderse. Se dirige a su rincón de costumbre y empieza a disponer su lecho de pieles. Valentina oye ruido y se vuelve a mirarle.**)

VALENTINA

Guijón... oye, Guijón... (**La voz de Valentina tiene un dejo especial cuando habla con el cretino, como si por instinto tratara de sugestionarle.**) Ya empiezan a ser frías las noches. ¿Te han dado la manta que yo aparté para ti?

GUIJÓN

(**Asiente con la cabezota y muestra la manta junto a las pieles.**)

Hi... hi... hi...

VALENTINA

Bueno, está bien; desconfiaba porque sé que nadie te cuida en la casa. No te quieren; yo sí, ya lo sabes... (**Le**

alisa las greñas con su mano.) Y antes que se me olvide... Guijón, Don Alberto ha salido...

GUIJÓN

Hi... hi...

VALENTINA

(Con un dedo en los labios.)

¡Chist!... Calla y escucha. Don Alberto ha salido; pero iba al monte sin ganas; es posible que lo piense mejor y que vuelva a casa esta misma noche, cuando menos lo esperes...

(Guijón va a decir algo. Llevándose los dedos a la boca, como el que silba)

GUIJÓN

¿Aviso?

VALENTINA

No... ¿ves tú?... Por eso te digo que escuches bien. El Guijón abrirá la puerta, dirá que el ama Doña Valentina está arriba, en su cuarto. Y el Guijón no avisará, ni antes ni después de entrar el amo...

GUIJÓN

¿Avisar, no?

VALENTINA

Avisar, no... !Te lo mando! (Acento de quien sabe que está sugestionando.) Adiós, Guijón.

(Mirándole fijo un momento, sale por la puerta del fondo. El Guijón entorna la puerta del campo y vuelve al arreglo de su lecho.)

GUIJÓN

Avisar, no... (Se encoge de hombros; como si oyera ruido se queda escuchando. Luego va hacia la lateral y mira.) ¡Oh!... ¡Señita Laura!

(Se deja caer hasta ocultarse, casi, entre las pieles. Laura entra sin verle. Recelosa, va a la puerta del fondo. Eschucha ansiosamente. El Guijón se ha incorporado. La observa. Laura, un instante, parece decidida a salir por el fondo. Entonces, el Guijón grita, llamándola.)

GUIJÓN

¡Señita Laura!

LAURA

(Volviendo rápidamente a primer término.)

¡Guijón!... Tú estabas aquí hace rato, verdad? (El afirma con la cabezota.) Tú lo sabes todo y vas a decírmelo, Guijón; aunque te lo manden, tú no mientes. ¿No, no? ¡Si yo lo sé! ¡Si no me engañas!... Afuera, desde el camino, sobre el Tajo del Hacha, se ve en alto, la ventana del cuarto de Valentina... He trepado hasta donde pude, arañándome las manos, y a la luz de la luna, he visto a Román, ¡le he visto!... Pero él no mentía hace poco, estoy segura; él no mentía... es que ella le habrá suplicado, habrá llorado...

GUIJÓN

Hi... hi...

LAURA

¿Lloró también?

GUIJÓN

Hi... hi...

LAURA

Lloró... Ella sabe que él no la quiere... ¿Qué se propone entonces?... (**Repentinamente el recuerdo de la amenaza de Valentina la sobrecoge.**) ¡Ah!... ¡Sí, sí!... ¿Valentina te ha dicho... (**Interpretando los gestos del cretino, que se lo indica.**) que durmieras aquí en la pelliza... verdad?

GUIJÓN

Hi... hi... hi...

(**Sonríe idiotamente por haberse dado a entender.**)

LAURA

Para estar al cuidado, si regresa tu amo...

GUIJÓN

Hi... hi... hi...

LAURA

¿Para abrirle?

GUIJÓN

Hi...

LAURA

¿Para avisar?...

GUIJÓN

No... no... no... ¡Avisar, no!

(**Furiosas denegaciones con la cabeza.**)

LAURA

¿Avisar, no?... ¡Ah!... Su venganza, su venganza. ¡Eso quería! !Para eso ha suplicado! La muerte de Román y el corazón de Alberto destrozado y yo sin consuelo; y todo eso le cabe a ella en el alma; ¡y todavía es posible que sonría, acariciando su plan! ¡Oh, por fuerza has de tener el alma más negra que la noche para llevar dentro tanto horror, sin que te lo lean en los ojos! ¡No, no, Valentina! ¡Espera, espera!... (Se llega a la puerta del campo y mira en la oscuridad.) Nadie aquí cerca; llegamos a tiempo. Avisa, Guijón.

GUIJÓN

(Dominado aún por el mandato de Valentina, resistiéndose como un poseído.)

¡No... no... no! ¡Avisar, no!

LAURA

¡Te lo mando! ¿No oyes que te lo mando? Obedece y avisa... ¡Pronto, pronto! (El Guijón obedece. Llegando al fondo, hunde la cabezota en la oscuridad y se oye su silbo, parecido al grito del buho.) Así; esperemos.., (Y ahora toda es ansiedad la cara de Laura, que, casi abrazada al Guijón, espera junto a la puerta.) ¿Nada?... ¡Nada!... (Con mil sangrientas sospechas en la voz, se decide a llamar por sí misma.) ¡Valentina!... (Nadie contesta.) ¡Soy yo! ¡Soy Laura!

VALENTINA

(Su voz suena en alto y lejana, pero va acercándose gradualmente.)

¡No!... ¡No!... ¡Román!... ¡Román!... ¡Socorro!... ¡Auxilio, auxilio! (Aparece en la puerta del fondo, descompuesta.) ¡Laura! ¡Laura!

LAURA

(Sin comprender; al verla.)

¡Román!... ¿Qué es de Román? ¿Dónde está? ¿Por qué no te sigue?

VALENTINA

Yo quería vengarme, pero tu grito de angustia sonó cerca, cerca, y ¡por ti, para que ni muerto te ofendiera su presencia, abrió la ventana al oirte y se hundió en el barranco!

LAURA

¡Román! ¡Román!

VALENTINA

Y yo que le adoraba, soy feliz, porque así lo pierdes. ¡Tuyo, nunca!

LAURA

¡No! ¡Román! ¡Román!

(Laura quiere salir afuera, en busca de Román, y Valentina, decidida, la cierra el paso.—Luchan, en silencio, unos segundos.)

LORENZO

(Entrando y forcejeando hasta lograr separarlas.)

¡Pequeña!... ¡Anta pa yo!... ¿Quiés que yo haiga criao entre mis brazos una mujer na más?... ¡Ejalá!

LAURA

(Entregándose, sollozando.)

¡Si es horrible! ¡Si es que Román ha muerto!

LORENZO

¡Naide ha muerto!

LAURA

(Sin dar crédito.)

¡Lorenzo!...

LORENZO

(Aquietándola.)

Ascucha... Yo t'hi visto, hace poco, alreores del Tajo del Hacha, trepando, arañándote las manos. T'hi visto ende abajo, que se me cuajó la sangre d'espanto... ¡Si te flaquea una mano... u yo no paso entonces!... Y por si acaso, temblando por ti, metí en el hondo del barranco, apelmazau como nieve d'Enero, ¡tóo el rebaño, las telas de mi corazón, a que t'arrecogiera en blando si caías!

LAURA

(Ansiedad, esperanza.)

¿Lorenzo!

LORENZO

Sí... Pasó la esgracia, rodó el esgraciau buscando su muerte, ¡y miá tú por donde, lo que estaba en el hondo pa ser tu salvación, le salvó a él!

VALENTINA

¡Vive!

LORENZO

(Rápido a Valentina: por Laura.)

¡Naide sabe, Doña Valentina, hasta ande llega el poder d'un corazón que sabe querer bien!... (A Laura.) Los zagales l'arrecogieron malherido; él no consiente golver vivo aquí; le llevarán a l'Almuña. Mandé que hicieran tóo lo d'este mundo pa cudíale; bien hecho u mal hecho, Dios dirá.

(Aparece, en la puerta del campo, Alberto. Todos callan. Tras una pausa, Alberto dice:)

ALBERTO

Bien hecho, Lorenzo.

(Valentina, al ver entrar a Alberto, retrocede hasta pegarse a la pared lateral derecha, junto a la puerta. Alberto, dejando una pausa, prosigue:)

—¡Valentina!... ¡No, no tiembles, Valentina!... ¡Matarte, no!... ¡Ibas a olvidar demasiado pronto todo el mal que hiciste! ¡La de Dios es justicia también! Vas a vivir... ¡Mira tú si soy cruel! ¡¡Vas a vivir!! (Domina un impulso violento que le quiere abalanzar sobre ella, y tendiendo el brazo rígido concluye.) ¡Vete! ¡Vete! (Sale Valentina por la lateral. Clavado allí un instante, Alberto aun parece seguir viéndola en el marco vacío.) ¡Y yo aquí, solo!... Mi camino acabó.

(Va a volverse para dirigirse al fondo. A fuera, del lado del campo, suenan voces lejanas. —«Alumbra Guijón». —«Las andas Miguel». —«Por aquí», y otras, de los zagales que se llevan al herido. Lo-

(Lorenzo y Laura se miran. Lorenzo va a cerrar la puerta, que Alberto no cerró al entrar.)

—¿Por qué cierras, pastor?

LORENZO

Los zagales se llevan al herío.

(Alberto ve a Laura. Desgarrado el cora zón, pero dominándose, con ternura, la voz quebrada, concluye:)

ALBERTO

Laura querrá salir... verle... Ve, Laura... anda.

(El pastor, inmóvil, mira a Laura. Esta, después de una corta lucha consigo mis ma, en un arranque, cae en los brazos de su hermano.)

LAURA

¡No!... ¡Yo aquí, aquí, contigo, a que no mueras solo!

(Solloza, abrazándole.)

ALBERTO

Nos han destrozado a los dos, pequeña... No me llores, no me llores...

LOLENZO

(Enternecido del arranque de su pequeña; casi llorando al verla llorar, y al mismo tiempo con entusiasmo, con gozo de ver unidos de nuevo a los dos hermanos, so· bre las cenizas de sus vidas, triunfante su puro amor.)

¡Mi probetica alimaña!.. ¡A agradecérselo, mi ¡amo!... Ni a matar ni a morir por el mal de los malos!.. ¡A vivir para ella! ¡A vivir para el bien de los güenos!... Asín, sólo asín, cambia el mundo!

(Cuando el pastor abre sus brazos a la pequeña, cae el

TELÓN

LA PRINCESA JUEGA

COMEDIA POÉTICA EN DOS ACTOS

ACTO PRIMERO

Una sala en el palacio del Duque Florencio, soberano de Epiria.
Al fondo, galería con barandal sobre un jardín. La galería se prolonga a ambos lados de la escena.
Puertas a derecha e izquierda.

(Al levantarse el telón, están en escena Gobio, Cesáreo, Morso y Menestral I, discutiendo.)

GOBIO

¿Habéis comprendido?

MORSO

Sí; debemos pedir que sea declarada la guerra a Mesenia.

MENESTRAL I

Y debemos pedir la abdicación del Consejero Hilario.

CESÁREO

¡Su muerte, si es posible!

MORSO

La abdicación.

CESÁREO

¡Su muerte, su muerte!

GOBIO

Sosegáos. Habéis de provocar el tumulto en los jardines, al iniciarse, esta mañana, el besamanos tradicional del Aniversario; no aquí, en la sala de Audiencia. Contamos con el apoyo de la Princesa Casilda, que ha decidido prescindir del Consejero Hilario. Pero necesitamos un pretexto; y para eso os he llamado. El Consejero Hilario no quiere declarar la guerra a Mesenia; vosotros pediréis, a gritos, que sea declarada. Si es preciso, asaltaréis el palacio y perseguiréis al Consejero, acorralándole. Entonces intervendremos los demás. Le obligaremos a dimitir; y le suplantará mi amo, el Conde Patricio, en la dirección de los negocios y en el favor del Duque. Con esto os daréis por satisfechos.

CESÁREO

Si después de acorralar al Consejero, le diéramos muerte, sería definitiva su destitución.

GOBIO

No lo dudo; pero la Princesa Casilda podría compadecerle; no es hábil hacer, de él, una víctima; con el tumulto en los jardines basta y sobra para los deseos de mi amo... y para vuestra prosperidad.

CESÁREO

Nadie sabe lo que puede ocurrir en un tumulto...

MORSO

(A Gobio.)

Explicaos mejor. Yo no veo la relación que pueda tener, con nuestra prosperidad, la guerra a Mesenia...

GOBIO

No tiene ninguna. La guerra es un capricho de la Princesa heredera, que se aburre en la paz del Ducado. Y el Conde Patricio se obliga a satisfacer este capricho, a cambio de ascender a Consejero.

MORSO

Sin embargo...

GOBIO

Sin embargo, como la prosperidad de vuestra industria es un empeño que tiene sobre el corazón, el Conde, mi amo, ha discurrido este arbitrio... **(Haciendo sonar los ducados de una bolsa.)** que puede relacionar el motín de esta mañana con el futuro bienestar de los taneros, ¿has comprendido?

MORSO

(Apoderándose de los dineros.)

Nunca dije que no comprendiera. Pero todos los argumentos son pocos cuando se trata de dar un paso grave.

CESÁREO

Yo todavía recelo...

GOBIO

(Volviéndoles la espalda.)

Si receláis todavía, contad los argumentos.

(Entra el Conde Patricio, por la lateral derecha. Los tres hombres cuentan el dinero sobre una mesa.)

CESÁREO

(A Morso.)

Si comprendemos desde el primer momento, no llegamos a contarlos.

(Siguen hablando y acabando de liar la bolsa, después de contar.)

CONDE PATRICIO

(A Gobio.)

¿Es cosa hecha?

GOBIO

Es cosa hecha; pero creeré en milagros, señor amo, si, de estos palurdos, llegamos a sacar el agua clara.

PATRICIO

¿Se quejará el molino de que sea turbia? Den ellos agua, que yo pondré la piedra y el trigo. Pero llévatelos pronto; se acerca la hora del Consejo, y la Princesa quiere que, todavía, trate de convencer a Hilario.

GOBIO

¿Estáis seguro del favor de la Princesa?

PATRICIO

¿Quién lo está del aire? Si el Consejero cediera esta mañana, volvíamos a caer del pedestal.

GOBIO

Es decir, que la Princesa Casilda le quiere...

PATRICIO

Tal vez más que nunca; porque va a perderle... Pero Hilario es un hombre demasiado recto para ser un amante afortunado. Y además yo soy todavía el Almirante, un hombre de mar y un palaciego poco experto. Puede ocurrir que, tratando de convencer a Hilario, fracase en mi intento y ahonde, sin querer, el abismo que le separa de la Princesa. Llévate a esos hombres y procura que no sean vistos, para evitar explicaciones. (**Levantando la voz y dirigiéndose a los hombres.**) —¡Hasta muy pronto, en los jardines! No olvidéis que Gobio os hará seña, en el momento de iniciarse el besamanos.

GOBIO

Y en caso necesario, no olvidéis que el barandal es fácil de escalar... ¿Recordáis lo que os he dicho que queríais?...

CESÁREO

(**En el tono y el ademán de un agitador.**)

¡Queremos que sea declarada la guerra a Mesenia!

MORSO

(**Idem.**)

¡Pedimos la destitución del Consejero Hilario!

(**En este momento aparece Vito por la derecha de la galería.**)

VITO

Deteneos... (**Al Consejero Hilario y al Capitán Alberto, que le siguen.**) Entrad, dueño.

GOBIO

(**Contrariado, al Conde Patricio.**)

¡Hilario!

CONDE PATRICIO

¿El Consejero?...

HILARIO

(**Entrando; al Conde Patricio; con intención.**)

¿Qué decían estos hombres?

PATRICIO

(**Fingiendo.**)

Me expusieron unas pretensiones de los gremios, que os trasladaré cuando gustéis.

HILARIO

(**A los tres menestrales.**)

Serán atendidas vuestras pretensiones, señores palaciegos.

MORSO

(**Riendo.**)

¡Humildes ciudadanos, magnífico Señor!

HILARIO

Yo se porqué te llamaría ciudadano, en tu taller o en la Lonja; y porqué entre estas paredes te llamo palaciego. Acompañadles, capitán Alberto.

CESÁREO

¿Nos llevan prisioneros?

HILARIO

Es para daros escolta. Acompañadles hasta la puerta, nada más. Y procurad que no vuelvan a pasarla... (**Se van los tres hombres, precedidos del Capitán Alberto. Les van a seguir Vito y Gobio. Hilario, tomando aparte a Vito, dice:**) Cuando el Duque Florencio me llame, para celebrar Consejo, ven a prevenirme, Vito. (**Vito hace mutis, por la lateral izquierda y los otros por la derecha de la galería. Hay una breve pausa, en que se observan Hilario y Patricio**). ¡Como se abren camino las ideas! Ya hay cuatro hombres, en la vasta Epiria, que no piensan como yo.

PATRICIO

¿Cuatro habéis dicho?

HILARIO

Vos—y esos tres agudos torpes que acaban de salir. (**Mirándole fijamente**). Pagáis bien, Conde Patricio.

PATRICIO

¿Es acusarme?

HILARIO

Es advertiros. Advertiros de que, con estos, perdéis vuestros dineros. Del pueblo, como del mar, todo lo

que despunta es arrecife. Cuidad vuestra nave, Almirante.

PATRICIO

Han estado hablándome, y no parecían contentos de vuestra actitud, en el incidente de Mesenia: cuidad vuestro cargo, Consejero.

HILARIO

El besamanos del Aniversario, en los jardines, es casi un plebiscito. Pronto saldremos de dudas. ¿Qué dicen de mí?

PATRICIO

Que sois un Consejero inútil, y que durante vuestra gestión, no pasa nada.

HILARIO

¿Qué más?

PATRICIO

Que perdéis vuestro tiempo en paseos y lecturas.

HILARIO

¿Ha aparecido, en algún estercolero, el tiempo que yo pierdo?

PATRICIO

Que no se registran hechos de armas hace meses.

HILARIO

Nuestras Lonjas de trigo registran más fanegas cada año.

PATRICIO

Que la flota se pudre en los puertos.

HILARIO

La dedicaremos al comercio, si enmohece.

PATRICIO

Que murmuran los hombres, los soldados, los marineros de la flota...

HILARIO

Y sobre todo, vos, su Almirante: eso es verdad, Conde Patricio. Pero eso tiene remedio; por que, al Almirante de la flota, yo puedo destituirle, si me place.

PATRICIO

Mi tío y señor, el Duque Florencio, es también partidario de la guerra ¿podeis destituirle?

HILARIO

¿Para qué? Si la voluntad del Soberano y la del pueblo, alguna vez, fueran contrarias, yo ocupo este sitio precisamente para obligarlas a que coincidan.

PATRICIO

¿Cómo, señor Consejero?

HILARIO

Preguntadlo a vuestros grumetes, señor Almirante. El mar es una fuerza; el viento es otra; pueden ser ambas contrarias. Para hacerlas coincidir, le basta al

grumete llevar la mano al gobernalle; la nave marcha, precisamente porque las fuerzas son contrarias. Ni el grumete necesita encadenar al viento, ni yo destituir al Duque.

PATRICIO

Os convendría que el símil fuera conocido, en las altas esferas de la Corte; y que nadie lo llevara a mal.

HILARIO

Entre las fuerzas que debo hacer coincidir, no cuento la envidia de los palaciegos.

PATRICIO

Los sentimientos de la Princesa Casilda, hija del Duque y su heredera, no creo que puedan confundirse con la envidia de los palaciegos.

HILARIO

(Enardeciéndose, poco a poco, hasta el final de la escena.)

La veneración que me inspira la Princesa, me impide utilizarla como un resorte de gobierno. Su Alteza es dueña de sus sentimientos.

PATRICIO

Y es, además, partidaria de la guerra; como el Duque.

HILARIO

¡No es posible!

PATRICIO

La desea, la quiere; espera que ahora mismo, en el consejo, el Duque Florencio y vos firméis la declaración de guerra.

HILARIO

Os engañáis. Hablé con la Princesa, ayer.

PATRICIO

Yo hablé con ella esta mañana; y me lo ha dicho... ¿Os estraña?

HILARIO

(**Dejando una pausa.**)

No. Olvidaba que la Princesa es mujer, y que, desde ayer, han corrido algunas horas.

PATRICIO

No debísteis olvidarlo. Yo le hablé esta mañana, como os digo. Ella salía de hacer sus preces del Aniversario en la capilla; me acerqué a besar su mano y me hizo el honor de dedicarme unas palabras. Me ha felicitado por mis sentimientos; ha dicho, levantando la voz, que ella los compartía conmigo y con la flota; y me ha prometido bordar, para la nave capitana, una bandera. Este es el hecho. Serán contados los que lo conozcan, a estas horas, en Palacio. Pero como puede influir en vuestras decisiones, antes del Consejo, no he querido ocultaros la noticia. (**Calla Hilario afectando impavidez**). ¿Calláis, Consejero?

HILARIO

¿Queréis que hable, además?... Si nuestra conversación hubiera sido juego de esgrima, no podría negaros que con esa noticia, me asestáis un golpe certero. Pero estamos solos; nadie nos oye; inútil, volverme para decir: *tocado*. Está bien, Conde Patricio. Vuestra es,

pada es fina, como el estilete de una abeja reina, y más venenosa. Pero os engañáis, pensando que la noticia que acabáis de darme, pueda influir en mis decisiones, antes del Consejo.

PATRICIO

(**Con fría intención.**)

Fué la Princesa Casilda la engañada; yo esperé siempre que no influiría.

HILARIO

Exactamente: os dejo en libertad de haceros descontar, en cargos y honores, el tono de la voz de la Princesa.

PATRICIO

Me insultáis.

HILARIO

Navegad, Almirante, aprovechando el viento que os sopla favorable; es vuestro oficio; el mío, es mi deber.

PATRICIO

Nuestra Soberana...

HILARIO

(**Interrumpiéndole.**)

¡Basta...! Si ya os concedo que la victoria de hoy es vuestra, será que doy por terminado el asalto. No me creais tan lerdo en lances de espada. Ahora debo sonreir, y, para demostraros que no os guardo rencor, debo estrechar vuestra mano... ¿no es así?...

(Lo hace; al tocar con su diestra la del Conde, exaltándose, añade:)

¡Pero os juro, Patricio, que no basta la sangre de esta herida para venderos mi conciencia!...

PATRICIO

¡Y yo os juro, Hilario, que me río de vuestra conciencia; que, como hombre, buscaba, en vos, al hombre, y que os tiraba al corazón!

HILARIO

(Procurando, en vano, dominarse.)

Perdéis el tiempo. Cuando supo que estábais en Palacio, mi corazón entró de espaldas.

PATRICIO

¿Dará la cara, si le llama cobarde una lengua como ésta?

(Por su espada.)

HILARIO

Todo es que lo intentéis, Conde Patricio.

PATRICIO

¡Enhorabuena! Adoro a la Princesa, ¡defendeos!

(Disponiéndose a cerrar con él.)

HILARIO

(Idem.)

Habéis decretado vuestra muerte, ¡defendeos!

(Cruzan las espadas, un instante; y surgiendo Vito, por la lateral izquierda, se

interpone, separando las armas y gritando:)

VITO

¡El Duque os llama!... ¡Digo que el Duque os llama, para celebrar Consejo, mi amo!... **(Ha logrado separarles.)** ¿Qué locuras hacíais, hombres cuerdos?

PATRICIO

(Dominándose.)

Si el Duque os llama, entrad a ese Consejo, donde podéis triunfar de mí más fácilmente que con la espada en la mano; bastará que hagáis firmar al Duque Florencio la declaración de guerra... Vuestra vida es sagrada, si la empleáis en acatar las órdenes de la Princesa.

HILARIO

Me obligáis... Y correspondo a vuestra generosidad con mi franqueza. Si el Consejo se celebra, el Duque firmará este Tratado de paz perpetua con Mesenia. Es una noticia que os brindo, a cambio de la vuestra. Todavía estáis a tiempo de cerrarme el paso.

PATRICIO

(Volviendo a colgar su espada del cinto.)

¿Para qué? Mi espada no había de haceros tanto daño, como vuestra terquedad.

HILARIO

(Disponiéndose a salir, por la lateral izquierda.)

Podéis, entonces, anunciar que el Consejero Hilario ha muerto.

(Se inclinan ambos, y el Consejero va a retirarse por la lateral izquierda. Sobreviene, por el fondo, la Princesa Casilda, a quien acompaña su dama Fidelia. Traerá la dama un rústico cestito, donde hay fruta. La Princesa muerde una manzana que lleva en la mano, y dice a Hilario, desde lejos, deteniéndole:)

CASILDA

¿Os vais porque yo llego, Hilario?

HILARIO

(Volviéndose y haciendo una profunda inclinación.)

Alteza...

CASILDA

(Viendo a Patricio y dando unos pasos.)

¿Vos aquí, Patricio?... Si llego a saberlo antes, os habría obsequiado, disponiendo una entrada más solemne.

PATRICIO

(Va hacia ella y pretende besar su mano.)

Vuestra mano, Princesa...

CASILDA

(Graciosamente, la retira.)

¿Cómo os doy a besar mi mano, si trasciende a fruta?

(Arroja la manzana, que estaba comiendo, por el barandal.)

¡Dichosa manzana!...

(Se limpia las puntas de los dedos en su pañuelo de encajes.)

PATRICIO

¿Permitís, señora?

CASILDA

¿Qué?

PATRICIO

Vuestro pañuelo...

CASILDA

(Riendo.)

¿También comísteis manzanas?

PATRICIO

Nó... Quiero atarlo al palo de mi nave capitana. Será prenda y señal de la bandera que me habéis ofrecido. Y mi marinería os lo devolverá en un ramo de rosas de Mesenia... si nos dejan.

CASILDA

Habéis dicho una linda frase; bien vale un pobre pañuelo. (**Entrega, al pasar, su pañuelo al Conde. Viene a primer término; tiende su mano al Consejero, para que la bese. Dice:**) No me miréis con esos ojos de mentor, Hilario. Vos tenéis la culpa. Las manzanas del huerto de vuestra hermanita son tan golosina vuestra como mía. La vieja Prisca, os trae, a diario, las que cojen; y vos me obsequiás con la mitad; es nuestro pacto. Estas, de ayer, estaban deliciosas. Y hoy... ¿no las ha traído Prisca, todavía?

HILARIO

No la he visto. Pero creo que vendrá a Palacio, para el besamanos.

CASILDA

¿Váis a celebrar Consejo con mi padre?... No podéis imaginaros con cuánta solicitud me ha interrogado el Duque, esta mañana. Se ha informado de mis pensamientos y deseos, minuciosamente. He sentido que no estuviérais allí. Me habría gustado que conociérais mi modo de pensar... ¿dónde estábais?

HILARIO

En la Biblioteca de Palacio.

CASILDA

¿Leíais?...

HILARIO

En mi conciencia: me informaba minuciosamente...

CASILDA

¿Vos también?

HILARIO

De mis obligaciones; sí, Princesa. Con vuesta venia...
(Va a salir; se inclina.)

CASILDA

Usad de ella... Entrad al Consejo y, por lo menos, no llevéis la contraria a mi padre, en lo que os diga.

HILARIO

Si vuestro padre corriera a su muerte, yo tendría que llevarle la contraria.

CASILDA

Me habláis de lo único que una hija no puede concebir: la muerte de mi padre no entró nunca en mis cálculos.

HILARIO

Lo que no podemos concebir, es lo que más debemos temer.

CASILDA

Bien está. (Alejándose.) No os necesito para vocero de infortunios.

HILARIO

A vuestros pies.

(Sale por la izquierda. Casilda, contrariada, deja una pausa y queda un rato mirando a la puerta. Luego, dice al Conde Patricio.)

CASILDA

No os felicito. Por lo visto, no habéis sabido hacerle cambiar de propósito. La habilidad de los hábiles sería omnipotente en los palacios, si Dios, previniéndola, no hiciera nacer torpes a los buenos. Con él no os valió porfiar. Hilario imagina que su obligación es servirme, cuando yo me contento con que me diviertan. El hace lo posible para demostrarme su afecto... (Suspira.) Pero no es el hombre que yo había soñado.

(Patricio no contesta. Dirigiéndose al bufón Vito, que quedó a la puerta, le dice·)

PATRICIO

¿No acompañas a tu amo, Vito?

VITO

Comprendo que, para vosotros, es una contrariedad; porque no váis a hablar mal de mi amo, delante de mí. Pero mi obligación es quedarme a esta puerta, esperándole. Tendrás que inventar un pretexto honroso para alejarme de aquí... Discurre, busca...

PATRICIO

Creo que, si tú mismo buscaras, al otro extremo de Palacio, en la cámara de Gobio, mi truhán, acabarías por encontrar oro acuñado... Te lo cedo.

VITO

Para los pretextos honrosos te falta inventiva. Olvidas que los locos entienden de tirar el dinero y no de encontrarlo... Ya veo que tendrás que hacerme pedazos para apartarme de mi obligación.

(Casilda y Fidelia han estado, todo este tiempo, hablando en voz baja, con gestos y risas.)

CASILDA

(Apartándose; a Fidelia.)

Te ruego que estés a la mira, en los jardines, y cuando llegue Prisca, la nodriza de Hilario, ven a decírmelo.

FIDELIA

(Disponiéndose a dejar el cestito de la fruta, sobre una mesa.)

¿Dejo aquí las manzanas?

CASILDA

Si quieres... Yo no he de tocarlas. Pero el loco es goloso...

VITO

(Con gula, queriendo apoderarse del cestito, que Fidelia vuelve a retirar rápidamente.)

¡Y ellas sabrosísimas!

FIDELIA

(Apartándose, y sin ceder a los ruegos del bufón.)

Si vos no habéis de tocarlas, me las llevo. Obsequiaré con ellas a un cierto Capitán de vuestra guardia, que estos días me hace la corte. Sé de un rincón, junto al cristal del estanque, donde todos los capitanes parecen hermosísimos...

VITO

¿Y los locos, no?

FIDELIA

(Intención.)

Los locos, señor mío, cuando hay que hacerles pedazos para apartarles de su obligación, tienen tanto de locos como yo de fraile.

(Escapa, llevándose las manzanas.)

VITO

¡Fidelia!

FIDELIA

¡El que me quiera, que me siga!

VITO

(Al seguir a Fidelia, se vuelve y dice Patricio.)

Ya ves con qué me compra: ingenio y beldad; aire de un aire. Pero esas son monedas que no podéis acuñar los cortesanos ambiciosos.

(Sale, pirueteando, en persecución de Fidelia, por el fondo. Quedan solos el Conde y Casilda.)

PATRICIO

(Por Vito.)

Me odia el loco. No puede perdonarme que le siegue la hierba a su señor.

CASILDA

Tampoco yo os lo perdono, algunas veces. El Consejero era bueno y leal.

PATRICIO

Si le ha llegado la hora de las alabanzas, yo soy más dichoso de lo que esperaba.

CASILDA

Sólo le falta, como vos decís, haber nacido en otra cuna... ¡Lástima que su padre fuera Alcaide de Cárcel, y él, un hombre como todos!

PÁTRICIO

Le mandaremos a podar los árboles del huerto de su hermanita. Con una hocecilla de honor, que le regalará el Ducado, en premio a sus servicios.

CASILDA

¿Qué historia os inventais del huerto y la hermanita?

PATRICIO

La que nos contásteis vos, hace un momento. Pinta a Hilario de cuerpo entero.

CASILDA

Pues no sabéis la única gracia de esa historia; que la hermanita de Hilario no es su hermana. La llama así por darla un nombre de cariño. Se llama Lucía, y es hija de Prisca, la nodriza de Hilario.

PATRICIO

Si no recuerdo mal, Prisca es la vieja que trae las manzanas.

CASILDA

Una excelente mujer, a quien veo con gusto en Palacio.

PATRICIO

¿Y a Lucía? ¿La habéis visto?

CASILDA

Una vez... Vino, tal día como hoy, al besamanos en los jardines. Es bonita. Hilario la quiere mucho. La obliga a vivir casi escondida; y, sobre todo, lejos de Palacio. La vieja Prisca y ella cuidan de la que fué casa del alcaide. Unas pocas habitaciones, en la misma fortaleza donde está la cárcel.

PATRICIO

Desde hoy tomo a mi cargo el destino futuro de Lucía. No siendo hermanos, será un partido excelente para el Consejero en desgracia.

CASILDA

Guardáos de decírmelo otra vez... si es verdad que me queréis un poco.

PATRICIO

¿Por qué?

CASILDA

No lo sé... Pero, aquí donde me veis, y a pesar de este aturdimiento que me hace parecer alegre, soy la mujer más desdichada de este mundo. Os doy palabra. No puedo encontrar por mí misma la felicidad. No sé dónde está. Jamás he sabido dar con ella. Pero si la veo en los demás; digo ¡allí está!; y entonces daría media vida porque fuese mía... Recuerdo que Hilario me hablaba una tarde del afecto que Lucía le profesa desde niña... Mis ojos se empañaron... «¡Qué buena sois! Os he conmovido»... - dijo Hilario. Tomaba por lágrimas de bondad, mi llanto de despecho. Lo peor es que, si alguna vez consigo robarles esa felicidad a los demás, cuando llega a mis manos, ha perdido todo su encanto y no me sirve. Pero... preferiría que Lucía no existiese, para olvidar completamente a Hilario.

PATRICIO

Podéis olvidarle por completo, porque Lucía no existe.

CASILDA

¿Ha muerto?

PATRICIO

Para él, por lo menos. Hilario me ha confesado que os adora.

CASILDA

(Transición; súbitamente indignada.)

¿Se ha atrevido?

PATRICIO

Aquí mismo, esta mañana.

CASILDA

Lo creo: el Consejero es lo bastante necio para correr, como cualquier mortal, detrás de una sombra... ¡qué fatiga! No me librará de su asedio, un siglo de desdén.

PATRICIO

Por favores toma vuestros desdenes. Se jacta de teneros dominada y subyugada.

CASILDA

Dije necio, y he debido añadir insolente.

PATRICIO

Le hice saber que vos deseábais la guerra con Mesenia, y no quiso escucharme.

CASILDA

Le habrá parecido absurda mi actitud. No comprende que me exaspere y fatigue la monotonía de esta vida insípida a que nos condena. Figuraos que Fidelia me estuvo leyendo, la otra tarde, los *Anales* de mi Casa. Cuentan, de una abuela mía, que fué emperatriz y tuvo el tesón de organizar en persona el asedio de una plaza, durante un invierno. Montaba a caballo, por los ca minos enfangados, para prevenir sorpresas. Llevaba un traje varonil, que he mandado copiar de un códice miniado. Pienso adoptarlo, si las cosas cambian... Pero la actitud del Consejero es abominable... ¿no os parece?

PATRICIO

Para ayudaros a triunfar del Consejero, me tenéis a vuestro lado.

CASILDA

¿No le ha extrañado mi cambio de actitud?

PATRICIO

Dijo que, siendo una pobre mujer, debía esperar que cambiárais de opinión.

CASILDA

(**Enfureciéndose**.)

¡Miente! No he cambiado. Pensé siempre igual; pero no estoy obligada a darle cuenta de mis pensamientos. Sobre que él, con decir «el pueblo», me quita hasta las ganas de pensar. A mí no me asusta el pueblo; le he visto sonreirme con tanta simpatía, alguna vez, que no puedo mirarle con recelo. Si le contaran el tedio de mi

vida, yo creo que el pueblo no llevaría a mal sacrificarse un poco por su Soberana... Una guerra puede traer muchas victorias. Después de todo, no es el pueblo el que más va a perder... Y aunque gritara un poco... También me gustaría oirle rugir, alguna vez... De un Duque de Epiria, que murió muy joven, cuentan que llevaba un león, encadenado como un perro, cuando iba de cacería con su gente. La fiera llegó a cobrarle tanta afición, que le obedecía a un solo gesto... De modo que el Duque acabó por despreciarle, en su poltronería... Para oirle rugir, era preciso que le golpeara con su cetro, y a veces, con un venablo, haciéndole sangre...

(Suena, a lo lejos, un primer griterio impaciente de la multitud.)

—Eso... ¿es el pueblo?

PATRICIO

Encadenado... Hilario ha dispuesto que la tropa le tenga a raya, en la calle.

CASILDA

(Escuchando, desde el barandal; la voz deliciosamente miedosa.)

Pero protesta y se resiste... Hasta mí llegan gritos de una osadía interesante...

(Una pausa; aumenta el griterio.)

—¿Amenaza?

PATRICIO

Todavía no. Después le oiréis.

CASILDA

¿Contra nosotros?

PATRICIO

¡Oh, no! Cuanto puede hacerse por exaltar al pueblo y traerle sumiso a vuestras plantas, está hecho.

CASILDA

(Palmoteando.)

¿Contamos con él?

PATRICIO

Cesáreo y Morso, en nombre de los gremios, han estado en Palacio a exigirnos la declaración de guerra.

CASILDA

¿Y, a pesar de eso, Hilario?...

PATRICIO

Hilario, furioso al ver que vuestra opinión iba a triunfar, apoyada en la del pueblo, dispuso que el Capitán Alberto acompañara los emisarios hasta las puertas de Palacio y las cerrara.

CASILDA

Mandad que, en el acto, se dé entrada al pueblo en los jardines, y decidle que la princesa Casilda está pronta a escuchar sus pretensiones, y atenderlas.

PATRICIO

Pero Hilario...

CASILDA

Mi Casa ha dado a Europa tres Emperatrices; sus mujeres tuvieron siempre voluntad, y es preciso que el Consejero se vaya acostumbrando a conocerlas.

CAPITÁN ALBERTO

(**Llegando, con la espada desnuda, por la lateral derecha:**)

La gente amenaza amotinarse, y Gobio afirma que vuestra voluntad es darle paso. Vos mandáis, Alteza.

CASILDA

Capitán Alberto: disponeos a ser lugarteniente nuestro para empresas mayores que acordonar a mis vasallos entusiastas. Seguid al Conde. Para el besamanos de hoy, no se respeten jerarquías, ni se pongan vallas a la multitud. Mando que llegue el pueblo hasta mis pies; tan cerca, que le dejéis estrujarme en el estrado. Bien se hallará un venablo, si es preciso ¿verdad Conde?

(**Después de inclinarse, salen, hacia los jardines, por la galería, Alberto y Patricio. La Princesa les sigue con interés, y se queda, junto al barandal, aspirando el aire que le trae, de lejos, el rumor. Sale, por la lateral izquierda, Hilario.**)

HILARIO

Casilda...

CASILDA

(**Volviéndose a él, rápidamente.**)

¿Habéis oído, Hilario? El pueblo amenaza.

HILARIO

No temáis. Ya he dicho a vuestro padre que hoy no podía autorizar su presencia ni la vuestra en los jardines. El os aguarda en sus habitaciones, y está enfer-

mo de inquietud; acompañadle. Yo velaré por vosotros. Dejadme afrontar solo a los que gritan; y si, como espero, logro convencerles, yo haré que os lo adviertan.

CASILDA

Si esto es todo lo que venís a decirme, después del Consejo, debo pensar que el Tratado de Paz es cosa hecha.

HILARIO

Sí, Princesa.

CASILDA

¿Pasando sobre mis deseos?

HILARIO

La voluntad de vuestro padre es soberana. Y vuestros deseos no pueden valer más que el bien de Epiria. Perdonadme.

CASILDA

Consejero Hilario: vos esperáis convencer a los que gritan y yo espero haceros despertar de un sueño que, para vos, es peligroso, y para mí, cansado.

HILARIO

No os comprendo.

CASILDA

Por hoy me dejaréis remediar en persona a las inquietudes de mi padre.

HILARIO

¿Desconfiáis de mí?

CASILDA

¡Oh, no; eso, no!... Confío demasiado. Ya sé que no me es dado esperar de vos una deslealtad, a cambio de un poco de pasión; un mal consejo, a trueque de favorecerme y ayudarme en un capricho... ¿Qué me habéis dado, en vuestro corazón, si me lo disteis? .. Un libro escrito donde apenas si, para leer, me dais permiso; pero donde no puedo escribir, ni puedo dictar... ¿y a eso llamáis el corazón de un hombre? No, Hilario. Eso es algo, impreso, inmutable, encuadernado cuidadosamente, que está pidiendo, a gritos, volver al anaquel, de donde en vano pretendí arrancarlo. Presentadme vuestra dimisión en blanco, para que yo ponga, al pie, la letra, la cifra, el estante y el armario que corresponden al volumen... Quedo enteradísima; todo él es fárrago enojoso para mi memoria; ni un renglón, ni una letra, ni una tilde para mi curiosidad.

(Más irritada que entristecida, se aparta.)

HILARIO

Alteza...

CASILDA

(Al Consejero, que le cierra el paso, hacia el fondo.)

Dejadme... ¡Apartaos!

HILARIO

¿Qué intentáis?

CASILDA

Contener yo misma al pueblo. Y anticipar mi presencia en los jardines para anunciarle que recogemos el guante de Mesenia y que, por una vez, el Duque Florencio prefiere, a la voluntad de un Consejero, el voto de su hija.

HILARIO

¿Sabéis que esas bocas que vociferan son falaces? ¿Sabéis que escupen, en sus gritos, el oro que recibieron de manos de Gobio?

CASILDA

Sé que, para una vez que puedo hacerme aclamar me lo estorbáis.

HILARIO

El verdadero pueblo aclama en silencio: viviendo feliz.

CASILDA

Tengo escogidos, para el alarde militar, el caballo y el traje. Dejadme, siquiera, lucirlos un día en la explanada, delante de Palacio, y luego arreglad vos las cosas según la pauta que queráis, llamando al verdadero pueblo.

HILARIO

El verdadero pueblo se presenta sin que se le llame

CASILDA

Será el bienvenido si, después del tumulto de la guerra, nos trae algo nuevo.

HILARIO

Traerá la justicia, vieja como el dolor, que es viejo como el mundo.

CASILDA

Si yo no viera que todos los obstáculos que me estáis poniendo, nacen del miedo que tenéis...

HILARIO

(Palideciendo.)

Alteza...

CASILDA

(Imperturbable.)

... del miedo que tenéis a esa posible justicia de mañana, hoy casi admiraría el tesón de vuestra voluntad... ¿Sabéis qué dirán los *Anales*, de una Princesa, heróica hasta su ruina? Que fué temeraria... De un Consejero que, en el momento del peligro, se cruzó de brazos, renunciando a la prueba, dirán que le faltó valor para seguirla.

HILARIO

Anticipaos a los *Anales;* haced vos la prueba. Obligadme a escoger entre prestarme a vuestros deseos, o la muerte. Y si véis sólo que uno de mis pies roza los peldaños del cadalso con menos agilidad que para ir a una fiesta, ¡no sea verdad que os he querido nunca!...

CASILDA

(A su pesar, emocionada, mezcla de incredulidad y de orgullo.)

¿Moriríais... por mí?

HILARIO

Y no sería, en Epiria, el primer Consejero que recibiera de su Soberana esa merced.

CASILDA

Lo sé... Fueron crueles algunas mujeres de mi casa. De una se cuenta que, no queriendo que otros ojos pudieran mirar al hombre a quien adoraba, le hizo dar muerte... Dicen que, en la cárcel del Estado se guarda el hacha que sirvió para la ejecución... ¿es cierto?

HILARIO

Cierto.

CASILDA

¿Vos la habéis visto?

HILARIO

Una vez.

CASILDA

¿Hace tiempo?

HILARIO

No sé... Mi padre, con sus propias manos, la descolgó de un garfio y me llamó, para mostrármela... Esto era el mismo día en que dejé mi casa, para entrar en Palacio... El Capitán Alberto había venido a rogarme, de vuestra parte, que aceptara el nombramiento de Consejero...

(Hay una pausa.)

CASILDA

Vuestro padre, el alcaide, exageraba...

HILARIO

Murió, al poco tiempo... Y no será posible sacarle de su error.

(Arrecia, de nuevo, el rumor del pueblo en los jardines)

CASILDA

(Sonriendo.)

Aunque vos mismo os empeñárais en darle la razón, me quedaría el recurso de indultaros. Hilario, amigo mío ¿decidís hablarle al pueblo, en mi nombre, o queréis que le hable yo misma?... No os dé remordimientos la declaración de guerra...

(Por los gritos de las turbas.)

—Ya véis que nos la imponen.

HILARIO

Me ha parecido advertir que el Conde Patricio estaba pronto a apoyaros en esta aventura... ¿queréis que le llame?

CASILDA

Quiero haceros notar, por mi parte, que si las Princesas degeneraron, en Epiria, a punto de mendigar el apoyo de un Consejero oscuro, en cambio, los Consejeros se malearon, de modo que hoy pueden dar lección de crueldad a las Princesas... Por malaventura vuestra, tropezáis conmigo, que no necesito lecciones de nadie. Podéis retiraros.

HILARIO

Recuerdo, señora, que la vieja casa de mi padre es, al mismo tiempo, la Cárcel del Estado. Si no entendí

mal y queréis prescindir de mis servicios ¿debo entrar precisamente en la que fué casa de mi padre, o en el calabozo, para reos de lesa majestad, que está a su lado?

CASILDA

Vos decidiréis.

HILARIO

Está entendido.

CASILDA

(Vacilante.)

En todo caso, ya os harán saber.

HILARIO

(Tranquilo.)

Yo aguardaré, en la casa de mi padre, la sentencia.

(Se inclina y va a salir; un murmullo hacia la galería; precipitadamente, vienen, por ella, Lucía, Prisca, el Capitán Alberto y Vito. Hilario se detiene, al verlos; se les oye antes de salir.)

PRISCA

¡Favor!

ALBERTO

¡Detenéos!

PRISCA

¡Detened a las turbas!

LUCÍA

(Entrando y arrodillándose a los pies de la Princesa, cerrándole el paso.)

¡Favor, favor, Princesa!... ¡por piedad, señora, no os

movàis de aquí!... ¡profieren amenazas de muerte!... Abrieron la puerta a las turbas y arrollarán a la guardia cuando lleguen... ¡no os movàis!...

CASILDA

No temas; no corro ningún riesgo. Ni tampoco las buenas mujeres de mi pueblo. Yo sabré aplacar a las turbas. No harán nada. Deja paso.

LUCÍA

¡No os movàis!... Cuando yo os digo que es cierto el peligro... ¡Revocad vuestra orden!... ¡que Cesáreo y los suyos no puedan llegar hasta el estrado!...

CASILDA

Pero... ¿por qué? ¿qué pasa, Capitán Alberto?...

CAPITÁN ALBERTO

Cesáreo amotinó a las turbas, haciéndolas creer que el Consejero es su enemigo. Las gentes piden la muerte del Consejero Hilario...

LUCÍA

¡Sí, su muerte!... ¡Piedad, señora Princesa! ¡mandad, por lo menos, que nos señalen sitio, en el estrado, cerca de Hilario, para morir con él!...

CASILDA

(**Retrocediendo y examinándola con ceño.**)

¿Pues tú quién eres, niña?

HILARIO

(Adelantándose, apartando a Lucía y colocándose entre ella y Casilda.)

Lucía... Se expresó con demasiado fuego; no sabe las costumbres de palacio. Sólo sabe querer y dar su vida. Perdonadla.

CASILDA

(Para sí.)

¡Lucía!

LUCÍA

¡Señora! ¡Mandad a Hilario que no se presente en los jardines! Yo sé que él es capaz de todo por la salud del Ducado y de sus Príncipes!... Pero vos...

CASILDA

Lucía...

LUCÍA

¡Salvadle! ¡Aunque pongáis en riesgo vuestra corona, salvadle!

HILARIO

(Grave, apartando a Lucía.)

La Princesa es tan buena, hermana mía, que ya me ha dado permiso para ponerme a salvo, desde este momento. Y ella aplacará a las turbas... Vamos.

LUCÍA

¿No me engañas?

HILARIO

Ya ves que su Alteza asiente, callando... Prisca, Vito. Vosotras seguidnos...

LUCÍA

(Por Casilda.)

¡Oh, déjame besar su mano!... (Corre a hacerlo diciendo, al mismo tiempo.) ¡Señora Princesa, que os bendiga Dios! (Y vuelve junto a Hilario, murmurando.) ¡Qué buena! ¡Qué buena!

(Seguidos de Prisca y Vito hacen mutis, por la lateral derecha, Lucía y el Consejero.)

PATRICIO

(Llegando per el fondo, bruscamente.)

¡Pronto! ¡Pronto, Alteza! Acompañado de sus leales, el Duque mi dueño acaba de acceder a los deseos de Epiria!... La guerra es un hecho... El pueblo nos aclama a todos. ¿No venís a tomar vuestra parte en las aclamaciones?

CASILDA

(Sin dejar de mirar la puerta, por donde salieron Hilario y Lucía.)

Ahora, no. Tomad vos vuestra parte y la mía: os la cedo... Daos prisa...

(El Conde Patricio pasa al fondo, a esperarla; entra, por la derecha, Fidelia, radiante.)

FIDELIA

¡Hemos triunfado! ¡Acaba de salir, huyendo, de palacio el Consejero Hilario!... (La Princesa no responde) ¿No os alegra? (Una pausa.)

CASILDA

Tal vez la felicidad se va con él...

(**Lentamente se dirige al fondo .. El Conde Patricio, ceremoniosamente, toma su mano... Cuando llegan frente al barandal, aclamaciones. Entre tanto, va cayendo el**

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala en casa del Alcaide de la cárcel.

Al fondo, portón de arco, conduciendo a una escalera abierta que desciende al patio de la fortaleza.

Abierto el portón, se verá el amplio descansillo de la escalera, con barandal de piedra; un pedazo de cielo; aire libre.

En un rincón de la sala, chimenea de campana.

En cada uno de los muros laterales, una puerta.

(Al levantarse el telón, Vito estará tendido junto al hogar, durmiendo sobre unas pieles Lucía acaba de prepararle su cubierto, en la mesa, y le llama.)

LUCÍA

(Sacudiéndole.)

¡Vito!... ¿No me oyes?

VITO

(Con sobresalto.)

¡A vuestras órdenes, Princesa!

LUCÍA

Lucía nada más. Y bien lo siento.

VITO

No seas vanidosa.

LUCÍA

¿Es malo?...

VITO

A veces pienso que es bueno. Si Hilario fuera vanidoso, ya habría logrado que le llamaran otra vez los Soberanos.

LUCÍA

¿No estáis bien aquí? ¿De qué te quejas?

VITO

De nada; porque no hay manera de quejarse en esta casa. Tu madre se pasa el día tapando, con algodón en rama, todos los resquicios por donde pudieran filtrarse los ruidos del mundo, o salir los suspiros de los corazones. Está en todo. A veces, me dan ganas de gritarle que hace mal; pero lo hace tan bien y su intención es tan buena, que, por no darle que sentir, me arrimo a las brasas y duermo. (**Una pausa; mira a Lucía y añade:**) En cuanto a ti...

LUCÍA

¿También a mí me pones reparos?

VITO

Te concedo que en el cariño que profesas a mi amo, igualas mi afición; pero no vas más allá que yo iba. Yo le quería para la gloria; tú, para él mismo. Y veo que, si Dios no lo remedia, y estos muros, un día, no se

agrietan, piadosos conmigo, tú vas a ser mi Conde Patricio para con mi amo. Estoy demás en esta casa.

LUCÍA

(Gentil.)

No. Yo te quiero siempre en ella; porque sé que has sido el único amigo de Hilario en otro tiempo.

VITO

Mi ingenio era la daga que le defendía. Bien es verdad que mi locura le puso en gravísimos aprietos. Pero entonces el roce con la malicia humana hacía resplandecer la hoja de la daga, y aquí la empaña el aliento de vuestras bondades.

LUCÍA

Aquí no necesitas defenderle.

VITO

No sé qué es peor. Desde el cascote de estos muros llegó a la cumbre de su gloria, sin más trabajo que ir siguiendo el ruido a cascabeles de mi traje. Yo era su vena de loco, que le hizo intentar las cosas imposibles... Tú sabrás por qué le trajiste aquí, saliéndole al paso, aquella mañana.

LUCÍA

Pero no te he dicho mil veces que Cesáreo había levantado gente, y querían asesinarle?

VITO

No estaban mal, para morir, las escaleras de un trono.

LUCÍA

Yo no pedía otra cosa que morir a su lado.

VITO

Tú no pedías otra cosa; pero sucedió otra cosa. Que Hilario te siguió para morir aquí.

LUCÍA

¿Llamas muerte a la vida que lleva, desde entonces? Jamás un hombre dió cabo a tantas empresas, y —te lo haré observar— todas posibles. Vuelve fatigado de las juntas populares, y todavía encuentra modo de recibir, a escondidas, al Capitán Alberto, para aconsejarle sobre las cosas de Palacio. El mismo día que levantó en armas a Epiria para imponer la paz, estuvo dos horas concertando, con el Capitán, la manera de dar la noticia en Palacio, para que no le pareciera humillante a la Princesa... Esto es, como él dice, sembrar a dos manos, y cuidar, a un mismo tiempo, del tapiz, la trama y las flores. ¡Para que luego te atrevas a decirme que ha perdido en el trueque, y que vino a morir en esta casa!

VITO

No quise decir tanto. Aunque es cierto que a veces lo pienso... La verdad es que tú y yo no nos entenderemos nunca. Yo era, para el corazón de mi amo, la tormenta y tú eres la lluvia; quiero decir que yo le hacía resplandecer, y tú producir. Es muy posible que a ti te bendigan los demás; pero yo te juro, a fe de loco, que mis rayos fueron su mejor corona!

LUCÍA

¿Para qué quiere Hilario una corona?

VITO

(**Con intención.**)

Será para ofrecerla a Su Alteza, cuando ella haga tanto que, al fin, acabe de perder la que aún no ha heredado.

LUCÍA

(**Queriendo hacer comprender al loco que no la perturba.**)

Para eso le basta a Hilario atender, de lejos, a las cosas de Palacio. Una mitad del nimbo de la Imagen está en los cirios del altar.

VITO

Y así no pasa día del año, hora de un día, sin que Hilario recuerde a mi señora la Princesa.

LUCÍA

Le debe siempre igual fidelidad.

VITO

El paga lo que debe, y más.

LUCÍA

En ese *más* está la honra del que paga.

VITO

¿Y si yo te dijera que un día le he visto desnudar sn espada, por el amor de la Princesa?

LUCIA

(**Después de una pausa; con gravedad dulce y triste.**)

Tal vez no me dirías nada nuevo.

VITO

Entonces ¿la odias?

LUCÍA

(Pausa.)

Ella le libró de morir, y la bendigo.

VITO

Pero la odias. Haces bien. Yo no te reprocharé que le arrancaras de Palacio, si hoy me ayudas a convencerle de que esta fortaleza debe ser Palacio. Tiene el pueblo a su arbitrio, y puede intentarlo. Tu has de procurarlo, por odio a la Princesa. Y ocuparías el trono, en lugar de ella... ¿Sí, Lucía?... ¿qué respondes?

LUCÍA

(Volviéndole la espalda.)

Que, si fueras bufón del Conde Patricio, no tendrías precio.

VITO

(Despechado.)

Enhorabuena: estorbo aquí.

LUCÍA

Nadie te lo ha dicho; y yo, menos que nadie.

VITO

Sobran los locos donde apunta el amor, que es el mayor loco de todos; ya lo sé. Me veo, en un rincón apolillado de oficina, desempeñando el primer cargo pingüe que ofrezcan a mi amo, para seguro del pan de vuestros hijos... (Una pausa.) si os casáis.

LUCÍA

Sabes que esas malicias tuyas no me gustan. No tienes razón para hablarme de unos amores que no existen.

VITO

Si no tengo razón, ese es mi oficio.

LUCÍA

(Obligándole a sentarse, a la mesa.)

Basta... ¡come!

VITO

(Al sentarse.)

Eso has de hacer: cebarme. Si no logras que Vito eche grasa, el mejor día, mi amo y yo, volvemos a salir de picos pardos y a correr el mundo.

LUCÍA

Eso está mal. Sabes que has puesto el dedo en la llaga; que esa es toda mi inquietud... te diviertes, haciéndome llorar.

VITO

(Arrepentido.)

¿Llorar, mi dueña?... No; cuando mis bufonadas te lastimen, apaléame y no llores.

(Le aparta las manos, con que se había ocultado el rostro, para llorar.)

HILARIO

(Entrando, por la izquierda; a Vito.)

¿Estás satisfecho?

VITO

¡Mi amo!

HILARIO

(A Lucía.)

¡Tenía razón él; debiste apalearle!

VITO

¿Habéis oído?

HILARIO

Y te doy la enhorabuena, loco. Ya te vas humanizando; ya eres necio. No aciertas a ponerte de acuerdo contigo mismo; no sabes aun por dónde saldrás, para tu medro; pero pruebas a abrirte camino, destrozando el corazón de una niña. Debes de ser necio erudito y habrás leído, en algún códice, que los antiguos abrían palomas en vivo, para estudiar el porvenir en la palpitación de sus entrañas... ¡Lárgate y no vuelvas, si no quieres!

VITO

(Bajando la cabeza y empezando a salir.)

Está bien, mi amo...

LUCÍA

(A Hilario, compadecida del bufón.)

Una vez, en tu vida, vas a ser cruel. Cuando me hiere más, lo hace creyendo defenderte.

HILARIO

Cuando le castigo más, me castigo a mi mismo. ¡Vete!

(Arrastrando los pies, saldrá Vito, por el fondo; Lucía va y viene, sin ruido, levantando la mesa; Hilario, va a la lateral izquierda y dice:)

—Pasad, capitán Alberto.

(El Capitán entra en escena, por la izquierda.)

LUCÍA

(A Hilario.)

Si necesitáis escribir, retiraré los manteles.

HILARIO

No, no, hermana; sólo tengo que entregar, al capitán el escrito que ayer guardaste en la alacena.

LUCÍA

(Haciendo y diciendo:)

La llave de la alacena es ésta... Y el escrito está, como se abre, a la derecha, en el primer estante.

(Entrega, a Hilario, la llave; en silencio, sale, por la derecha. Hilario deja una pausa. El Capitán Alberto, en pie, aguarda que hable Hilario.)

HILARIO

(Pasándose la mano por la frente, como quien aparta sus propios pensamientos; haciendo transición:)

En suma, lo único grave es que hayan logrado separar, al Duque, de su hija.

CAPITÁN

Fué decisión del Conde Patricio. Pretende que, con los tumultos y asonadas de estos días, la vida de la

Princesa corría peligro en palacio; y noches atrás, mandó que se trasladara, con sus damas, a la Torre del Concejo.

HILARIO

Donde está bien guardada...

CAPITÁN

Y por gente tan escogida y leal, como si fuera vuestra. Yo mismo he puesto, en la Torre, las mejores lanzas de mi Compañía.

(Sin decir palabra, Hilario estrecha la mano del Capitán.)

HILARIO

¿Qué dice el Duque, mi señor?

CAPITÁN

Lo que podría decir una sombra. Los años y la melancolía van dando cuenta de él. Todo su empeño es recobrar a su hija. Le habrán hecho creer que está en poder de los rebeldes, y al Conde Patricio le basta simular que tratará de libertarla, para obtener del Duque lo que quiera.

HILARIO

Y obtendrá la corona, si la pide... Lo que, esta tarde, importa es estorbar que Gobio y los suyos repitan su golpe maestro de llevar a palacio la representación de los gremios... No tengamos otro día del Aniversario. Tomad, con vuestras lanzas, la Explanada y, en caso necesario, resistid. Yo iré a ayudaros, con razones, si comprendo que tardáis en poner término al conflicto.

CAPITÁN

Puede ocurrir que vuestras razones no basten, si antes fracasó mi fuerza.

HILARIO

(Abrió con la llave que le entregó Lucía un armario, y sacó unos papeles.)

¡Daré entonces la vida; que es duro conservarla en esta esclavitud!

CAPITÁN

(Inclinándose.)

¿No mandáis más?

HILARIO

(Entregándole el escrito.)

Haced llegar al Conde Patricio este mensaje. Es mi renuncia al cargo de Embajador Perpetuo del Ducado en Mesenia. Lo recibí ayer tarde; renunciando, le doy a entender que he comprendido su intención, y que no estoy dispuesto a recibir, de sus manos, una orden de destierro.

(El Capitán hace un gesto negativo.)

– ¿No aprobáis mi conducta?

CAPITÁN

La esperaba, porque conocía el nombramiento; pero yo, en vuestro caso, no mandaría al Conde Patricio la renuncia.

HILARIO

Os digo que de él partió el tiro. Esa Embajada perpetua es el destierro, a perpetuidad, porque le estorbo aquí. La instancia y la propuesta han sido suyas...

CAPITÁN

La instancia y la propuesta han sido de su Alteza, la Princesa Casilda.

HILARIO

¿De su Alteza?...

CAPITÁN

Me consta. No queriendo hacer parte de sus propósitos al Conde, me ordenó que averiguara yo mismo si había precedentes del cargo, a perpetuidad. Encontré que los había.

HILARIO

(Volviendo a tomar el escrito y dejándolo sobre la mesa.)

En ese caso la Princesa ha sido demasiado buena; porque también hay precedentes de Consejeros en desgracia, que fueron premiados con la muerte... a perpetuidad. No es tanto el destierro.

CAPITÁN

Yo creo que la Princesa había de otorgaros gracia, si le hablarais.

HILARIO

No perdamos más tiempo, hablando de mí. Adiós, Capitán.

CAPITÁN

Guardaré, como pueda, la Esplanada. Hasta mañana a estas horas.

HILARIO

Mañana, a estas horas, no pisaré tierras del Ducado. Se me ordena partir antes.

CAPITÁN

¿Puedo anunciarle vuestra visita a la Princesa?..

HILARIO

(**Tendiendo su mano al Capitán.**)

Prefiero que nos digamos adiós, para siempre.

(**Sale el Capitán, por el fondo. Le acompaña Hilario, que sale hasta la escalera: se recorta, en el aire, su silueta grave. Todavía se le vé saludar, con la mano, al Capitán. Entra Lucía, por la derecha, y se dirige al ricón del hogar.**)

LUCÍA

(**A Hilario, que viene del fondo.**)

Todas las tardes te despides del Capitán, con pena, como si quisieras seguirle.

HILARIO

En mi mano estaba salir con él, si hubiera querido.

LUCÍA

¿Verdad que, por nosotras, no dejarías de volver a tu vida de antes? Tu loco pretende que somos una carga para ti.

HILARIO

Deja al loco que endilgue sus razones, y no me pongas cara triste.

LUCÍA

(**Sonriendo.**)

No volveré a entristecerme; te lo juro. Ahora ya sé que estás contento y que nunca te apartarás de nosotras.

HILARIO

Y que os llevaría en mi corazón, aunque me apartara.

LUCÍA

(Desconfiando otra vez.)

Sí... ¿Pero no te apartarás?

HILARIO

(Evasivo, sin poder mentir.)

No lo deseo...

LUCÍA

¡Vayan noramala el loco y sus razones!... No era él; es algo que adivino en ti lo que me inquieta. ¿Te ha llamado el Capitán, de parte de los Soberanos?... **(Ve sobre la mesa el pliego que dejó Hilario.)** ¿No habías de darle este pliego para el Conde Patricio?

HILARIO

Ya nó.

LUCÍA

(Dirigiéndose al armario.)

¿Lo guardo?

HILARIO

Arrójalo al fuego.

LUCÍA

(Lo hace; sonriendo, añade:)

Si era una petición que hacías al más grande de tus enemigos, me gusta verla arder

HILARIO

Le pedía, precisamente, que usara todo su influjo, para que acabaran de olvidarme en Palacio.

LUCÍA

(**Rápida.**)

¿Han vuelto a llamarte?

HILARIO

Me mandan, de Embajador del Ducado, a Mesenia.

LUCÍA

(**Abatida, dejando una pausa.**)

Volveremos a quedarnos solas... ¿saldrías pronto, en todo caso?

HILARIO

Saldría mañana, tal vez.

LUCÍA

Yo iré a arrojarme a los pies de la Princesa y le pediré que te retenga; ella puede.

HILARIO

Es ella quien me hizo nombrar. Me queda el recurso de pedirle gracia.

LUCÍA

Nó: prefiero que nada le pidas; ahora me duele todo lo que he dicho, hablando de esto.

(**Se acerca a la mesa, dando la espalda a Hilario.**)

HILARIO

(Después de una pausa.)

¿Loras?

LUCÍA

(Dominándose.)

No.

HILARIO

Mírame. Lucía.

LUCÍA

(Esquivándose.)

El tiempo se nos pasa hablando... Luego, mi madre, ve este desorden y se enfada...

(Hilario se aparta de ella; se sienta en un escabel, junto al hogar; calla, pensativo. Entra, por la derecha, Prisca.)

PRISCA

(Entrando.)

Me pareció que hablábais... (A Lucía.) Supuse que te habrías embobado escuchando y que estaría la mesa por alzar. Deja; a eso vengo.

(Prisca aparta a Lucía de la mesa, y ella sigue ordenándola.)

LUCÍA

(A su madre, fingiendo y disculpándose.)

La culpa es del loco. Hasta hace un momento, no quiso la comida.

PRISCA

(Gritando, para que Hilario se entere.)

¡El loco!... Harta me tiene. Lo revuelve todo, en la casa y en los calabozos que antes no se abrían. Le divierten. Entra a saco en ellos como en cosa propia. Ayer, compareció con las tenazas del tormento. Dice que bien servirán para el hogar... Y ahora mismo las escondo.

HILARIO

(Deteniéndola.)

Deja estar; se purifican.

PRISCA

Pues esta mañana quería, de todas maneras, partir leña con el hacha del Consejero. La descolgó, a medias, del garfio. De horror de verla, no he querido consentírselo. Me ha vuelto la espalda. Y si he querido leña, he tenido que partírmela yo mismo.

HILARIO

Has hecho mal.

PRISCA

¿Qué iba a hacer?

HILARIO

¡Obligarle a partirla con los dientes, si se resistía!

PRISCA

Tampoco hay para tanto... Que él dé algún trabajo, no es para llevarlo a mal; tu das poco, en cambio... (A Lucia.) —¿De qué hablábais?

LUCÍA

Hilario me contaba...

(Se emociona, y no puede seguir hablando.)

HILARIO

Decía a mi hermana...

(Prisca, que escuchaba con interés, oyendo «hermana», vuelve a su ajetreo.)

PRISCA

Ve diciendo...

HILARIO

¿No encuchas?

PRISCA

Lo que le dijeras a *tu hermana* será linda música... Pues con mi baile está mejor.

(Hilario calla. Hay una corta pausa. Lucía va a salir, por la derecha.)

HILARIO

(Llamando.)

¡Lucía! Ven aquí.

(Lucía se acerca a Hilario, en silencio. Este la obliga a sentarse en el poyo del hogar, junto a él.)

LUCÍA

(La voz llorosa, pero haciéndose fuerte.)

¿Qué quieres, Hilario?

HILARIO

¿Por qué no has querido mirarme, hace un momento?

LUCÍA

(Idem.)

¡Tenía tanta pena! Comprendo que no debo ser un estorbo para tí. Pero, en el primer momento, no he sabido dominarme... Ahora, sí; ya empiezo a estar resignada. Y mañana, cuando te vayas, me verás, tranquila. Te despediré, como tú al Capitán, levantando la mano en el aire... ya verás... sonriendo...

(Vuelve a llorar y trata de ocultar su rostro.)

HILARIO

Mírame, Lucía.

LUCÍA

(Sin dominarse, llorando.)

¡No te vayas, Hilario, no te vayas!... ¡por lo que más quieras en el mundo, no te vayas!...

HILARIO

(Calmándola.)

Para que no llores así, yo haré milagros. Calma... espera...

(Prisca estuvo ausente, unos segundos. va y viene, poniendo las cosas en orden. Ahora se detiene, entrando por la derecha; suenan los cascabeles del bufón y este asoma, precipitadamente, por la puerta del fondo.)

VITO

(Desde la puerta.)

Mi amo y sus dueñas podrán pensar que hice mal. Pero el corazón de un loco no sabe negarse cuando hay signos de tormenta en las calles, huele el frío a pólvora, y una pobre mujer, acobardada, le habla y pide auxilio. Mi amo y sus dueñas podrán indignarse; pero esa pobre mujercita espera.

HILARIO

¿De quién hablas?

VITO

Ella os lo dirá. (Se vuelve, y dice a alguien que le seguía): Entrad, gentílisima.

(Y aparece la Princesa Casilda, vistiendo un traje popular, con tocas blancas, oculta la cara en la punta de un chal que, con ambas manitas, aprieta contra ella.)

HILARIO

¿Qué es esto?

CASILDA

Esto es, antiguo Consejero, que vos os marchásteis de Palacio y pasan cosas.

HILARIO

¡Su Alteza!

LUCIA

¡La Princesa!

PRISCA

¡Y toda la casa revuelta!... Lo hizo aposta Vito.

(**La vieja, que tiene en las manos unos platos, que iba a retirar, lanza al loco una mirada furibunda.**)

CASILDA

(**Mirando a todas partes.**)

¿Es ésta vuestra casa, Hilario?

HILARIO

El viejo solar de mi padre, el Alcaide, y una fortaleza vuestra, Princesa.

CASILDA

¡Tenía unos deseos de entrar, siquiera una vez en esta casa!... Pero, en pocos meses, ha sido tal el torbellino de sucesos, que para nada ha habido tiempo. Ya os contaré, Hilario... Ya se ha visto que, en la aventura de la guerra, llevávais la razón... Os hacen justicia: ¡qué delirio!... Dos semanas de ilusiones locas; después, la humillación; la paz forzada; y hay quien dice que todavía dura la miseria. La rebelión y la asonada serán por eso ¿verdad, Hilario?

HILARIO

Es muy probable.

CASILDA

Seis meses de miseria... Debe ser horrible.

HILARIO

Podéis añadirles igual número de años.

CASILDA

En todo estremáis... Ahora os reconozco. (**Va curioseando y, de pronto, se para y dice al loco:**) ¿Son éstas las tenazas que decías, Vito?

VITO

(**Inclinándose.**)

¡Las mismas, señora mi dueña!

CASILDA

¡Y que esto haya servido para hacer justicia! ¡Qué crueles los que atormentaban!

HILARIO

¡Qué fuertes los que lo sufrían!...

CASILDA

¿Y el hacha famosa?...

VITO

(**Encantado de salirse con la suya.**)

¡Ahora vendrá!

PRISCA

(**Amenazándole.**)

¡Te guardarás muy bien!

CASILDA

(**A Prisca, con un mohín.**)

Yo quiero verla.

PRISCA

Señora Princesa, os dará horror.

CASILDA

Por eso digo...

(**Sale Vito, desafiando a Prisca con la mirada.**)

—También quería ver los calabozos...

PRISCA

¡Corre un vendabal por ellos! ¡Y son tan oscuros ¡Y hace un frío!

CASILDA

En Palacio todavía no he tenido frío. Todo esto es tanta novedad, que me divierte. Es absolutamente necesario que los vea, Hilario.

HILARIO

Toda la fortaleza es vuestra; y vos mandáis.

CASILDA

(**A Prisca.**)

Tú siempre has llevado esas mismas tocas, ¿verdad, Prisca?

PRISCA

Para servir a la Señora... ¿La Señora se acuerda de esta vieja?

CASILDA

Veo que sí; no lo sabía.

(**Prisca no sabe qué hacer de sus manos embargadas**)

—¿Por qué no dejas eso, en la mesa?

PRISCA

Porque no es su sitio; pero si la señora Princesa lo desea...

(**Dificultosamente, porque casi le resbala todo, va a dejarlo; la Princesa acude a ayudarla.**)

CASILDA

Trae; te ayudo.

PRISCA

No, yo misma... ¡Vamos! ¡Y hoy, precisamente, este desorden!

CASILDA

¿Sabes lo que me recuerdan esas tocas?... Las mañanas de antes, cuando llevabas a Hilario el regalito de manzanas. Desde mis habitaciones te veía alguna vez pasar por los jardines... Después de dar una ojeada a todo, y antes de salir, aquí, cerquita del fuego, ¡sabrían tan bien!... ¿Hay todavía?

PRISCA

¿De aquellas manzanas?... ¡Válgame Jesús! Su Alteza olvida que estamos en Marzo... Hay otras, menos sabrosas, si Su Alteza quiere; pero no vaya a pensar que en Palacio se las den mejores... Yo estoy harta de an-

dar por el Mercado Grande, y veo, a veces, lo que se llevan para allá, que, a lo mejor, lo pagarán a peso de oro... ¿A cómo le contaron, hará cuatro días...

HILARIO

(Amonestándola.)

¡Prisca, Prisca!...

CASILDA

Dejadla. No esperaba divertirme tanto.

LUCÍA

Perdónela su Alteza..

CASILDA

¡Lucía! También a ti quería verte. Yo creo que no quería verte más que a ti. Aun estás más linda que antes; pero te recuerdo bien... Lucía... Debes ser feliz; ¿verdad que eres feliz?... Acércate... ¿Te doy miedo?

LUCÍA

Es apocamiento mío, señora Princesa.

CASILDA

No quiero que veas en mí a tu Soberana. A una amiga, si no pido mucho. Ya ves, ni mi traje puede recordarte lo que soy. Te he visto, alguna vez, con uno parecido, y mandé que lo copiaran. Hará pronto un año, el día del Aniversario... ¿está bien? Lo he llevado, por juego, en mis habitaciones, entre mis damitas... Dicen que me favorece... Pero, en Palacio...

PRISCA

La señora Princesa está hermosísima.

CASILDA

Veo que también adulan en casa del antiguo Alcaide. (A Lucía.) ¿Te parece que, con tantas ganas de jugar, se puede ser mala?

LUCÍA

Yo sé que sois muy buena, señora Princesa. Hilario nos lo ha dicho.

CASILDA

Hilario os lo ha dicho...

LUCÍA

Y él no adula.

CASILDA

¿Te enfadará que hable un momento a Hilario?... Le hablaré de ti; no tengas miedo.

LUCÍA

Su señoría manda en esta casa.

CASILDA

(Saludándolas, para despedirlas.)

Hasta después.

(Prisca ha recogido sus cosas y se dispone a irse con Lucía, por la lateral derecha.)

PRISCA

(A la Princesa.)

Ahora, al paso, dejo esto en la alacena, verde, que es su sitio...

(Casilda asiente, sonriendo; Lucía se inclina.)

CASILDA

A ti quiero besarte.

(Lo hace. Prisca y Lucía van a salir, por la lateral derecha.)

LUCÍA

(A su madre, en el mutis.)

Hilario se nos va.

PRISCA

Que a mí me dejaran hablarle a la Señora, y tú verías...

(Salen. Quedan solos Hilario y Casilda. Una pausa.)

CASILDA

Todo el mundo me adora en esta casa. Habéis tenido la generosidad de pintarme buena. Ni siquiera me odiais. No me habéis querido nunca, ¡y yo esperaba conmoveros!

HILARIO

(Afectando no comprender.)

¿Venís de Palacio?

CASILDA

De la Torre del Concejo, donde me refugié con mis damas, hace tres días, por orden del Conde Patricio; y con el disfraz que nos impuso a todas, para atravcsar la ciudad, sin ser reconocidas.

HILARIO

(Despectivo.)

Esta mascarada es obra suya...

CASILDA

(Queriendo interesarle de todas maneras.)

El pueblo amenazaba. En vuestros tiempos no eran conocidos estos sobresaltos. Pero, en cambio, no tuve que apartarme nunca de mi padre... Me han dicho que está enfermo... No vivía, de inquietud, y he querido llegarme a Palacio... Pero tuve que regresar. Me reconocieron, a pesar del traje, y me señalaban las mujeres, hablándose al oído. En el camino tropecé con vuestro bufón y concertamos sorprenderos. Desde la Torre del Concejo ha sido escaso el riesgo. El arrabal es campesino y no hemos encontrado a nadie.

HILARIO

¿Sabéis que estos no son días de dar pasos imprudentes?

CASILDA

(Casi con ternura.)

¡Decídmelo vos!... Vuestras palabras tienen un tono de sinceridad que las hace comunicativas... He aprendido a creer a ciegas en vos desde la declaración dc

guerra... Me parece recordar que vos os oponíais con todas vuestras fuerzas ..

HILARIO

Hasta que me hicísteis conocer vuestra voluntad, y salí de Palacio, dejando que triunfara vuestra rebeldía.

CASILDA

¿Qué más podíais hacer?

HILARIO

Todavía las lanzas del Capitán Alberto debían obe diencia al sello del Duque; y pude mandar que os apresaran.

CASILDA

Pues por vos quedó. Yo os confieso que, al pronto, me habría enfurecido verme prisionera de mis lanzas, en mi propia casa. Pero era una arrogancia emocionante que os habría perdonado aquella noche misma, cuando os hubiera visto llegar, confuso, a disculparos. Así como así, de este modo acababa la contienda; y a mí la paz o la guerra me importaban poco. Lo que yo quería es que hiciérais algo por mí, sólo por mí, sin atender a nada, como fingía el conde Patricio que iba a hacerlo todo. Lo que acabáis de decirme habría sido inaudito y es un dolor que no ocurriera entonces... ¿por qué no lo hicisteis? (**Hilario no responde**). Calláis... ¿Queréis que os lo diga?... porque me queríais Hilario. No os disculpéis; si hubo falta en vos, tuvo la culpa el corazón. Y el corazón no es responsable. Yo misma, arrepentida del rigor con que os traté, he procurado que os rehabilita-

ran. Como no veo a mi padre, no sé si habrá olvidado cumplirme una palabra que me empeñó, hace días... ¿Sabéis de que os hablo?

HILARIO

El Duque Florencio me hizo su Embajador ayer tarde.

CASILDA

Me lo había ofrecido.

HILARIO

Y yo os lo agradezco.

CASILDA

(**Lentamente, con intención.**)

Cuando habéis dejado pasar la tarde de ayer y el día de hoy, sin verme, debo suponer que el cargo os agrada.

HILARIO

Sé obedecer. Saldré mañana.

CASILDA

(**Insinuante, esperando conmoverle.**)

He de advertiros que no me habría enojado encontrar en vos alguna resistencia. Al fin y al cabo, dejáis mucho, y tal vez para siempre... Os diré que yo misma, cuando lo considero, no puedo evitar un sentimiento de melancolía... Pero vos sois hombre... Sabréis dominaros más que yo.

HILARIO

Procuraré vencer hasta la necesidad de dominarme.

CASILDA

(Transición, ligero despecho.)

Yo me refiero a esas dos pobres mujeres que tanto os echarán de menos.

HILARIO

Ellas fueron mi preocupación desde el primer momento.

CASILDA

Es extraordinario como coincidimos, apesar del tiempo... Son, también, mi preocupación desde que sé que os vais... ¿qué harán?

HILARIO

Vendrán a Mesenia conmigo; cuidaré de ellas allí como aquí.

CALSILDA

(Rápida).

Eso, no... (Transición). Yo os traigo, precisamente, mejor solución...

HILARIO

(Impasible.)

Tendré que agradeceros una merced más.

CASILDA

En pocas palabras os pongo al corriente... Vengo a ofrecerle a Lucía el sitio de Fidelia. Hacía pendecieros y perjuros a todos los capitanes de mi guardia, y rompí, con ella, esta mañana. De este modo, aunque os vayáis lejos, Lucía tendrá quien vele por ella, y ella y su madre habrán hecho fortuna... Mi solución ¿no os parece preferible a la vuestra?

HILARIO

Lucía podrá decíroslo, en todo caso.

CASILDA

¿Y vos, no? Sentiría aparecer, a vuestros ojos, otra vez, como enemiga; turbar vuestra felicidad. Puede ocurrir que Lucía y vos os queráis. En ese caso, nadie me librará del remordimiento de haber venido a separaros...

HILARIO

No creo que podáis llamar separación a la distancia...

CASILDA

No sabéis qué peso me quitáis del alma... Estoy decidida a no privarme de los buenos servicios de Lucía, y no saldré de aquí sin ella... Naturalmente, mañana, cuando os vayáis, podéis venir a la Torre del Concejo, para decirle adiós.

HILARIO

Sólo os pido que no la hagáis sufrir por mí.

(Va a salir.)

CASILDA

(Levantando la voz, procurando retenerle.)

Aun tendría remedio vuestra situación; esperad. Haríamos Embajador a Gobio, si vos me prometiérais volver a ser, en Palacio, nuestro Consejero.

HILARIO

¿Debo comunicarle a Lucía vuestros propósitos, o vos le hablaréis?

CASILDA

(Dejando una pausa, mirándole.)

Hilario... Vuestro bufón me ha contado que una vez cruzasteis vuestra espada con el Conde Patricio para defender a una Princesa. Yo ignoraba este detalle de aquel tiempo, que me ha conmovido... Y ahora temo, si os vais, perder vuestra espada... El Conde Patricio se propone arrancar a mi padre la abdicación en favor suyo; y a estas horas, es muy posible que la Princesa que defendíais no sea ya Princesa... ¿Dejaréis que vuestro enemigo acabe su obra?...

HILARIO

No podrá. Yo he hablado a los míos de una ideal Soberana, y la ambición del Conde será inútil, si el pueblo os proclama a vos.

CASILDA

(Grave y, a su pesar, sincera.)

Ahora veo que os falta corazón.

HILARIO

(Grave también, y emocionado.)

No hagáis caso de esta exaltación de Epiria, que todo lo hace consistir en el corazón, y cree que él basta para todo. Por esa gula del corazón se traga Epiria sus ¡deales, o los hace de tierra y no resplandecen. . Hay horas de la vida en que el corazón se anuncia, dejando de latir, parándose... Es cuando pasa *algo* que debemos adorar, sin apropiárnoslo, de lejos... Princesa: esta renuncia es también un sentimiento: se llama devoción.

(Casilda inclina su frente y calla; rotas, acaso, unas tenues alitas de su corazón; después de una pausa, dice, como pensando:)

CASILDA

Si hay, en Epiria, una criatura desdichada y con derecho a ser cruel, soy yo...

(Llega a la escena rumor lejano de descargas y gritos. Hilario se dirige al fondo. Recomponiendo la actitud y el traje, Casilda, a su vez, va hacia el fondo: respetuosamente, Hilario le sale al paso.)

—Dejadme salir.

HILARIO

Ahora, no...

(Crece el rumor y griterío de la lucha.

Han debido chocar, con los rebeldes, las lanzas del Capitán Alberto, y sería peligroso, para vos, cruzar las calles. Yo iré a ver qué sucede.

CASILDA

(Sin fingir, desolada)

Tal vez sería un modo de acabar... Dejadme ir a mí.

HILARIO

¿Y Lucía?... Me habéis prometido cuidar de ella. Pensad que *sólo vos* podéis hacer su felicidad. Con vuestra venia, he de decirle, al pasar, que venga a hablaros...

(Sale Hilario, por el fondo. Casilda queda en escena, pensativa. Viniendo a primer término, tropieza con Prisca que entra, por la derecha, apurada.)

PRISCA

(Al verla.)

¡Perdonad, señora Princesa!

CASILDA

Traes cara de miedo... ¿qué te pasa?

PRISCA

No fuera el respeto, señora, y diría que vos tenéis la culpa. Disteis alas al loco, y no le faltaba más para estar insoportable. Empeñado en que vos lo mandasteis, y anda con la cuchilla por la casa. ¡A mí me horroriza!

CASILDA

No, ¿por qué?... Yo quiero verle...

(Y hace ademán de salir por la lateral derecha, atrayendo también a Prisca, que se resiste.)

—Vamos... Llevadme donde está... guiadme...

(En este momento, aparece Vito, portador de uno vieja hacha de verdugo.)

PRISCA

(Ocultándose detrás de la Princesa, que tiene un estremecimiento involuntario.)

¡Por Dios, Vito!

VITO

(Con salmodia, leyendo.)

«Hija soy de los hombres y sus leyes,
y estoy sobre los pueblos y los reyes...»

—Así díce la leyenda que ¡nuestros padres grabaron en el leño... Yo no invento nada... ¿queréis ver Alteza?...

(Se acerca a ella, mostrando el hacha: toda la escena es de la actriz.)

CASILDA

Espera, no... Si; déjame ver... Exactamente... Alguna letra se ha borrado... Tiene la hoja enmohecida.

VITO

La sangre que se ha secado en ella.

CASILDA

Dices que es sangre...

VITO

Pero lo mismo podía ser tierra; ya no es nada.

CASILDA

(A Prisca, atrayéndola, como antes:)

¿Porqué no quieres mirarla? Acerca, buena mujer. No impresiona.

(Vito blande el hacha para apoyarla en tierra por el corte y descansar en el mango.)

—El filo, sí.

(Tímidamente se inclina, va a tocar el filo, para cerciorarse; no acaba de hacerlo.)

VITO

(Con intención.)

La llaman «el hacha del Consejero». Con ella segaron la cabeza de un noble Canciller, a quien su Soberana tuvo demasiado amor.

CASILDA

Será leyenda...

PRISCA

No. Yo todavía oí contar que el pobrecito estuvo disponiendo la víspera de morir, el emplazamiento del cadalso. Quería que el frente diera a Palacio. Para arrodillarse, por última vez, delante de su Soberana. La adoraba...

CASILDA

Ya no se quiere así.

PRISCA

Pensaron que la Soberana también moriría. Pero vivió muchos años y llegó a Emperatriz.

CASILDA

La historia no debe de ser cierta, porque la Emperatriz habría reclamado este recuerdo.

VITO

La historia miente. El hecho es que la Soberana se vengó. El Canciller iba a olvidarla por una lugareña...

CASILDA

Un poco de aquél amor aún queda ahí... en esa sangre... Acerca, Vito.

(No la acerca bastante y ella misma, envuelta la mano en su pañuelo, aproxima el filo.)

—Nada... no puede verse nada... el acero, que se deshace... ¡Y tanto amor! tal vez dos amores... ¡Nada!...

(Entran, precipitadamente, por el fondo el capitán Alberto, seguido a poco, de Hilario y Lucía. Hilario traerá en sus manos una espada; la actitud, el traje, descompuestos, de quien acaba de reñir.)

CAPITÁN

(Llegando.)

Alteza...

CASILDA

(Estremeciéndose.)

¡Eh! ¿Qué me queréis?...

(Volviéndose a mirar y tranquilizándose.)

—Me habíais asustado.

(Ahora entraron Hilario y Lucía; ésta última, enjugándose los ojos; conmovida.)

—Lucía... ¿Por qué lloras?... (A Hilario.) ¿Le habéis dicho?... ¿Qué tienes, Lucía?

LUCÍA

(Ingénuamente compasiva.)

¡Qué dolor! Guardaréis de nuestra casa un mal recuerdo... No os ha traido suerte...

CASILDA

¿Qué pasa?...

LUCA

(Sin acertar a expresarse.)

No me preguntéis...

CASILDA

Hilario... (Observándole.) ¿Reñisteis? ¿Venís herido?..

HILARIO

Alteza, vuestro padre...

(Cal'a también, no encontrando palabras.)

CASILDA

¿Mi padre?... ¡Hablad!...

(La miran los tres, compadecidos; ella mira a todos, tratando de adivinar.)

—Capitán Alberto, ¿por qué callan todos?... Hablad; os lo mando. Mi padre...

CAPITÁN

(Con grave esfuerzo.)

Cuando llegué a Palacio, estaban con él Cesáreo y el Conde Patricio. Le oímos gritar: «Traidores... ¡mi trono es de mi hija! ¡No os lo cedo!»... Querían obligar-

le a abdicar. Forzamos las puertas; entramos; ya era tarde... El esfuerzo, la escena violenta y sobre todo, ya sabéis, la edad, pudieron más qne nuestros buenos deseos... El Duque vuestro padre...

CASILDA

(**Con un grito.**)

¡Ha muerto!

(**El Capitán asiente. Un gran silencio. Reconcentranda la voz, Casilda prosigue.**)

—Pero ellos... ellos... los traidores... pronto: ¿qué es... qué fué de ellos?

CAPITÁN

Pudimos caer sobre Cesáreo...

CASILDA

¡Oh, sólo!...

HILARIO

El Conde Patricio huyó, llevándose la insignia del Ducado. Le rodearon sus parciales: recorrieron las calles, proclamándole... Cuando tropecé con ellos, al salir, recordé que tenía un lance pendiente con aquel usurpador...

CASILDA

¿Y os hirió?

HILARIO

Apenas... con su daga, cuando, al verle caer, moribundo, me incliné sobre él para arrancarle la insignia del poder.

(**Toma, en sus dos manos, la áurea espada que traía, y la presenta a Casilda, do-**

blando una rodilla: todos los demás se inclinan también: una grave emoción.)

—Duquesa de Epiria: esta es la espada del Duque Florencio: puede decirse que el mejor padre del mundo murió, para que vos reinarais...

(Casilda toma la espada y la entrega al Capitán Alberto.)

CASILDA

Capitán, yo la encomiendo a vuestra lealtad... ¡Y tu hacha, al fuego, loco!... No quiero ser más funesta soberana que la Emperatriz... (Al Capitán.) Vamos de aquí...

HILARIO

Olvidáis a Lucía... ¿No queríais que os siguiera? Lucía, acompáñala...

(Ingenuamente Lucía se acerca a la Soberana: una pausa breve.)

CASILDA

No... ¡Lucía!... (Queda mirándola, vidriados los ojos; pero sin romper a llorar.) ¡Lucía!

LUCÍA

(Siempre igual ingenuidad.)

¿Por qué no lloráis, señora nuestra? Las lágrimas consuelan. Y vos sufrís mucho... llorad... Perdonadme... Os abrazo, para que podáis ocultaros, si no queréis que os vean llorar...

(Abre los brazos a la Princesa, y Casilda rompe a llorar, cayendo en ellos.)

CASILDA

¡Lucía!... ¡Lucía!...

(Brusca transición, dominándose totalmente.)

—Hilario, no creeréis que os destierro, después de esto... Me castigo a mí misma, privándome de vos... Hacedle honor al último decreto del Duque Florencio. Saldréis mañana, a honrarnos y servinos en Mesenia, *donde yo jamás he de poner los pies...*

LUCÍA

(Gimiendo.)

¡Señora!...

CASILDA

(Sonriendo, triste.)

Y vosotras, acompañadle... Vosotras... Prisca y tú acompañadle... (Toma las manos de Lucía: habla mirándola fijamente.) Y si un día eres feliz, dímelo, Lucía... Dímelo sin miedo, para que yo sepa que hay en el mundo una felicidad que no podré envidiar... porque será mía... la habré hecho yo... Abrid paso, Capitán Alberto.

(Todos se inclinan; sale, por el fondo el Capitán; se inclina profundamente Hilario; Casilda, llevando a Lucía de la mano, llega a la puerta; Prisca las sigue llorando; en la puerta, antes de salir, Casilda y la Princesa se abrazan, otra vez.)

VITO

(Que habrá permanecido en primer término, junto a su amo.)

Se acabó mi oficio. Vuestre amor de loco y vuestro

amor de hombre se abrazaron. La vida no tiene otro problema que este abrazo. Ahora diré a todos, cuando me pregunten por que no suena el cascabel de mi locura, que vos lo abristeis: dentro había granos de trigo, y los sembrasteis: el cascabel no da sonido, pero ellos darán pan... Para Lucía y Prisca, basta.

HILARIO

(Mirando con ceño al loco, exaltándose.)

¡Para albergar a Dios, también!

(El bufón no replica: se encorva, se aparta con miedo, pasa escabulléndose entre Lucia y Prisca, que, junto al barandal de la escalera, despiden todavia, con la mano a la Princesa.)

PRISCA

Vuelve la cabeza para sonreirnos.

LUCÍA

Parece más hermosa, desde lejos..

(Anochece. Hilario, junto a la mesa, ha hundido la frente entre sus manos Lucía, andando de puntillas, se le acerca. Hilario levanta la cabeza: finge sonreir.)

HILARIO

(Explicándole su emoción.)

Me conmovió la muerte del buen Duque y...

LUCÍA

¿Por qué mientes, Hilario?... Ya sé que la querías... Si ahora fueses capaz de no llorar por ella, yo no creería en tus promesas de cariño, nunca!

*

HILARIO

(Conmovido y besando sus manos.)

Así... ¡Gracias, Lucía!...

(Prisca se descoyunta saludando todavía, en la escalera.)

TELÓN RÁPIDO

APÉNDICES

Alimaña. Esta obra fué escrita para Margarita Xirgu. La ilustre actriz, con la Compañía que regía entonces, estrenó *Alimaña* en la ciudad de Granada durante el invierno de 1919. La obra obtuvo un grandísimo éxito y Margarita Xirgu hizo, del personaje de Laura, una creación insuperable.

A la maravillosa actriz y a sus compañeros de entonces quiero enviar en estas líneas la expresión de mi agradecimiento. Todos contribuyeron al feliz resultado de la prueba: Francisco Fuentes en el pastor Lorenzo, y los señores Rivero, Cabrer, Ortiz, Lucio, etc., así como las señoritas María Luján, de la Riva y las señoras Brú, Segura de Rivero y Castejón.

Algunos meses después se realizaba la fusión artística Margarita Xirgu y Enrique Borrás. Reconstituída la Compañía, a base de estas dos figuras, se introdujeron en el reparto algunas variantes para el estreno en Madrid.

Al gran Borrás y al admirable Ruiz Tatay debo, por esta circunstancia, un homenaje de sincero agradecimiento en estas líneas.

La Princesa juega. Inauguró con esta obra una meritísima y simpática batalla de arte en el Teatro Español, la Compañía Gómez de la Vega-Morla, dándola a conocer al público de Madrid, con éxito muy grato, en la tarde del Sábado de Gloria, 1920.

Elvira Morla vivió el quebradizo papel de la Princesa, con distinción, sinceridad y voluntad que el autor no olvidará nunca. Gómez de la Vega que fué un Consejero Hilario perfecto, se multiplicó además, en la dirección y ensayos de la obra, con casi paterno entusiasmo, que gustosamente consigno.

A ellos dos, a Luis Echaide, a la ilustre señora Calderón, a Carmen Vila, la sugestiva actriz mejicana, a cuantos tomaron parte en la representación, sin necesidad de citarles, vaya, en estas líneas, la gratitud de mi recuerdo.

OBRAS DE EDUARDO MARQUINA

POESÍA	Pesetas
Odas. (Agotada)	»
Elegías. (Segunda edición, popular)	1
Vendimión. (Agotándose)	3,50
Tierras de España	3,50

TEATRO	
El Pastor. (Poema dramático, en verso; agotada)	»
Benvenuto Cellini. (Biografía dramática, en prosa)	2
Rincón de Montaña. (Drama rural, en cuatro actos, agotada).	»
Las Hijas del Cid. (Premio de la Real Academia Española). En verso, segunda edición	3,50
Doña María la Brava. (En verso, tercera edición)	3,50
En Flandes se ha puesto el sol. (Premio de la Real Academia Española). Cuarta edición	3,50
La Alcaidesa de Pastrana. (Primera parte de la Trilogía *Teresa de Jesús.)* En verso; agotada	»
Cuando florezcan los rosales. (Comedia sentimental, en tres actos, en prosa). Agotada	»
Por los pecados del Rey. (Drama en verso)	3,50
La Hiedra. (Tragedia vulgar, en prosa)	3,50
El Retablo de Agrellano. (Drama religioso-fantástico, en verso)	3,50
Las flores de Aragón. (Comedia histórica, en verso)	3,50
Una mujer. (Comedia sentimental, en prosa, edición popular)	2
El Gran Capitán. (Leyenda de amor caballeresco, agotándose)	3,50
La Morisca. (Balada en verso, para el drama lírico de *J. Pahissa)*	2
Alimaña. (Drama en prosa).—*La princesa juega.*	3,50

Obras nuevas en prensa

Recogimiento. (Versos)	3,50
Teresa de Jesús. (Trilogía)	3,50

Para la adquisición de cualquiera de estas obras, diríjanse los pedidos a EDITORIAL REUS (S. A.) - CAÑIZARES, 3 DUP.°, concesionarios exclusivos del autor.